

A.F. GONZÁLEZ

BAJO TU

*Protección*

AMAR DE NUEVO #1

# Bajo Tu Protección

*por A. F. González*

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2021, A. F. González.

# **CONTENIDO**

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

# Capítulo 1.

*Fernanda*

—Chica, este tipo sufrirá una embolia cuando te vea —dijo Claudia al verme hacer mi mejor esfuerzo por no sacarme los ojos con el delineador.

—Ay sí, seguro que sí —contesté. Dejé esa cosa en mi mesita, miré el espejo frente a mí y rechiné mis dientes— ¡Me rindo! —apunté mi mano hacia enfrente — ¡Mírame! Me veo... ¡Ridícula!... Me veo...

—Sexy —me interrumpió—. Te ves sexy, muchacha —dijo Claudia al poner sus manos en mis hombros—. A Juan le encantan tus ojos, y con ese color resaltan todavía más.

Reí mientras aparecía un nudo en mi garganta junto con una explosión de felicidad por tener a mi amiga ahí evitando que me diera un ataque de pánico.

—¿Te vas a poner eso? —preguntó frunciendo el ceño al ver la ropa que había puesto en la cama.

Me encogí de hombros y deslicé mis manos encima de mis piernas. Giré y vi los vaqueros y la blusa que Claudia estaba viendo desde el pie de la cama. Era lo único que aún guardaba de cuando seguía casada con el imbécil de Pedro.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté, echando mi cabello rebelde detrás de mis hombros. Por más que lo intenté no pude dejarlo tan lacio como yo lo quería.

—¿Te llevará a un concierto de rock o a un bar de motociclistas? —Claudia levantó la blusa de la cama como si se tratara de un trapo sucio para la limpieza.

—No... No lo creo —murmuré.

—¡Entonces tiene mucho de malo! —exclamó antes de irse a mi armario— Fer, ¿te gusta Juan?

Encogí mis hombros. —Es...

Claudia giró y me atravesó con su mirada. —¿Te gusta o no?

—Claudia, sabes que Pedro fue mi único novio desde el instituto y terminé casándome con él.

—Eso no contesta mi pregunta —dijo Claudia antes de entrar de lleno al armario.

“No, claro que no la contesta,” pensé, negando con la cabeza.

—No sé, Clau —dije tras suspirar—. Es... guapo.

—¿Guapo? —gritó Claudia desde las profundidades de mi armario— Cariño, Juan está mucho más ardiente de lo que Pedro alguna vez lo fue.

—Bueno... —no pude contener la sonrisa al recordar el físico de Pedro cuando recién nos casamos.

—Vale, tu ex tenía buen cuerpo cuando lo conocí —dijo Claudia entre risas—, pero ¿esa nariz en forma de pelota de golf? ¡Ya imagino el tamaño de sus mocos!

—¡Claudia! —grité al carcajearme y mirar al suelo de la habitación—. Estuve cinco años casada con él. No todo fue malo —dije, sacudiendo la cabeza y frotándome las manos—. En realidad, nunca me golpeó.

—¡Uy! Qué consuelo —dijo Claudia, asomándose y girando sus ojos hacia arriba—. Hay muchas maneras de maltratar, cariño. Tú y yo éramos inseparables en el instituto, pero dime cuántas veces ese hombre te permitió salir conmigo desde que se casaron.

Negué con la cabeza. —Nunca.

—¿Cuándo pudiste tomarte una cerveza con tus compañeros de trabajo? —volví a negar— ¿Cuándo te dejó siquiera tener cuenta de redes sociales?

Resoplé. El único móvil que tuve durante mi matrimonio fue uno barato que solo podía hacer y recibir llamadas. Ni siquiera era capaz de enviar mensajes de texto.

—Y ni empecemos con la ropa que te permitía usar —dijo antes de entrar de nuevo al armario—. Joder, parecía que vendías biblias al por mayor.

—Vale —dije con una sonrisa.

—¡Necesitamos ir de compras! —exclamó Claudia saliendo de mi armario— Ahí adentro no encontraremos nada —cogió mi mano y fuimos a su cuarto. Ahí abrió su armario y sacó un vestido azul cielo de cuello de tortuga.

—¡Veamos! —dijo Claudia poniéndolo frente a mí— Oh sí, esto servirá.

Abrí mis ojos tantos como pude. —¡No me voy a poner esto!

—¿Por qué no? Somos de la misma talla y tienes tan buen físico como yo.

Cogí el vestido y, al imaginármelo puesto, mi estómago se retorció y se volvió un poco difícil respirar. —No lo sé...

—Pruébalo.

—¡Estás loca! Vamos a tomar un café, no a bailar.

—¿Y tú cómo sabes? —Claudia alzó las cejas y me dio una mueca burlona— Quizá después del café Juan quiera llevarte a otro lado a... Tú sabes...

—Es mi primera cita en mucho tiempo, Clau —dije al llevar el vestido al armario—. Dudo que llegue tan lejos.

—¡Ay, Fer! —exclamó— ¿Tienes idea de lo triste que es verte encerrada aquí todos los días después de trabajar? ¡Hasta tu psicólogo te dice que necesitas...

Claudia suspiró y se quedó paseando la vista por todo su armario.

Me senté en la orilla de la cama a admirar a mi querida amiga.

No sabía de dónde había sacado que tenía tan buen físico como ella. En el espejo de su mostrador vi una foto suya en bikini para un concurso de belleza el año anterior y no me veía a mí misma con un cuerpo ni parecido a ese.

Era un milagro que siguiéramos siendo amigas antes, durante y después de mi divorcio.

—¡Ponte esto! —gritó, lanzándome unos vaqueros.

*“Por fin, algo decente,”* pensé. —Espera.

Claudia se asomó cuando terminé de ponerme el pantalón. —¡Demonios! Chica, tienes mejor culo que yo.

Me carcajeé al mirarme al espejo. Estaba algo más ajustado de lo que acostumbraba usar los vaqueros, pero me gustó cómo me veía.

—Ahora ponte esto —dijo Claudia, dándome una blusa negra de tirantes.

Me quedaba holgada del abdomen y cintura, pero mis pechos estaban justos y parecían que cualquier movimiento los haría saltar de mi escote.

—¡Perfecto! —dijo Claudia, abrazándome por atrás y mirándome en el espejo— Te voy a decir una cosa: Juan es un caballero, pero ni él podrá mirarte a los ojos durante su cita.

Me quedé mirándome al espejo. —Pedro jamás me habría dejado vestirme así.

Claudia gruñó. —Fernanda, ¿qué acordamos? —dijo al girarme— Que ya no hablaríamos de ese imbécil.

—¿Qué quieres que haga? Me miro cómo estoy vestida y escucho su voz en mi cabeza.

—Déjame adivinar —dijo Claudia con el ceño fruncido— ¿Por qué coño te arreglaste? ¿Buscas que te estén mirando en la calle? ¿Para qué quieres que otros tíos te vean las tetas y el culo? —dijo con voz grave y exagerada.

Sonreí y miré mi perfil en el espejo.

—También me diría que me quitara esta porquería de la cara —pasé mi mano abierta frente a mi rostro—, que parezco un payaso —imaginé a mi exesposo diciéndome esas cosas y mis ojos se humedecieron—. Diría que me veo como una puta —dije con mi voz quebrándose un poco.

—¡No, no! —exclamó Claudia, acercándose y dándome un abrazo— ¡Que lo metieran a la cárcel es lo mejor que pudo haberte pasado! ¡Ya estás di-vor-cia-

da! ¡Ya no le respondes al imbécil ese!

—No puedo hacer esto, Clau —me escapé de su abrazo y fui hacia la ventana cruzada de brazos—. Todavía... todavía lo veo en los rostros de otros hombres.

—Chica, no todos son así.

—¿Pero y sí Juan es como Pedro?

—Ay, Fernanda —Claudia negó con la cabeza—, ¿por qué crees que te lo presenté? ¡Porque es todo lo opuesto a tu ex!

—No estoy lista, Clau... Háblale y dile que...

—No, ni de coña —Claudia cogió mi móvil y lo puso en mi mano—. Si vas a cancelarle, hazlo...

Solo me tomó unos segundos escribir un mensaje y enviarlo.

—Listo —dije.

Claudia gruñó. — ¿Cómo esperas conocer a alguien si nunca sales de la casa?

—No lo sé... Pero... No, todavía no...

—¡Fer!

Bajé la cabeza, volví a mi habitación y cerré la puerta.

Me senté en el escritorio y miré mis libros. “*¿Qué estabas pensando, Fernanda?*” abrí el libro. “*Además, con mi curso no tengo tiempo de salir con nadie.*”

Recibí un mensaje en el móvil. Lo abrí y vi el mensaje de Juan:

—Al menos déjame llevarte esta flor que te compré —decía el mensaje, y junto a él venía la foto de una hermosa rosa roja con una cinta rosa alrededor del tallo.

Puse mi dedo cerca de la pantalla a punto de contestarle, pero cuando traté de imaginarlo en mi puerta regalándome una rosa me asaltó el recuerdo de la mirada imponente de Pedro sobre mí.

Dejé el móvil en la mesa y de reojo vi que mi bote de basura ya estaba lleno de papeles.

Cogí el cesto y recorrí toda la casa juntando el contenido de toda la basura en la bolsa más grande.

Suspiré cuando salí y me dirigí al contenedor. Recordé cuando Pedro y yo éramos novios. Me regalaba rosas siempre que nos veíamos, conocimos todos los parques de la ciudad y no se cansaba de decirme lo hermosa que era.

Levanté la tapa del contenedor y eché la basura adentro. Dejé caer la tapa, me crucé de brazos y respiré profundo. Ignoré el aroma de la basura y me concentré en lo fresco que estaba el aire.

Cerré mis ojos y froté mis párpados mientras lo hacía. “*Ni una lágrima más*

por Pedro,” pensé, tragando esa bola de sentimientos que tenía atorada en mi garganta.

—Estás mejor que antes, estás mejor que antes —me repetí una y otra vez con los ojos cerrados hasta tranquilizarme.

Escuché un motor apagarse seguido de una puerta de coche al cerrar.

Levanté la mirada y vi un auto negro con los vidrios polarizados estacionado a unos metros debajo el farol de la casa frente a la nuestra.

Creo que era el único que funcionaba en toda mi calle.

El tipo que bajó del coche se quedó parado junto al vehículo. Levantó la mirada y un escalofrío pasó por mi espalda al verle.

Debí meterme a la casa corriendo, pero no pude dejar de mirar a ese sujeto. Era como ver a un león o un tigre o algún animal salvaje. Tenía la cabeza rasurada y una barba de candado bastante gruesa. Sus manos se veían negras. Quizá por la sombra, quizá traía guantes o quizá las traía sucias.

Miró hacia todos lados. Me quedé congelada. “¿Me habrá visto?” pensé alarmada. Pude respirar aliviada cuando miró hacia otro lado y caminó hacia la casa cruzando la calle.

El chico que vivía ahí ya había salido. Tenía la apariencia de alguien que era parte de una pandilla y Claudia siempre me dijo que me cuidara de él cuando iba a la tienda.

—¿Qué pasa, Santos? —dijo el chico— Dijiste que era...

Fue tan rápido. El hombre que había llegado sacó un arma que traía metida en el frente de su pantalón, apuntó y disparó una vez, todo en un movimiento rápido y sin titubeos.

Tras el estallido mi cuerpo se movió por su cuenta y me encontré tirándome al suelo boca abajo. Cubrí mi boca e hice todo mi esfuerzo por bajar la mirada, pero no podía hacerlo. Tenía la vista atascada en aquel hombre caminando hacia el chico derribado.

Abrí mis ojos de par en par cuando el hombre disparó de nuevo, y el chico derribado dejó de retorcerse.

Dejé de respirar cuando caminó de vuelta a su coche con toda la calma del mundo. Miró hacia todos lados. Yo cerré mis ojos y le rogué a Dios de que no me viera.

Por fin pude respirar cuando escuché las llantas traseras del coche patinar. Al abrir los ojos lo vi alejarse a toda velocidad.

—Dios mío —dije, mirando el cuerpo de mi vecino tirado frente a su casa.

Me levanté tan rápido como pude. Mi corazón palpitaba tanto que temí



estuviera a punto de tener un infarto, así que fui lo más pronto que pude a mi habitación.

Cogí el móvil, y llamé a Emergencias.

## Capítulo 2.

*Lucio*

—Ranita —dije al deslizar una taza de café en dirección de Renata, mi compañera—. Rana hermosa, ¿qué crees?

Ella hizo una mueca con sus labios rosados y luego me miró con esos ojos enormes color avellana capaces de rendir a cualquier hombre, y algunas mujeres, a sus pies.

—Si me dices que ya terminaste tu papeleo voy a... —me dijo con su vocecilla ronca.

Sonreí con tanta exageración como pude antes de alejarme despacio hacia mi escritorio a un lado del de ella.

Renata sacudió su cabeza y miró su pantalla. —¿Cómo mierda lo haces? Se supone que somos compañeros y nos repartimos el papeleo a la mitad.

—¿No puede ser que sea así de bueno? —subí mis pies al escritorio antes de dar un sorbo a la taza junto a mi teclado.

—Haz el mío —dijo, inclinando su cabeza a un lado, sonriendo, y mirándome a los ojos con los suyos bien abiertos.

—¿Es en serio? —pregunté entre risas— ¿Estás usando la carita tierna conmigo? ¿Tu compañero de dos años que te ha visto usarla en incontables ocasiones?

—Anda —dijo, aleteando sus pestañas.

—Ya conoces mi precio —dije alzando las cejas.

Rana hizo un puchero y me sacó la lengua. —Jódete, entonces —dijo—. No te voy a presentar a Susana.

—¿Por qué no?

—¿Para librarme de quedarme hasta tarde para completar mi papeleo? —dijo entre risas— No, señor. Voy a guardarme ese favor para cuando lo necesite.

—Puede que para entonces ya no necesite ese favor —dije mirando al techo.

Rana trató de contener su risa sin éxito. —Claro, lo que digas.

Reí y estiré mis brazos hacia arriba. —¿Ya te conté cómo me fue anoche? —cogí una pelotita de estrés con el escudo del departamento y la lancé entre mis manos.

—¿Contarme qué? —dijo sin despegar la mirada del monitor ni sus dedos del teclado.

—¡Pues cómo me fue anoche con Inés!

—¿Quién? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Inés! —cogí una servilleta sin usar en mi escritorio, la hice bolita y se la arrojé— Te hablé de ella.

Renata se apoyó en el respaldo de su silla y luego miró hacia arriba unos momentos antes de agarrarse su melena pelirroja en una cola mientras negaba con la cabeza.

—¡Inés! —exclamé, dibujando unas curvas femeninas con mis manos abiertas frente a mí— De corta estatura, cuerpo de modelo, recepcionista de ese restaurante italiano que tanto te gusta.

—¡Ah! ¡La recepcionista! —exclamó asintiendo y dibujando una mueca en sus labios.

—Sigues sin saber de quién hablo, ¿verdad?

—Ni puta idea.

—En fin —dije antes de levantarme de la silla, sentarme encima de mi escritorio, y ajustar las mangas enrolladas de mi camisa de vestir—. La recojo en su apartamento. Vive allá por Ciudad Universitaria —estiré mi brazo apuntando hacia la pared—. Allá donde ya no es Ciudad del Sol.

—Muy lejos.

—Me bajo del coche para tocar a su puerta... Ya sabes que soy todo un caballero.

Renata rodó sus ojos. —¡Todo un caballero!

—Aunque te burles. Sabes que es verdad.

—¡Te he dado la razón!

—¡Vale! —exclamé estirando mis manos abiertas a los lados— Toco a la puerta, ella sale...

Giró con una mueca curiosa. —¿Qué traía puesto? —preguntó.

Suspiré y entrecerré los ojos mientras me mordía el labio. —Una falda que lucía sus piernas... ¡Uff! Y una camisa...

—Blusa —corrigió Renata.

—Es lo mismo, Rana —le contesté, y ella solo negó con la cabeza— Una blusa —Rana asintió— con un escote que nada más cubría lo obligatorio para que no la arrestaran por faltas a la moral.

—¿Qué zapatos traía?

Negué con la cabeza. —Tacones... creo.

—¿Crees?

—¡Yo no me fijo en esas cosas!

—Típico hombre —murmuró entre risas.

Dejé salir una risita y miré hacia enfrente. —Le ofrezco mi codo para que lo coja y nos vayamos caminando juntos al coche. Ella lo hace. Y cuando llegamos...

—Se tiró un pedo —me interrumpió, apuntando su dedo hacia mí.

—¿Qué? —exclamé, mirando a Renata— ¡No!

—La viste hurgándose la nariz.

—¡No! Rana, por Dios. Ella estira la mano e intercepta la mía cuando estoy por abrirle la puerta —dije con toda seriedad.

Rana me miró con una expresión en blanco. —¿Y... luego?

—Le dije que yo le iba a abrir, y ella me dice lo siguiente —hice una larga pausa—: ¿De qué siglo eres?

Renata guardó silencio unos momentos mirándome a los ojos, luego sacudió la cabeza despacio, giró sus ojos hacia arriba y miró al ordenador.

—Lo dejé pasar, pero cuando llegamos al restaurante me adelanto para abrirle la puerta —continué—. Es un lugar fino y hay que mostrar cierta clase.

—Claro.

—¡Y me vuelve a reclamar!

—Déjame adivinar —dijo Renata luego de dar un par de clics en su ordenador—. La llevaste a su casa y el plan de conquista se vino abajo.

Asentí, me puse de pie, y me dejé caer en mi silla. —Rana, ¿cómo voy siquiera a acostarme con una mujer que no le da importancia a la buena educación? ¡Ni las gracias me daría!

Renata rio. —Tarado.

—Por algo se fue en taxi a su casa.

Ella giró, me lanzó su mirada de “no te creo nada”, y siguió trabajando en el ordenador.

—Vale, aguanté la cita y hasta la llevé a su puerta, ¡pero no me despedí con un beso ni nada de...!

—¡Detectives Vilar y Castillo! —gritaron desde la entrada a nuestra división. Renata se levantó y fue con el oficial a recoger el sobre con los resultados del laboratorio que venían a entregar.

El tonto cometió el error de verle su delicioso y bien ejercitado trasero a mi compañera, quien lo sorprendió en el acto.

—¿Se le cayó algo, oficial Durán? —preguntó con su clásico tono de “te

rompo el culo de una patada si lo vuelves a hacer.”

Al pobre casi se le sale el corazón del susto. Claro que cuando giró Renata ella reía.

—Un día de estos vas a provocar a alguien un infarto si sigues poniéndote esos pantalones tan ajustados —le dije.

—Que les den —dijo, apoyándose en mi escritorio—. Estoy orgullosa de mi cuerpo y me encanta vestirme para lucirlo. A mí me gusta, a mi mujer le gusta. El resto del mundo puede irse a la mierda.

—¡Dicho como toda una feminista! —resistí la tentación de verle el escote porque sabía que terminaría con una grapa en el ojo si se me ocurría ver en esa dirección.

—Mira, tú no eres nadie para criticarme.

—¿Por qué no?

Renata hizo una pose flexionando sus dos brazos. — Mírenme, nenas, uso camisas demasiado ajustadas porque soy un buenorro —dijo agravando su voz, y yo solo pude reírme de su fantástica imitación.

Luego se sentó en su silla e hizo un ademán como si estuviera echándose su cabello hacia atrás. —¡Envídienme, nenas! Que tengo mejor cabello que todas ustedes —siguió imitándome, y yo seguí riéndome— ¡Mírate! ¿Y dices que solo usas champú?

—Es genético, Rana —dije con una sonrisa al pasar mi mano por mi cabello.

Renata abrió el sobre con los resultados del laboratorio, los miró, y luego volvió su angelical carita hacia mí. —Ya en serio, Lucio... Con lo exigente que eres no es ningún misterio por qué rara vez tienes una segunda cita.

—¿Vas a decirme que le dé otra oportunidad a la señorita “Ningún Hombre Me Abre La Puerta”?

—No, animal —dijo al acomodarse en la orilla de la silla y apoyando los codos en las rodillas— ¿Qué pasó con Lila?

—¿La de los ojos saltones? ¡Te imaginas despertar y ver esas cosas...! —dije haciendo como si quisiera sacarme un ojo.

Rana se frotó los párpados con su mano abierta. —Vale, ¿y Rosalía?

—Se lava solo dos veces al día los dientes. ¡Son tres!

—¿Penélope?

—¿La mandona esa? Oye, si una chica ni siquiera sabe decir por favor...

—Lucio —Renata levantó los brazos hacia mí con toda la intención de ahorcarme a distancia, luego se puso de pie y dejó sus manos en mis hombros—. Lucio, ¿de verdad nunca has pensado que quizá eres demasiado exigente?

—No, la verdad no.

—¡Pues empieza a pensarlo! —gritó agitándome en mi lugar.

—¿Entonces me conformo con la primera araña que me bata sus pestañas?

Renata volvió a su escritorio y de un salto se sentó en él.

—¡Más bien deja de buscar arañas! —exclamó— En serio, ¿qué te traes teniendo una cita cada dos o tres días?

—Aprovecho mi soltería —dije, luego miré la foto que tenía de mis padres en mi escritorio. Un punzón atravesó mi pecho y de pronto se me agotaron las palabras.

—Estoy segura de que tu madre estaría tirándote de las orejas por tu estilo de vida —dijo Renata.

Sonreí. —Apuesto a que sí.

Aquella foto fue tomada durante su viaje para celebrar treinta años de casados. Estaban en Nueva York, y mi papá cargaba a mi madre como si fueran recién casados encima de un barco con la Estatua de Libertad en el fondo. Por fin podía sonreír sin llorar al hablar de mis padres.

—Lo hicieron ver tan fácil, ¿sabes? —dije, negando con la cabeza— Como dices, no tengo problemas para encontrar chicas con quien pasar el rato... Pero encontrar una con la que quiera encadenarme el resto de mi vida...

—Yo evitaría usar el verbo “encadenar” como sinónimo de matrimonio —dijo entre risas Renata—. Ya encontrarás una. Yo conocí a Patricia cuando menos...

—Disculpen, ¿detective Vilar? —preguntó un patrullero desde la entrada a la división.

Giré y le indiqué que pasara con la mano. Cuando se acercó a mí le dirigí a mi compañera.

—¿Detective Vilar? —preguntó el patrullero a Renata. Ella asintió—. Tenemos registrado a Daniel Gómez como uno de sus informantes —tenía una expresión sombría que hizo que Renata se pusiera de pie—. Alguien denunció disparos en su domicilio —dijo el oficial—. Cuando llegaron los patrulleros a investigar encontraron su cuerpo afuera de casa.

Renata se sentó despacio, y de a poco su rostro cambió a uno lleno de ira.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Herida de bala al pecho y a la cabeza —dijo, bajando la cabeza—. Parece que fue una ejecución.

—Olvidé llamarle —dijo Renata, frotándose la boca—. Maldita sea, fui a su graduación del instituto nocturno el mes pasado. Quería estudiar para ser

veterinario.

—Lo siento, detective —dijo el oficial.

—¿Tienes la dirección? —pregunté.

—Aquí está la denuncia de la central —el oficial le entregó una hoja a Renata—. La llamada fue hecha del móvil de una mujer llamada Fernanda Ontiveros.

Me levanté y miré la hoja con el ceño fruncido. —¿Llamaron a la policía con un móvil en ese vecindario? Ojalá la encontremos viva cuando lleguemos.

—Me conformo con que la encontremos —dijo Rana cuando giró a verme y yo ya tenía las llaves del coche en mis manos.

## Capítulo 3.

*Fernanda*

*“Si antes tenía problemas para dormir ahora jamás podré volver a descansar,”* pensé al mirar junto con Claudia en el pórtico a los policías acordonando desde la entrada a la casa de nuestro vecino hasta la calle.

Había varias personas con monos color azul oscuro dejando números alrededor de donde estaba el cuerpo de nuestro vecino. Al menos ya tenía puesta una sábana encima.

*“¿No pudieron haber usado una de otro color?”* pensé al ver las manchas de sangre resaltando entre lo blanco.

—Ridículos —dijo Claudia luego de darle una calada a su cigarro—. Como si en verdad fueran a hacer algo. Son unos inútiles. Lo único que están logrando es que la gente no duerma.

—Solo hacen su trabajo, Clau —dije.

El pensar en lo que había visto me puso a temblar. Apreté el agarre de mis manos sobre mis brazos al ver a los policías haciendo guardia al otro lado del cordón dándonos vistazos.

Claudia resopló y se rio mientras me miraba. —Ay, chica, ¿llevas un año viviendo aquí y todavía piensas que le importamos a la policía?

—Pues...

Escuché el estruendoso rugir de un motor potentísimo. Tanto Claudia como yo miramos hacia la calle y vimos una camioneta negra estacionarse detrás de una patrulla. Sabía que era policía por las luces rojas y azules que destellaban de su parrilla.

—¡Mira nada más! —dijo Claudia— Ese modelo salió apenas el año pasado. Estos policías solo sirven para gastar nuestros impuestos, Fer.

Dejé mi mirada fija en la pareja que bajó del coche. La pelirroja corrió hacia la casa mientras el hombre fue con uno de los patrulleros al otro lado del cordón.

Miré de reojo a Claudia y ella también lo estaba viendo.

—¿Son policías? —pregunté, admirando aquella belleza de hombre.

Casi nunca me fijaba en el trasero de alguien, pero ¿cómo no hacerlo? Parecía un modelo de revista luciendo unos pantalones hechos a la medida. De no ser



por la placa dorada colgada a su cinturón no me hubiera imaginado que se tratara de un policía.

Y la forma en que tenía las mangas de su camisa blanca enrolladas hasta sus codos y cómo la corbata estaba algo aflojada me daba la impresión de estar viendo un hombre que sabía tanto vestirse bien como trabajar con sus manos.

—Ajá —dijo mi amiga asintiendo y sonriendo—. ¡Por las nalgas de Jesús, dejaría que ese hombre me esposara, me llevara a donde él quisiera y abusara de mis derechos!

Solté una carcajada sonora que hizo girar a los policías, incluyendo aquel tipo. Cuando dejaron de mirarme ese hombre pareció hacerlo por unos segundos más.

—¿No estás de acuerdo conmigo, Fer?

Incliné mi cabeza a un lado y suspiré. —Pues... está lindo.

Miré a la pelirroja que le acompañaba. Tenía sus manos en la cadera mientras caminaba en círculos alrededor del cuerpo.

—¡Maldita sea! —gritó al estampar su pie en el césped.

El hombre se apuró hacia ella, algo le dijo y luego miraron en nuestra dirección.

—¿Vienen aquí? —pregunté al verlos cruzar la calle.

—Yo me encargo de esto—me susurró Claudia al oído—. Tú no digas nada.

Al estar unos metros de nosotras ambos sacaron sus placas y nos las mostraron.

—Cariño, si quieres que veamos esas cosas tienes que pedirle al gobierno municipal que arreglen los faroles —dijo Claudia antes de aspirar de su cigarro.

—Departamento de Policía de Ciudad del Sol —su voz grave me hacía temblar por dentro, y hablaba como si no tuviera prisa alguna—. Soy el detective Lucio Castillo, y ella es la detective Renata Vilar.

—Homicidios, ¿verdad? —preguntó Claudia elevando su mentón.

—Así es, señorita —dijo la detective Vilar. Sus ojos parecían al borde de disparar rayos y centellas—. ¿Alguna de ustedes vio algo que pudiera sernos de utilidad en nuestra investigación?

Estaba por decirles sobre el hombre que había visto, pero Claudia se puso entre nosotros y se cruzó de brazos. —No vimos nada.

—¿Señorita? —preguntó el detective Castillo.

Mi corazón palpitó más y más rápido con cada instante que aquel hombre tenía su vista en mí. Sus ojos grandes, redondos, expresivos, parecían capaces de verme el alma a través de los míos. Algo en mí me decía que no podría mentirle

a aquel hombre.

Luego sonrió, y me emocioné tanto que bajé mi cabeza apenada como una niña abochornada.

—Tampoco vio nada —dijo Claudia.

—¿Eso es verdad, señorita? —preguntó la pelirroja.

—No vi nada —dije casi como un susurro mientras negaba moviendo la cabeza.

—Ahí lo tienen —dijo Claudia—, ahora por favor abandonen mi propiedad y...

—Una pregunta más, si me lo permite —dijo el detective al dar un paso hacia Claudia—: ¿Quién de ustedes es Fernanda Ontiveros?

Alcé la mirada y encontré los ojos del detective fijos en mí.

—Ella no vive... —dijo Claudia.

—Yo soy... Fernanda Ontiveros —la interrumpí, y ella suspiró.

—¿Usted llamó a Emergencias? —preguntó la detective Vilar.

Asentí, y bajé la cabeza. No podía sostenerle la mirada a aquella mujer. Era demasiado intensa. Parecía que en cualquier momento iba a atacarnos o a gritarnos.

Vi a los ojos del detective y encontré algo de calma junto con un poco de emoción. Él volvió a sonreír, y yo le contesté la sonrisa.

—¿Podríamos hablar con usted a solas? —preguntó el detective Castillo.

—¿Y por qué coño necesita hablar con ella a solas? —preguntó Claudia, poniendo su mano en el pecho de él, evitándole subir a nuestro pórtico.

—Es protocolo, señorita, para prevenir...

—¿Prevenir qué?

—Clau, no hay problema, puedo... —dije, poniendo mi mano en los hombros de mi amiga y haciéndola a un lado para yo ponerme junto a ella.

Tenía al detective a un metro de mí, y mi corazón latía tanto que pensé me daría un infarto de emoción. Nunca me gustó mirarle los ojos a la gente, pero no podía dejar de ver los suyos.

Y él tampoco dejaba de mirar los míos.

—Tú déjame hablar, Fer —dijo Claudia, luego se dirigió al detective—. Ella no tiene nada que decir. Ya hizo bastante con llamarles. Ahora ustedes hagan su trabajo y déjenos en paz.

—¿Bastante? —exclamó la detective pelirroja— ¡Murió un hombre! ¡Un vecino suyo!

—Renata... —dijo el detective, poniendo su mano en el hombro de su

compañera— ¿Por qué no me esperas en el coche?

—¿Como si no muriera un hombre en este vecindario por lo menos una vez a la semana! —contestó Claudia mientras la detective se alejaba— ¿Por qué tan preocupados por su muerte? Ni que se preocuparan por todos los que matan por aquí.

La detective no había dado ni dos pasos cuando se giró rápido y pareció estar a punto de lanzársele encima a Clau. Pero se detuvo, miró a su compañero, dio la media vuelta y se alejó estampando el suelo mientras lo hacía.

El detective frotó su mentón cubierto en una corta barba desaliñada y miró a los ojos a Claudia. —Con todo respeto, señorita, ¿pero es usted abogada de la señorita Ontiveros? —preguntó apuntándome con su dedo índice.

—Soy su amiga.

—Y veo que se preocupa por su amiga —dijo el detective, poniendo sus manos en sus caderas—. Respeto eso. La lealtad entre amigos no...

—¿Cree que va a endulzarme el oído? —exclamó Claudia, levantando su mano abierta frente a ella— No gastes tu aliento, cariño.

Él respiró profundo, y la miró directo a los ojos.

—¿Es usted abogada o representante legal de su amiga, señorita?

—Ya le dije que soy su...

—¿Es usted abogada o representante legal de su amiga, señorita? —repitió elevando su voz.

—No, pero...

—*Entonces*, —interrumpió, levantando su mano abierta frente a él—. Usted está incurriendo en Obstrucción de la Justicia al no dejarnos hacer nuestro trabajo y tendré que arrestarla. Si su amiga desea declarar...

—Ella *no* desea declarar —dijo Claudia al mismo tiempo que negaba con la cabeza y le acercaba el dedo índice al rostro.

Él no se movió. No parecía estar intimidado por Claudia, lo cual era bastante impresionante.

El detective sonrió y luego me miró. Fue como si un relámpago me sacudiera por dentro. Mi estómago se retorció de la forma más deliciosa posible, y mis mejillas se pusieron calientes.

“¿*Por qué me pone así?*”

—¿No desea declarar? —preguntó.

—Ya le dije que ella no quiere declarar—insistió Claudia.

Pero el detective no le contestó. Solo esperó mi respuesta con su vista fija en mí.

Agaché la mirada. —No —dije.

Me quedé mirando el suelo, y de pronto vi su mano ofreciéndome una tarjeta con su número telefónico.

—Por si cambia de opinión, señorita Ontiveros —dijo el detective. La cogí tratando de que mis manos no temblaran. Cuando su dedo rozó el mío el calor de su mano provocó algo en mí que me hizo fijar la mirada en él—. Buenas noches.

Alcé la mirada y le vi alejarse con ese andar relajado y confiado que me llamó tanto la atención al principio.

Claudia me cogió del brazo y entramos a la casa.

—¿Puedes creer a estos tipos? —murmuró— Nunca vienen cuando se les necesita y cuando lo hacen piensan que debemos darles todo lo que quieran.

—¿Qué tienes en contra de la policía? —pregunté mientras me asomaba por la ventana y veía el coche de los detectives arrancar e irse. —Solo están haciendo su trabajo.

Cuando vi a Claudia ella se quedó sonriendo. —¿Acaso el detective Niño Bonito te alborotó las hormonas?

—¡Claro que no! —exclamé de inmediato, abrazándome el abdomen y caminando hacia la cocina.

—Tiene cojones, se lo reconozco —dijo Claudia, mirando hacia la puerta—. ¿Viste cómo no se inmutó cuando lo enfrenté a la cara? No cualquiera me haría eso, cariño. ¡Uff! Ya quisiera que algunos de mis pretendientes fueran así de firmes conmigo.

—Quizá deberías salir con él —le dije.

Claudia se soltó riendo. —Ay, chica, si se hubiera fijado en mí como se fijó en ti no se habría ido sin el número de mi móvil.

—¿Fijarse en mí?

—¿No notaste cómo te miraba? —dijo Claudia siguiéndome a la cocina.

Me serví un vaso con agua. —Estás loca, solo estaba siendo amable.

Claudia se soltó riendo. —Ay, chica.

—¿Qué?

—¿Crees que miró de reojo tus tetas porque es tan buena persona?

Casi me ahogo con mi trago de agua. Miré hacia abajo y caí en cuenta que aún traía esa blusa escotada que iba a usar para la cita con Juan.

—¿Me miró los...?

—Ajá —dijo Claudia dando la media vuelta y luego salió de la cocina—. Por cierto: a *mí* no me dio su tarjeta.

Me quedé ahí parada, sosteniendo en una mano el vaso de agua, y en la otra

su tarjeta.

La sostuve frente a mi rostro.

—Lucio Castillo—leí la tarjeta, incapaz de no sonreír.

## Capítulo 4.

*Lucio*

Tomé asiento en mi escritorio con toda la intención de hacer una búsqueda en nuestras bases de datos por conocidos de Daniel Gómez.

En lugar de eso escribí “Fernanda Ontiveros” en el campo de búsqueda.

Puse mi dedo en la tecla de retroceso y miré como idiota aquel nombre. Tenía la impresión que ya la conocía, que nos habíamos visto en algún lugar o algo así.

“¿*Me habré acostado con ella?*” me pregunté entrecerrando los ojos y frotando mis manos. “*No, estoy bastante seguro que recordaría un rostro tan hermoso y una sonrisa tan tierna.*”

—Estás muy callado —escuché a Rana la distancia—. Casi no dijiste nada en todo el camino.

Al girar Renata me miraba desde su lugar.

—No te veía ganas de hablar —dije—. Entiendo que te haya dolido la muerte de tu amigo.

Ella negó con la cabeza. —No era mi amigo, pero le tenía respeto —dijo—. No cualquiera se ofrece con la policía para ser informante.

—Te garantizo que hay quienes lo consideran un traidor.

—No, Lucio —dijo Renata, girando su silla hacia mí hasta quedar de frente—. Los traidores son esos animales que no dejan a su propia gente tener vida fuera de su asquerosa pandilla. Daniel buscaba hacer algo con su vida. No merecía terminar así.

Asentí al escuchar a Renata, pero la verdad era que no podía dejar de pensar en Fernanda. ¿Cómo podía una chica tan hermosa vivir en un barrio tan feo? ¿Cuál era su historia? ¿Cómo llegó ahí? ¿Qué carajos la orilló a tener una amiga como esa?

—¿Qué crees que quería Daniel? —le pregunté a Renata.

Ella encogió los hombros y disintió. —Ni idea —dijo—. No dejó correo de voz, y ahora es una investigación de homicidio que no llevará a ningún lado.

—Vamos —dije, apoyándome en el respaldo de la silla—. Sé más optimista.

Ella resopló. —¿En ese vecindario? Nadie hablará nunca, aun si vieron algo.

—De todos modos debemos investigar —dije, poniéndome de pie y estirando

mis brazos hacia arriba—. ¿De qué fueron los últimos informes que nos dio?

—Ventas pequeñas de drogas —dijo Renata, mirando en su monitor—. Su información llevó al arresto de varios vendedores callejeros, pero yo quería al pez grande, ¿sabes? Al distribuidor de Los Perros Bravos, o al gran jefe en persona.

Solté una risita mientras me sentaba en la esquina de mi escritorio. —Debemos ponernos en la fila, corazón —dije—. Caray, hasta los agentes federales tienen interés en deshacer esa red de narcotráfico.

Renata entrecerró los ojos. —Estás de buen humor.

—Mujer —dije estirando mis brazos a los lados con las manos abiertas—, yo soy el buen humor andante.

—No, es diferente —dijo Renata, echando su brazo detrás de su asiento—. Estás así desde que entrevistamos a esa morena con carácter de dinamita y a su amiga tímida.

—Estaba guapa, ¿verdad? —dije levantando la mirada al techo y aferrando mis manos a las orillas del escritorio.

—No te negaré eso —dijo Renata con la misma sonrisa boba que yo.

—Ese rostro... —dije.

—Oh sí.

—Esos ojos...

—Ajá...

—Sus... —puse mis manos abiertas frente a mi pecho a una distancia exagerada. Por más hermoso que fuera el rostro de Fernanda soy hombre, después de todo, y no pude suprimir mi impulso natural de verle ese escote de reojo.

*“Quizá estaba arreglada porque vio a su novio,” pensé.*

—Uff, hombre —exclamó Renata, mordiéndose su nudillo.

—Y esa piel... Se veía tan suave y tan...

—¿Bromeas? —dijo entre risas Renata— ¿Por qué crees que me fijé en Patricia en primer lugar? Me matan las morenas.

Salí de mi trance y miré a mi compañera. —Espera... ¿De cuál estás hablando?

—¿De cuál estás hablando tú?!

—¿De la tímida!

—¡Idiota! ¡Yo hablo de la morena!

Ambos explotamos a carcajadas. Me dolió el estómago de la risa. Miré a Renata y ella estaba casi llorando.

—¿Te he dicho que me encanta ser tu compañero? —le dije apenas recuperando el aire— Es la única manera en que no me deprimiría tras ver toda la mierda que vemos.

Renata cogió un pañuelo desechable y se limpió las lágrimas. Traté de no reírme más por los chillidos que hacía. ¡Parecía una ardilla ahogándose!

—¿Así que la tímida? —dijo, mirándome con una sonrisa— Es la que llamó a Emergencias, ¿verdad?

—Fernanda Ontiveros —dije. Su nombre se resbaló de mi lengua con una facilidad tremenda.

—Nunca te acuerdas de los nombres de los testigos —dijo Renata, arrojándome una pelotita de estrés que atrapé—. ¿Cómo es que recuerdas este?

Encogí mis hombros y sonreí mientras miraba su nombre todavía escrito en el buscador de nuestra base de datos y ponía la pelotita a girar frente a mi teclado.

—Hostia, Lucio.

Giré y vi el rostro amenazante de Renata. —¿Qué?

—¡Ni se te ocurra!

—¿Ni se me ocurra qué?

—¡Pues jugar fútbol con ella! —estrelló su mano abierta en el escritorio— ¿De qué crees que te estoy hablando?

Me enderecé en mi asiento y deslicé mi trasero hasta la orilla de mi silla. —Por favor, Rana. ¡Yo sé que no debo hacer nada!

—Más te vale —dijo Renata, girando hacia los papeles en su escritorio.

—Al menos hasta que terminemos la investigación —murmuré.

—Reverendo cabrón —dijo cubriéndose los ojos con una mano mientras negaba con la cabeza.

—¡Es broma! ¡Es broma! —me incliné hacia ella.

—Eres un idiota sin remedio, ¿lo sabías?

—¿Y eso por qué te sorprende? —dije riéndome, luego apoyé el codo en el escritorio y miré el nombre de Fernanda.

—Además, te apuesto lo que quieras a que va a tener algo que no me gustará —dije.

—¡Y volvemos a lo mismo! —exclamó Rana.

—Vamos a ver... —dije al presionar la tecla Intro.

En lo que cargaban los resultados Renata se acercó.

—Joder, sí salió —dijo Renata al ver el resultado de la búsqueda.

Hice clic en el resultado y leímos el archivo. —¡Ja! —exclamé y apunté a la pantalla— Mira, tiene un esposo en la cárcel —aplaudí mis manos una vez y



apoyé la espalda en el respaldo.

—Contigo todas tienen un detalle —dijo Renata mientras seguía leyendo el archivo.

—¡Está casada! —exclamé— De todos los detalles que puede tener una mujer el que esté casada está entre los más grandes, ¿no te parece? Hasta yo tengo mis límites.

Renata se enderezó, giró a verme y acomodó un certero manotazo en la parte de atrás de mi cabeza.

—¿Eso por qué fue? —reclamé, frotando el lugar del impacto.

—Lee bien, animal —dijo, apuntando a la pantalla—. Ahí dice que está divorcia-da.

Me incliné en el escritorio y leí.

—Tienes razón, se divorció hace un año —dije asintiendo—. Lo solicitó a unas semanas de que condenaran a su marido por... ¡Asalto a mano armada!

—Con razón se divorció —dijo Renata.

—¿Ves? —exclamé, girando a verla— ¿Quién quiere lidiar con un pasado así?

Renata levantó su mano preparando otro manotazo. Cuando cerró su puño entrecerré mis ojos anticipándome al golpazo que pensé me daría en el hombro.

Su móvil sonó con la cancioncilla de los setentas que me daba tanta risa que usara como tono. Renata se detuvo, bajó su mano, y respiró profundo.

—No hemos terminado —amenazó antes de irse a su lugar y contestar su teléfono—. Hola, mi amor.

¡Qué rápido le cambiaba el tono de voz cuando hablaba su mujer! La miré y tiré besos exagerados. Ella se limitó a extenderme su dedo medio sin dejar de sonreír.

Observé a Renata y vi qué tan iluminado tenía el rostro mientras hablaba con su esposa.

Reía ante cualquier gracia que Patricia le dijera al teléfono, y siempre podía darme cuenta de que le decía algo íntimo por el intenso color rojo que tomaban sus mejillas como en ese momento. Toda su bravura y dureza desaparecían cuando estaba con Patricia.

—Sí, aquí lo tengo a mi lado —dijo Renata, mirándome—. Está preguntando que cómo te fue anoche con Inés.

Giré mis ojos y bajé mi frente a mi escritorio por un momento. Cuando la escuché seguir hablando me enderecé y centré mi atención a los papeles junto al teclado.

—¡Claro que te haré pagar esa apuesta! —exclamó Renata.

—¿Están apostando en mi vida amorosa? —pregunté haciéndome el indignado.

Rana me miró con una mueca burlona. —¿Te importa? Estoy hablando con mi esposa.

—¡Están hablando de mi vida!

Renata activó el altavoz en su teléfono. —Dile, mi vida.

—¿Algún problema, detective? —dijo la voz grave y sensual de Patricia por el altavoz.

—¡Ninguno, capitán! — exclamé.

—Eso pensé —dijo, luego escuché risas en el fondo—. ¿Y ustedes de qué se ríen? ¡Vayan a ordenar la armería! Y se hacen llamar Grupo de Fuerzas Especiales, banda de holgazanes.

Mi compañera apagó el altavoz mientras yo seguía aguantando la carcajada. Se alejó y siguió hablando con su amorcito.

Miré la foto de mis papás y dejé que la nostalgia me entrara.

—Busca una buena mujer con quien compartir tu vida, hijo —fueron las últimas palabras que me dijo mi padre—. Teniendo eso, todo lo demás caerá en su lugar.

Sacudí mi cabeza y vi de reojo mi móvil. Traía un mensaje de texto. Cuando lo desbloqueé vi que era de Inés, la recepcionista.

—Me dejaste con ganas de un beso, guapo —decía el mensaje.

Reí para mis adentros. Por supuesto que no le iba a contestar. Estaba convencido de que ella no era la chica para mí.

Alcé la mirada, y vi el expediente del esposo de Fernanda, y cuando encontré su nombre pude visualizar sin ningún problema su rostro con esa sonrisa tímida.

Sonreí con ese pensamiento, y la tristeza poco a poco desapareció.

## Capítulo 5.

*Fernanda*

Lancé mis sábanas a un lado y miré el ventilador encendido de mi techo mientras los primeros rayos de luz de la mañana entraban entre mis persianas.

No podía moverme pues el cansancio que sufrí en mi sueño parecía haberme seguido a mi cama. Era como si mi cuerpo ya se hubiera rendido.

Las cosquillas que la deliciosa brisa del ventilador provocaba en mi piel solo me convencían más de quedarme en cama más tiempo.

—Dios, Fernanda, andas mal —me dije a mí misma al poner mi mano en la frente.

Mi cuerpo parecía más pesado de lo normal. Caray, ni siquiera extender mi ducha caliente unos minutos más ayudó a relajarme.

Incluso cuando salí me estremecí al ver el horrendo uniforme de enfermera color vino que nos obligaban a usar en el departamento de Fisioterapia del hospital.

Vi mi cepillo para el cabello y refunfuñé. Me hice rápido una cola de caballo y me dirigí a la cocina.

Me serví un plato con cereal y vi pegado en el refrigerador con un imán la tarjeta del detective.

La cogí y miré mientras sacaba la leche con la otra mano. Torcí mi boca en una mueca al sentarme. Puse la tarjeta frente a mi plato y la observé.

Suspiré y la giré con mi dedo índice. “*Un hombre así de seguro tiene novia, o esposa,*” pensé.

Traté de hacer memoria la noche anterior a ver si traía un anillo en su dedo anular izquierdo, pero no podía recordar.

“*Aun si no lo está, ¿por qué habría de fijarse en mí?*” arrastré la tarjeta a un lado.

Lo imaginé trayéndome una rosa, y diciéndome con esa voz grave y sensual lo hermosa que me veía. He de haber sonreído como boba pensando eso.

Cerré mis ojos, y lo imaginé perfecto: traía un traje elegante, peinado impecable y un aroma delicioso y varonil que me hubiera encendido como jamás lo habían hecho.

Me encantaba pasar por las secciones de lociones y perfumes en las tiendas e imaginarme si esos modelos en los anuncios de verdad olían así. En mi fantasía su aroma era mejor que el de todos ellos.

Luego escuché ese susurro en lo profundo de mis pensamientos, esa voz que a pesar de no haberla oído en meses volvía a ser esa mujer temerosa en la que Pedro me convirtió.

Esa voz que me recordó el daño que me provocó.

—¿Qué estás pensando, chica? —preguntaron detrás de mí. Era Claudia.

—¡Nada! —exclamé, cogiendo rápido la tarjeta del detective en mi mano y luego comí una cucharada de cereal.

—Ajá, claro, nada —dijo Claudia sentándose en la mesa junto a mí—. ¿Se supone que debo ignorar esa sonrisa de boba que tienes?

Ella se veía opuesta a mí. Creo que era la agente de Bienes Raíces mejor vestida que conocía. Con su falda de lápiz y la blusa azul que le regalé para su cumpleaños mi amiga siempre se veía como yo quería sentirme.

—Joder, Claudia.

—Está bien, lo considero progreso si andabas fantaseando con el detective Niño Bonito.

—No me lo puedo sacar de la cabeza, Clau.

—¡Fernanda! —dejó caer su mano en la mesa— ¡¿Pues qué cochinadas te estás imaginando que te hace?!

—¿Qué? —descubrí mi cara y giré a ver a Claudia— ¡No! No estaba pensando eso —comí otra cucharada al cereal.

—¡Pudiste haberme engañado, sabes! —dijo riéndose mientras cogía una manzana del frutero en medio de la mesa— Se te nota horrible cuando te sonrojas. ¡Te pones como un tomate!

—Bueno, sí, quizá pensaba un poco en eso.

Claudia sonrió. —¡Está viva después de todo, damas y caballeros! —se apoyó en sus codos y se inclinó hacia mí.

—Eres lo peor, Clau.

—¿Estás pensando llamarle al detective para que te inspeccione y vea que está todo bien? —preguntó alzando las cejas.

—Clau, no he cambiado de opinión desde anoche —dije, descansando mis manos encima de mis muslos—. No estoy lista para una relación.

—¿Quién está hablando de relaciones? —exclamó Claudia— Chica, no tiene nada de malo que revises la mercancía antes de comprarla.

—¡Claudia! —grité riendo.

—Bueno, estás fantaseando —dijo entre risas—. Eso es un buen primer paso.

—Sí estaba haciendo eso, pero luego...

—¿Sí?

—No, es que...

—¿Qué?

—Vi algo anoche...

—¿Qué viste?

Mi pecho se ajustó por dentro y me paralicé un instante. Tenía la boca abierta a punto de hablarle del sujeto que vi y lo que hizo.

—Vi... —dije, sonriendo con el recuerdo de la calidez de la piel del detective cuando cogí su tarjeta— Que tenía las manos muy grandes.

Claudia se quedó callada unos momentos antes de explotar en una de sus contagiosas carcajadas.

—Bueno, chica —dijo cuando la risa estaba pasando—, ya sabes lo que dicen de las manos grandes.

—Eres una mala influencia para mí —dije compartiendo la risa y tapándome las mejillas con mis manos abiertas— ¡Joder! ¡Yo nunca pensaba estas cosas!

—Mira —Claudia se levantó y puso su mano en mi hombro—, yo sé lo jodida que quedaste luego que ese patán de Pedro te hiciera pasar por un infierno de matrimonio.

—Tanto así un infierno no lo...

—Pero no todos los hombres son unos cerdos machistas y controladores —me interrumpió, luego cogió la tarjeta de mi mano y la puso en la mesa—. El detective Niño Bonito se portó educado, amable, seguro de sí mismo, no podía quitarte la mirada de encima, pero su atención estaba centrada en tu cara y no en tus tetas o culo... Bueno, no *solo* en tus tetas y culo. Yo diría que es más probable que sea un buen tipo a que sea un patán.

—¿Pero si no es así? ¿Y si es...?

—Nunca lo sabrás sentada aquí mirando su tarjeta —dijo Claudia, luego vio su reloj de muñeca—. Ya me tengo que ir. Necesito ir a ver una casa, pero puedo llevarte a la parada del autobús.

—Me iré caminando, Clau —dije, mirándola y sonriéndole—. Gracias. Eres una buena amiga.

Me quedé mirando la tarjeta mientras Claudia se iba de la casa. Torcí mi boca como siempre lo hago cuando estaba indecisa de hacer algo o no.

—Bueno... —me dije a mí misma— De todos modos, tienes que hablarle y decirle lo que viste anoche. Es lo correcto.

Cogí la tarjeta y volví a mi habitación. Me senté en mi cama y marqué el número del detective en mi móvil.

Sonó una vez, y me levanté de la cama. Di unos pasos cuando escuché el tono de llamada otra vez, y volví a sentarme.

“¡Tranquilízate, Fer!” pensé.

—¿Sí, diga? —contestaron.

Mi corazón se detuvo unos momentos. —Buenos días, ¿detective Castillo? — al fin hablé.

—A sus órdenes —casi podía escucharlo sonreír—. ¿Con quién hablo?

“¡Compórtate, Fernanda!” pensé cerrando mis ojos con todas mis fuerzas.

—Fernanda Ontiveros. No sé si me recuerde.

—¡Sí! Sí le recuerdo —se le oía animado, y me lo contagió un poco—. Hola, buenos días.

Exhalé y sonreí. Sus palabras eran como caramelo adictivo para mis oídos. Pasé mi mano abierta encima de mi cabello y agarré mi cola de caballo. —Hola, buenos días... Creo que ya le había dicho eso, ¿no?

Tiré de mi cabello y cerré mis ojos con todas mis fuerzas. “¡Maldita sea, Fernanda!”

—Puede ser, pero no se preocupe —dijo con toda tranquilidad—, a estas horas mi cerebro no funciona sin algo de café así que puede que yo también diga alguna barbaridad —dejé salir una risita— ¿En qué le puedo ayudar?

—Es... sobre anoche —guardé silencio mientras me sentaba en la cama—. Creo que vi algo anoche.

—¿Cree que vio algo?

—Sí —sacudí mi cabeza—. Algo que pudiera estar relacionado con su investigación.

—¿Cómo qué?

—No lo sé... me pareció ver alguien... bajarse de un coche frente a la casa donde mataron a ese hombre.

—¿Lo vio?

—Así es.

—¿Podría describirlo?

Gruñí y miré al techo de mi cuarto. —Soy pésima para eso, detective... — respiré profundo mientras imaginaba a aquel tipo — Alto, cabeza rasurada... Se veía corpulento... ¡Oh! Caminaba con cojera.

—¿Si le muestro fotos podría identificarlo?

Asentí. —Estoy bastante segura que sí.

—Deme un momento.

No alcancé a escuchar los murmullos, pero me pareció reconocer la voz rasposa e intimidante de su compañera en el fondo animándole.

—¿Sería posible que nos viéramos en algún lugar para mostrarle algunas fotos?

Abrí mis ojos de par en par y sacudí mi cabeza.

—¡No! Digo... Sí... Podría ir a la estación si gusta.

Escuché en mi cabeza la risa de Claudia. ¡Dios! Cuando ella habla con algún chico al teléfono o en persona siempre está tan relajada y tan en control de la situación.

—No es necesario, señorita Ontiveros —dijo el detective—. Esta sería una entrevista inicial. Para no ocasionarle ninguna molestia podríamos vernos en un lugar donde usted se sienta cómoda.

—Bueno... —caminé hacia la entrada de mi habitación y me apoyé en el marco tratando de pararme como lo hacía Claudia. Aclaré mi garganta e hice una mueca, según yo, seductora— Hay una cafetería que dicen está muy rica, cerca de mi trabajo. ¿Podría ser ahí?

*“Por el amor de Dios, eso no se oyó para nada sexy,”* pensé mientras mordía detrás de mi labio inferior y daba pequeños saltos en donde estaba parada.

—Sería perfecto —bien, al parecer no notó mi fallido intento de sensualidad—. ¿Qué cafetería es?

—Café Castillo... Igual que usted —dije entre risas.

El detective rio. —Está bien, señorita Ontiveros... —lamí mi labio y respiré profundo— ¿A qué hora quiere que nos veamos?

—Usted dígame...

—¿A su hora de comida? Yo invito... Bueno, invita el departamento de policía.

Mi pecho se llenó de calor con su buen humor. —Me parece bien —le dije con una sonrisa—. Nos vemos.

—¿Este es su número de móvil?

—¡Sí! —exclamé con una sonrisa— Sí, lo es.

—Anotado —dijo entre risas—. Pase bonita mañana.

Asentí y colgué de inmediato.

Giré a verme al espejo. ¡No iba a dejarle verme así de desaliñada! Me solté el cabello y lo cepillé. Cuando al fin quedó algo decente, pasé mis manos por mi cabellera y la arrojé detrás de mis hombros.

Cogí el único pintalabios que tenía: un color rosa brillante que Claudia me

había regalado. Hacía siglos que no usaba labial. Me puse solo un poco. No quise ponerme demasiado y arriesgarme a verme como un payaso.

Me miré a los ojos al espejo, y sonreí. No podía creer lo emocionada que estaba de ver al detective.

—Quizá si me plancho el cabello —dije en voz alta mirando que lo traía un poco esponjado.

Entonces vi el reloj.

—¡Mierda! ¡Voy tarde!



## Capítulo 6.

*Lucio*

Renata estacionó el coche frente al restaurante y miré los portales de cristal con el logotipo circular de “Café Castillo” plasmado en medio del vidrio. Cuando bajamos, Renata tropezó al dar el primer paso en la banqueta, pero recuperó el equilibrio con la gracia de una gacela.

Andaba más arreglada de lo normal. ¡Traía el cabello suelto y lacio! Sonreí al verla acomodarse las tetas en la blusa abotonada blanca que se había puesto.

Reí para mis adentros al notar ese gesto en su rostro que siempre ponía cuando usaba tacones. De seguro Patricia le insistió verse presentable.

—¿Lista? —pregunté.

—Nene, yo siempre estoy lista —dijo, dando un paso hacia adelante.

—¿Hasta para recoger a tu suegra del aeropuerto?

—Ah no —dijo, borrando la sonrisa en su rostro—. Nunca se está lista para esa odisea.

Miré la entrada al café y mi pecho se puso cálido. Recordé la sazón de mi mamá y la voz firme de mi papá al dar órdenes y mantener el lugar organizado a la hora del desayuno, comida y cena.

Me acomodé la chaqueta, desabotoné el cuello de la camisa, y aflojé un poco mi corbata antes de entrar.

La mujer en la entrada alzó la mirada. —¡Lucio! ¡Qué sorpresa! —ella miró a mi compañera de arriba abajo— Renata —saludó de mala gana.

—Natalia —saludó Renata con una sonrisa cortés.

Las miré una a la otra. Casi podía tocar la tensión entre ellas. —Qué tal Natalia, buenas tardes —estreché su mano—. ¿Cómo le fue a Nancy en su examen de finanzas públicas?

Ella levantó su pulgar luego de soltarme la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

—La pobre se muere por volver en estas siguientes vacaciones —dijo Natalia, ajustándose su chaqueta—. ¿A qué debo la visita? ¿Teníamos una cita para hablar algo del restaurante?

—¡No! —exclamé— Vengo como cliente, no como el dueño del lugar. Estoy

seguro de que tienes mucho que hacer y no quiero molestarte.

Natalia cogió un par de menús. —¿Quieres la mesa de tus papás?

Forcé una sonrisa. Giré y vi la mesa vacía junto a la caja, casi a un lado de la entrada a la cocina sin estorbar la salida, pero también para entrar ahí rápido si era necesario.

Miré al fondo a un lado de las ventanas que daban a la avenida y una de ellas estaba desocupada.

—Allá está bien —apunté en aquella dirección.

Natalia nos encaminó a la mesa, y cuando nos sentamos dejó los menús en nuestras manos.

—¿Nancy piensa trabajar aquí cuando venga en vacaciones? —pregunté.

—Creo que solo querrá descansar —dijo, mirando a Renata— Les daré un minuto y enviaré a un camarero.

—Ve preparando un café con vainilla, corazón —le dije.

Natalia dio la media vuelta y se alejó.

—¿Tenías que citar a esta chica aquí? —preguntó Renata antes de golpearme la cabeza con el menú.

—¿Cuándo coño me dirás lo que pasó entre ustedes dos?! —pregunté, mirando de reojo a Natalia, que miró hacia otro lado en cuanto la pillé viéndonos — Ya han sido años. Ahora estás casada con...

—¡Lo sé! —murmuró Renata— No tienes que recordármelo. Solo no vayas a decirle a Patricia que vinimos aquí.

—Créeme, no quiero meterme entre tú y la capi... —dije.

Sonó el móvil de Renata. Se sobresaltó cuando miró el identificador de llamadas antes de contestar.

—¡Perla, hola! —exclamó con alegría forzada.

—¡La suegra! —articulé con la boca y puse mis dedos índices apuntando hacia abajo frente a mis dientes para hacer mi mejor imitación de un vampiro, y Renata me arrojó una servilleta que hizo bolita.

—¡Ah! Patricia tuvo que supervisar una operación esta mañana y por eso no contesta el mó... —apoyó sus codos en la mesa y miró hacia arriba— ¿Está en el avión o...? ¿En el aeropuerto? ¿Apenas van a...? —sus ojos se abrieron tanto que parecía que iban a explotar— ¡¿Cómo que ya está aquí?! —

Creo que todos los clientes cercanos a nosotros giraron a vernos.

—¡No! Está bien... ¡Nononono! ¡No tome un taxi! Deme un minuto, ¿sí? — Renata apagó el micrófono del móvil al ponerlo en la mesa— Maldita Patricia, la voy a matar.

—¿Qué sucede?

—¡Mi suegra ya está en el aeropuerto!

—¿Qué no iba a...?

—¡Llegar más tarde! —Renata miró hacia la calle, y luego a mí— Necesito un favor...

Saqué las llaves de mi chaqueta y las dejé en la mesa. —Llévate el coche y tómate el día. Yo te cubro.

—Lucio, levantaré una estatua en tu honor —dijo al ponerse de pie y alejarse caminando tan pronto como pude.

Cogí su móvil en la mesa y encendí el micrófono. —¡Señora Perla! Habla Lucio.

—¡Hola, hijito! —dijo con una voz capaz de oírse hasta Marte. Aquella mujer no sabía bajarle el volumen al megáfono que traía integrado a su garganta — ¿Y Renata?

—Salió disparada al coche y va hacia el aeropuerto, pero dejó su móvil aquí en la mesa.

—¡Ay, pobrecita! ¡Si no pierde la cabeza porque la trae puesta!

—Sí, ya sabe cómo...

Renata ya estaba a mi lado arrebatándome el móvil. Ni se dignó en despedirse al irse.

—¡Manejas con cuidado, cariño! —grité riendo, a lo que Renata solo me contestó con su dedo más educado.

Ella y Natalia se lanzaron una mirada más antes de que ella se fuera del restaurante.

Un segundo después de que Renata se fuera entró Fernanda vistiendo un uniforme médico color vino. Joder, a plena luz del día esa mujer se veía mucho más hermosa que de noche.

Levanté la mano y Fernanda me regaló esa divina sonrisa que no podía sacarme de la cabeza. Caminaba casi sin bracear, y con una mano se aferraba a su bolso que colgaba de su hombro como si temiera que se lo robaran.

Me puse de pie y estreché su mano. —Buenas tardes, señorita Ontiveros.

—Detective —me saludó con una timidez que encontré fascinante.

—¡Por favor! Tome asiento —apunté con mi mano abierta al lugar que había dejado Renata.

Ella dejó su bolso en la silla a su lado, se sentó derecha y pasó rápido su mano sobre su frente, quitando algunos mechones de cabello.

Giré y ya venía hacia mí un camarero con mi café. —Aquí tiene, señor Lucio

—dijo al ponerlo frente a mí.

—¿Gusta un café? —pregunté a Fernanda— Sé que ya es la hora de la comida, pero yo desayuno, meriendo, almuerzo y ceno con café.

Fernanda rio y miró mi taza como un náufrago mira un vaso de agua dulce. —Soy enfermera —dijo sonriendo—. Si pudiera inyectarme eso directo a mi torrente sanguíneo lo haría.

—¿Qué café le traigo, señorita? —preguntó el camarero.

Ella miró mi taza con unos ojos de cachorrito que me derrieron el corazón y no dudé en empujar mi taza hacia ella.

—¡Ay no! ¿Cómo cree...? —exclamó sacudiendo la cabeza... Eso sí, sin devolverme el café.

—Otro café de vainilla para mí, por favor.

—Enseguida, señor Lucio.

El camarero se alejó y miré a Fernanda darle un sorbo a mi café. Cuando puso la taza en la mesa hizo una risita tierna que entró a mis oídos con la suavidad de una caricia llena de ternura. ¡Qué distinto era verla a plena luz de día y no a oscuras en la calle!

—¿Puedo... preguntarle algo? —preguntó.

—Lo que guste.

—¿Usted es el hijo de Dante y Esmeralda Castillo?

Alcé mi ceja izquierda y sonreí al escuchar los nombres de mis padres. —Se supone que el detective soy yo.

—Puede que... haya buscado su nombre en internet mientras venía en el autobús.

—¿De verdad? —exclamé, apoyando los codos en la mesa y el mentón en mis puños entrelazados.

—Lamento su pérdida, detective —dijo con una tristeza en su voz que me llegó al alma.

—Muchas gracias —dije, pasando mi mirada por su rostro—. Bueno, no soy quién para quejarme de que haya hecho eso.

—¿Ah no?

—También la investigué un poco.

Ella subió sus codos en la mesa y se apoyó en la palma de su mano abierta. —¿Y qué descubrió? —dijo sin dejar de sonreír.

El camarero llegó y dejó mi café junto al brazo. —Gracias, chico —dije al verlo de reojo.

Tomé un sorbo de mi café, pero no podía quitar mi vista de sus labios. Había

usado un pintalabios rosa chicle que daba la impresión de que su boca era un caramelo de esos que me encantaba comer de pequeño. Todo pensamiento en mi cabeza se frenó para poder apreciar su sonrisa.

—Fernanda Ontiveros —dije, forzando mi mirada hacia sus ojos—. Graduada como técnica de fisioterapia, trabaja en el Hospital Santos Apóstoles en su renombrada ala de fisioterapia. También sé que está divorciada... —noté que bajó la mirada con la mención de su separación— ¿Debería felicitarla o darle mi pésame por su divorcio?

Ella puso atención a mis ojos, y volvió esa sonrisa que me tenía como tonto. —Un poco de ambas, supongo.

—Perdone que mi compañera no nos acompañe —dije, ampliando mi sonrisa—. Tuvo un asunto personal que debía atender.

—Me pareció verla salir corriendo del restaurante cuando entré —dijo.

—Si le incomoda podemos hablar en otra oca...

—Vi lo que sucedió anoche —dijo de la nada.

Me quedé callado unos momentos. —¿Vio lo que...?

—Cómo... ya sabe —se encogió de hombros— Lo que le hicieron a ese hombre.

Comenzó a temblar. Estiré mi mano encima de la mesa y le cogí la suya.

—Si quiere podemos ir a otro...

—Descuide... —ella respiró profundo— Estoy a salvo con solo usted aquí, ¿no es así?

Reí y asentí. —Prometo que nada le pasará conmigo aquí... ¿Tiene hambre?

Fernanda miró mi mano encima de la suya, y podría jurar que había una corriente de electricidad corriendo entre nuestras pieles por aquellos breves instantes que nos paralizaron.

—No traigo mucha hambre... Espero no se moleste.

—¿Por qué habría de molestarme? —dije.

Ella sacudió la cabeza. —Pedro casi nunca me llevaba a restaurantes —dijo en voz baja.

—¿Pedro es su exesposo?

Fernanda levantó la cabeza y la noté más roja que un tomate. —Dios mío, ¿lo dije en voz alta? —dijo cubriéndose la boca.

—Sí lo hizo —dije entre risas— Ahora necesito saber a qué lugares la llevo a comer su ex.

Fernanda se encogió de hombros y bajó sus manos a sus muslos. —Casi siempre yo cocinaba algo, o él mandaba pedir comida china, o pizza. No le

gustaba salir.

Moví mi cabeza en reprobación de aquello.

Ella no despegaba su mirada de mí. Ya no estaba tan colorada, pero se le notaba un poco sonrojada. Sus ojos parecían brillar, y me daba la impresión que me ponía toda la atención del mundo teniendo la cabeza un tanto inclinada hacia un lado.

Y todavía no quitaba su mano debajo de la mía, pero ya había dejado de temblar.

Me reí de nervios.

—¿Está todo bien? —el puñetero camarero me asustó.

—Todo bien —le dije sin siquiera girarlo a ver.

No podía dejar de mirarla.

—¿Podría decirme dónde está el tocador? —preguntó Fernanda al camarero, quitando su mano debajo de la mía.

—Desde luego, señorita —dijo, apuntando hacia el lado opuesto del restaurante—. Siga al fondo, y junto a la caja.

—¿Me disculpa? —preguntó al ponerse de pie.

Le asentí, y le seguí con la mirada hasta que la perdí de vista.

Respiré profundo, y todavía alcancé a percibir un poco de su perfume dulce. Le di otro sorbo a mi café, y noté lo acelerado que tenía mi corazón.

*“Quizá no sea buena idea consumir cafeína en este momento.”*

## Capítulo 7.

### *Fernanda*

Volví tan rápido como pude a la mesa con el detective. Había pensado que sería una experiencia aburrida y sin eventos, pero mi corazón seguía sin control después de tener su mano encima de la mía.

—Disculpe —dije al sentarme al otro lado de la mesa.

—No hay por qué —sonrió y sacó una libreta de su chaqueta—. Bueno, le tomaré su declaración entonces.

Aproveché que me quitó la mirada y di un largo sorbo a mi café.

*“¡Por el amor de Dios, Fernanda!”* pensé alarmada. *“¡Ya ni cuando te casaste te sentiste así!”*

—Está bien —le dije al dejar mi taza en la mesa.

Observé las hojas de su libreta mientras las pasaba. Había el ocasional rayón, una que otra mancha de tinta y se veía un tanto maltratada.

Pero cuando se detuvo a leer algo en ella noté su caligrafía.

—¡Qué hermosa letra! —dije sin pensar.

Entrecerró sus ojos y sonrió mientras veía sus escritos.

Cogí su cuadernillo sin siquiera pedírselo, y él no me lo impidió. Pasé las páginas despacio sin en realidad leer nada.

Solo observé las curvas, el espacio pequeño entre las palabras, y las líneas que fusionaban a la perfección cada letra en un solo trazo.

—Está preciosa —dije, evocando una escena de una película romántica donde el héroe le escribía a su amada con pluma y pergamino—. Ya nadie escribe así.

—Mi madre me enseñó cuando estaba en el instituto —me contó entre sonrisas—. Yo quería impresionar a una chica y se me ocurrió escribirle una carta... Pero mi caligrafía parecían patas de cucaracha así que...

Cerré el cuadernillo y lo deslicé en la mesa. Él estiró su mano para cogerlo, y sus dedos rozaron el dorso de la mía. Por ese instante mi corazón se detuvo y contempló el torrente de emoción que explotó por mi ser.

—¿Me repite su nombre completo? —preguntó.

—Fernanda Ontiveros —contesté, y él escribió.

—¿Ocupación?

—Fisioterapeuta en el Hospital Santos Apóstoles.

—¿Y está divorciada, correcto?

—Así es —creo que fue la primera vez que lo dije sin sentirme mal al respecto.

—¿Sigue en contacto con su ex?

—No... —me miró y algo en su mirada detuvo mi capacidad de contestar— Él... ya no... —balbuceé entre risas.

—Veamos... —dijo con una sonrisa y fingió escribir—: “Él... ya no...” —Tuve que cubrirme la cara. ¡Qué pena!

—Lo siento... —dije al dejar caer mis manos sobre la mesa— No, él y yo ya no tenemos contacto. Ni siquiera sabe que me mudé.

—¿A qué hora llamó a Emergencias? —preguntó.

Saqué el móvil del bolso y busqué la hora en que hice la llamada.

—Eran las ocho con tres.

—¿Qué hacía a esa hora?

Miré arriba. —Estaba sacando la basura.

Levantó la mirada de su cuadernillo con los ojos entrecerrados. —¿Esperando a su cita para irse a bailar a una disco?

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno —dijo, mirándome a los ojos—. Estaba muy arreglada y era muy temprano como para ya haber vuelto de su cita.

“*Maldita Claudia, tenía razón,*” pensé al reírme. —*Iba* a tener una cita.

—Si él canceló, fue un tonto —agaché la cabeza y me quedé callada. —¿Y por qué llamó a Emergencias?

Sacudí mi cabeza y salí de mi trance. Miré arriba y recordé la noche anterior. —Porque... —dije— Porque vi a un hombre dispararle a mi vecino.

—¿Qué vio antes de que sucediera?

Le miré a los ojos, comprobé que tenía toda su atención y respiré profundo. —Vi un coche negro estacionarse. Alcancé a ver al hombre que bajó del coche y él caminó hacia la casa.

—Ya veo —dijo el detective. —¿Conocía a la víctima?

—Solo de vista. No éramos amigos.

—¿Y a la persona del coche?

—Tampoco.

—¿Podría describir al hombre que vio? —preguntó.

Apreté mis labios y miré arriba. —Alto, como de su estatura —dije



apuntando hacia arriba de él—. Cabeza rasurada. Delgado. Tenía una barba de candado...

—¿Algún rasgo característico? —interrumpió. Creo que le estaba describiendo a miles de hombres.

Apreté mis labios y recordé los pocos pasos que le vi dar luego de cerrar la puerta del coche. —Caminaba algo... raro... —dije, recordando la manera en que casi arrastraba uno de sus pies— Como si hubiera tenido una lesión en sus piernas desde hace tiempo y nunca la trató.

Él dejó de escribir y apoyó sus brazos en la mesa al verme. Cada vez que sus ojos se posaban en mí me volvía el centro de su mundo. Jamás me habían puesto tanta atención. —¿Cómo podría saber eso? —preguntó.

—Lo veo en mi trabajo todo el tiempo —dije sin titubear—. Cuando alguien lleva mucho tiempo con una lesión se acostumbra al dolor, pero adapta sus movimientos para tener la menor molestia posible.

Me puse de pie y di un par de pasos imitando la cojera que vi en aquel hombre. —Esa persona caminaba así —dije al detenerme a un lado del detective—. Si hubiera tenido una lesión nueva su rostro aún reflejaría algo de dolor —apreté los músculos de mi rostro tratando de imitar la expresión de dolor—. Así.

Alzó sus cejas. —Es usted muy observadora.

—Solo soy buena en mi trabajo —dije sonriendo—. A veces algunos pacientes no nos dicen todo lo que nos tienen que decir y tenemos que adivinar lo que les sucedió.

Sacudí mi cabeza y volví a mi asiento, más apenada y roja de lo que ya estaba. Él, mientras tanto, sacó su móvil y, luego de toquetear en la pantalla un par de veces, lo puso en la mesa y lo deslizó hacia mí.

—Voy a mostrarle algunas fotos —dijo. Bajé la cabeza y pegué la vista en la pantalla—. Deténgame si reconoce a alguien.

*“Eres una tonta, Fernanda,”* pensé, viendo cara tras cara de criminal en su móvil. *“¿Cómo se te ocurre? Has de verte como una tonta portándote así con...”*

Todo pensamiento en mi cabeza desapareció cuando cambió a aquella foto. Esa barba de candado, esa misma nariz abultada, los mismos ojos amenazantes...

—Él —dije, apuntando a la pantalla.

Cogió el móvil y, al mirar la foto, me dio la impresión que se le abrieron un poco los ojos de un susto. Me mostró la imagen de nuevo. —¿Él?

—Sí, él —contesté con toda seguridad.

—¿Está segura?

Me incliné hacia él para verlo con mayor atención. No lo necesitaba, pero por si las dudas. —Estoy segura.

Esforzó una sonrisa... Era la primera sonrisa poco genuina que me daba en todo el rato.

“*Oh Dios,*” pensé.

Un escalofrío me atravesó el cuerpo. Los vellos de mi nuca y espalda se erizaron y tuve la enorme necesidad de tragar saliva.

Guardó su móvil y libreta en la chaqueta. —Es todo lo que necesito de usted, señorita Ontiveros —dijo.

—Fernanda —dije de pronto.

—¿Disculpe? —preguntó con una sonrisa.

—Llámemme Fernanda... O Fer, si quiere.

“¿*O Fer, si quiere?*” repetí en mi cabeza. “*¡Eres una tarada! ¡Qué estás pensando!*”

—Con una condición... Fer —dijo inclinándose hacia mí y sonriendo.

—¿Sí? —dejé de respirar mientras esperaba su condición.

—Que me llames Lucio —dijo.

He de haber sonreído como una niña con un enamoramiento de adolescente, pero él me acompañó con su propia sonrisa grande y cálida.

Se apoyó en su asiento. —Quizá necesitemos hablar más adelante según vaya avanzando la investigación.

—Estoy a tus órdenes... Lucio —dije.

—¿Viniste en autobús o tienes coche?

—El hospital está cerca —dije riendo—. Vine caminando.

Él resopló y rio. —Sí es cierto —dijo— ¡Vaya detective que resulté ser! Bueno, ¿no quieres comer algo?

Negué con la cabeza. —Necesito volver al hospital lo más pronto posible —dije mirando mi reloj de pulsera.

—Te acompaño —dijo—. Después de todo, esta puede ser una ciudad peligrosa y es mi deber cuidarte.

Reí. —Vale —bajé la mirada mientras cogía mi bolso.

Lucio sacó un billete, lo dejó en la mesa, y se quedó quieto. Pasé frente a él y aspiré su loción. Me mordí el labio ante la cascada de delicias que despertaron en mi cuerpo cuando su aroma entró por mi nariz y llenó mis pulmones.

Vi de reojo a mi lado y ahí estaba detrás de mí. Me pareció verle fijar la vista en mi espalda. Esas delicias que hacían fiesta dentro de mí se alborotaron aún más. Aceleré mi respiración, succioné mis labios y los lamí mientras salíamos

del café.

Giré y le esperé a que saliera.

Extendió su mano hacia mi espalda baja y esperó a que caminara antes de colocarse a mi lado.

Su mano alcanzó a rozarme el brazo. Giré a verle la mano y luego a sus ojos.

Nos sonreímos, y dirigimos la mirada al suelo mientras caminamos en dirección del hospital.

Íbamos callados, girándonos a ver una y otra vez. ¡Había vuelto al instituto con el primer muchacho que me gustaba! En aquella ocasión me hubiera muerto si cogía mi mano. Habría sido la chica más feliz del mundo.

No me di cuenta de que con cada paso que dábamos nos estábamos acercando uno al otro más y más hasta que nuestros brazos se rozaron. Una corriente eléctrica se paseó por toda mi piel e hice mi mejor esfuerzo por girar en su dirección, pero sin mirarle a los ojos.

Porque si veía esos ojos expresivos, hermosos, intensos...

Ambos reímos. Levanté la cabeza y crucé mi mirada con la suya. Seguí sonriendo, sin decir una palabra.

*“¿Acaso podrá ver en mis ojos cuánto quiero que me bese? ¿Podrá ver que quiero que coja mi mano y me lleve a donde él quiera?”*

—Fue un placer, Fernanda —dijo, extendiendo su mano para que la estrechara. En ningún momento despegó su atención de mis ojos.

Cogí su mano y la estreché. —Un placer... Lucio —le dije en tono bajo, seductor, llena de anhelo.

No supe si yo no podía soltarlo o él a mí. Quizá ambos. Nos quedamos viendo, cogiéndonos la mano, sin darnos cuenta de que estábamos acercándonos más y más.

Él me soltó. Yo sonreí, asentí, giré hacia el hospital y caminé. Caminé despacio, esperando que él llamara o se me ocurriera alguna razón para volver a su lado.

No sé de dónde saqué fuerzas para no girar en todo el eterno camino desde esa esquina hasta las puertas del hospital.

Si no las hubiera tenido, no sé qué hubiera hecho.

## Capítulo 8.

*Lucio*

Ella caminó rápido, y en todo el camino la observé con la esperanza que girara a verme. Mi estómago se volvió un nudo con solo pensar eso. Resoplé y reí para mis adentros.

Ella nunca giró a mirarme.

Di la vuelta y pasé mis manos por mi cabello. Gruñí y sacudí mi cabeza.

—Hostia —dije al sacar el móvil y llamar a Renata—. Ya basta, Romeo.

Recordé ese apretón de manos y mi ser se tensó por un instante cuando caí en cuenta que imaginé el sabor de sus labios igual al de algún caramelo color rosa que llegué a probar cuando era un pequeño.

“¿Por qué estoy recordando eso ahora?” pensé.

Luego pensé en fresas. Imaginé que sus besos tendrían sabor a fresa igual que el delicioso aroma que alcancé a detectar de su perfume.

Cerré mi puño, y recordé su mano en la mía. Encajaba perfecto, como si su mano hubiera sido hecha a la medida a la mía. Su piel era suave y tenía una carga eléctrica que despertaba impulsos dentro de mí que me costaban demasiado trabajo contener.

Miré al cielo y reí.

El tono de la llamada me recordó que estaba al teléfono esperando a que me contestara Renata.

—¡Hola! Deja tu mensaje —dijo su voccecita ronca y alegre de su correo de voz.

Esperé a oír el bip. —Soy Lucio —dije, caminando de lado a lado en la acera—. Voy a buscarte a tu casa. No vas a creer a quién vio Fernanda.

Colgué y di un paso en dirección al café, pero me detuve.

Fue como si me hubieran dado un puñetazo en la cara dejando en pedazos esa fantasía que estaba teniendo con Fernanda.

“Sí la persona que ella vio se entera de que hubo un testigo de seguro...”

Apoyé mi espalda al edificio más cercano y observé el cruce de calles. Puse especial atención a todos los coches estacionados a ver si no encontraba nadie sospechoso.

Luego busqué alguien que estuviera ahí sin hacer nada, tratando de no llamar la atención.

*“Nada, gracias a Dios.”*

Vi una patrulla estacionada en un puesto de revistas cruzando la calle del hospital. Corrí allá y mostré mi placa a los policías parados junto a ella.

—Detective Castillo —me identifiqué—. Necesito un favor, chicos.

—¿Castillo? ¿Como el restaurante? —preguntó el de menor estatura, un curioso enano de bigote y unas entradas de cabello que apostaría a que se quedaba calvo en los siguientes años.

Su compañero, un toro de hombre con cabello muy corto y cara de pocos amigos, le lanzó una mirada antes de poner sus manos junto a la hebilla de su cinturón. —¿Qué necesita, detective? —preguntó con voz retumbante.

—Hay un testigo de una investigación trabajando en ese hospital —dije mientras sacaba mi móvil y abría la foto de licencia de conducir de Fernanda para mostrársela—. Mujer, joven, viste uniforme de enfermera color vino.

—¿Un testigo en una investigación? —preguntó el enano, arqueando su ceja — El protocolo requiere que primero se haga una solicitud en la central.

*“Maldición, no conozco a estos tipos,” pensé. “No sé si sean de confianza.”*

—¿Quieren comer gratis, chicos? —dije con una sonrisa.

El gigante y el enano se miraron uno al otro.

—Ya pronto es la hora de la comida —dijo el enano, encogiéndose de hombro.

—Y no me apetece el pollo que preparó mi mujer hoy —dijo el gigante.

—Puedo hacer arreglos para que les traigan el mejor emparedado estilo Filadelfia que alguna vez probarán en sus vidas —dije—. Ningún lugar se compara con Café Castillo.

Siendo sincero se me hizo agua la boca al visualizar aquel emparedado en mi cabeza.

—Y tarta de manzana —dijo el gigante—. Siempre que llevo a mi mujer a comer ahí pedimos la tarta de postre y nunca me han decepcionado—. Su rostro tenía el mismo brillo de un niño pequeño.

—Denlo por hecho, chicos —dije con una sonrisa, luego vi al enano—. Meteré la solicitud de vigilancia esta tarde para que la firmen en cuanto regresen a la estación, pero es muy importante que vigilen que nada le pase a partir de este momento.

—¿Cuál es su identificación por la radio? —preguntó el enano.

—Tres David Cinco.

—Delo por hecho, detective —dijo el gigante—. Nuestra identificación es Veinte Veinte Adam.

Asentí y di la vuelta. Miré de reojo el hospital cuando crucé la calle.

“¿Qué estará haciendo?” pensé.

Sacudí mi cabeza y dirigí la vista al frente. Llegué en un par de minutos al restaurante. Me detuve cuando cogí la manija de la puerta y miré hacia la calle unos momentos.

—¿Qué sucede, Lucio? —preguntó una mujer.

Di un salto hacia la calle y reí al reconocer a Natalia. —¡Mujer, cargo un arma! ¡Nunca asustes así a un hombre que carga un arma!

—¡Lo siento! —dijo entre risas al salir.

—Es solo que... —miré hacia la dirección donde estaba el hospital— Pensé que había caminado más lejos, pero solo fue un par de manzanas.

Natalia rio y se cruzó de brazos. —Cuando caminas al lado de alguien que te atrae mucho lo haces más despacio, como si tu cuerpo supiera que su tiempo juntos está por terminar y trata de sacarle tanto tiempo más como pueda.

Reí y asentí. —Bueno, esto no fue por eso.

—¿No? —preguntó, arqueando su ceja.

—¡No! —dije— ¿Por qué piensas eso?

Natalia encogió sus hombros. —Es solo que vi la misma expresión en tu rostro que ponía tu padre cuando estaba con tu madre trabajando en algo del restaurante.

Sonreí. —¿Recuerdas cómo olvidaban que no estaban a solas y comenzaban a decirse cositas cursis? —pregunté.

Natalia suspiró. —Una vez los escuché en la oficina de tu papá —no era fácil hacer sonrojar a esa mujer—, y te juro que cuando salí del trabajo...

—No necesito detalles —dije, cruzando mis brazos—, a menos que haya sido con Renata. ¿Fue con Renata?

Ella solo me miró. —Eso nunca lo sabrás —dijo antes de girar y entrar de nuevo al restaurante.

—¡¿Qué rayos pasó entre ustedes dos?! —pregunté al seguirla adentro.

—¡Es algo privado! —dijo Natalia sin girar mientras caminaba entre las mesas dirigiéndose a su oficina.

—Anda, dime.

—Lucio —ella dijo al detenerse y girar a verme—, a veces puedes comportarte como un niño malcriado.

—¿No es parte de mi encanto? —dije con una sonrisa.

Natalia negó con la cabeza y suspiró. —¿A qué volviste? —dijo— ¿Olvidaste algo en la mesa?

—No —dije—. Necesito un favor.

—¿Qué favor?

—Verás, frente al hospital hay una patrulla y necesito que les lleven algo de comer.

Natalia negó con la cabeza y sonrió. —¿Y cuál es el favor? ¿Llevarles la comida o no cobrarla?

—Ambas —dije con la sonrisa más amplia que pude.

Natalia suspiró. —Bien, dale la orden a uno de los camareros y enviaré a uno de ellos a que se las lleve.

—¡Eres un amor de mujer! —dije.

—Tienes que dejar de usar la comida del restaurante como soborno a tus amigos policías —dijo Natalia antes de seguir caminando hacia su oficina.

—¿Acaso no es una de las ventajas de ser dueño?

Ella rio cuando abrió la puerta y entró. —¡A ver si sigues diciendo eso cuando tus favores nos lleven a la quiebra!

—Vamos, no lo hago tan seguido.

—Sí lo suficiente para que yo tenga que ponerme creativa a finales del mes con las cuentas —dijo Natalia mientras me reía, pero al ver la mirada que me estaba lanzando dejé de hacerlo—. Estoy hablando en serio, Lucio.

—Bien —dije, apretando mis labios—. ¿Qué quieres hacer?

—Quitar el descuento a policías y funcionarios de la ciudad.

—A funcionarios —dije, pero eso no disminuyó la mirada que me estaba lanzando—. Bien, policías y funcionarios. Pero el descuento a personal de salud se queda.

Natalia arqueó una ceja. —¿No tendrá que ver con la linda enfermera con la que tomaste un café hace rato?

Dejó salir una risita nerviosa. —No es del todo por eso.

—¿Sabías que es la primera chica que traes al restaurante?

—¿De verdad?

—Sí —dijo Natalia—. Ni siquiera cuando tus padres vivían llegaste a traer a nadie.

Me encogí de hombros y asentí. —No me había dado cuenta.

—Creo que a ellos les habría parecido encantadora tu enfermera.

Solté una carcajada. —Eso no fue una cita —dije, apuntando con mi pulgar hacia mi espalda—. Eso fue... Ella es una testigo y la entrevisté.

—¿Y acostumbras desvestir con la mirada a todas tus testigos?

—¡Soy un chico! —dije— ¡He desvestido con la mirada a cientos de chicas!

—¡Lucio!

—¡No seas hipócrita! —dije sonriendo y apuntándole— ¡Vi muy bien cómo mirabas a Renata cuando llegamos!

—Eso es... —Natalia murmuró y rascó su cabeza— Eso es distinto.

—¿Cómo es distinto?

Natalia respiró profundo. —Es distinto porque yo estuve enamorada de Renata —dijo—. Así que tiene que ser distinto a como desvestías con la mirada a tu testigo.

—¿Por qué tiene que ser distinto?

—Porque si es igual entonces te estás enamorando de ella.

Solté una carcajada. —¡Un momento! —dije— No nos dejemos llevar por... Digo, ella es una testigo, después de todo. Yo no puedo...

Natalia solo sonrió y me miró con los brazos cruzados. —Sigue diciéndote eso, querido.

Respiré profundo antes de ponerme de pie. —Entonces dejaré la orden con un camarero para los policías.

—Te cobraré precio completo por la comida —dijo Natalia.

—Mientras me lo cobres a mí y no a los policías.

Salí de la oficina y caminé a la entrada, donde ya estaba la recepcionista nueva que habían contratado.

“*Creo que a ellos les habría parecido encantadora,*” recordé lo que dijo Natalia sobre Fernanda, y sonreí.



## Capítulo 9.

### *Fernanda*

Al subir al ascensor noté la sonrisa en mi rostro reflejado en el metal pulido de las puertas. Apenas y me reconocía con aquella expresión. El fresco del interior del hospital acentuó la calidez de mi piel y mi corazón no disminuía su palpitación luego de estar todo ese rato con él.

—Lucio —susurré sin pensarlo.

—¿Dijo algo, señorita? —preguntó alguien detrás de mí.

No sé cómo no di un salto del susto. Giré despacio, le sonreí al sujeto que vestía una bata médica y negué con la cabeza.

—Lo siento, estoy pensando en voz alta —dije con mi sonrisa apenada, luego giré y miré los números del ascensor.

Cuando sonó la campana en mi piso bajé para alejarme lo más pronto posible de aquella vergüenza. No pude contener las risitas que salieron de mi alma.

“¡*Fernanda, por favor!*” pensé cuando entré por las puertas al área de fisioterapia.

Vi a dos de mis compañeros trabajando con sus respectivos pacientes: un viejo que recién le habían operado de la cadera y una jovencita jugadora de fútbol en la universidad a quien le habían reparado una lesión en el tobillo.

Todos me miraron entrar, sonreí y les saludé con la mano.

Fui directo al cuarto de descanso donde cada uno de nosotros teníamos un casillero. Guardé mi bolso, saqué el móvil y lo metí dentro de los bolsillos de mi pantalón.

Escuché la puerta de la sala abrirse y quedarse abierta. —¡Estire al dar ese paso! —gritaron— ¡Así, perfecto!

Vi al doctor Ricardo reír desde la entrada de la puerta y levantar su pulgar antes de entrar a la sala de descanso.

Traía el mismo uniforme médico color vino que todos nosotros, pero encima de él traía puesta su bata blanca de médico. Era el encargado de nuestro departamento y el profesional de la salud más en forma de todo el hospital. Hasta donde sabía siempre llegaba corriendo y se iba igual, excepto cuando el clima no lo permitía.

—Buenas tardes, doctor —le saludé.

—¡Fernanda, qué sorpresa! —dijo al llenar un vaso con agua del grifo—  
¿Cómo le fue en su cita?

—¿Cita? —reí nerviosa.

—Sí —dijo, girando y apoyando una mano en el fregadero detrás de él mientras sostenía el vaso con la otra—. Recuerdo que ayer mencionó que tendría una cita cuando le llamaron durante nuestra sesión con la señora Lozoya.

—Necesito recordarle a mi amiga que deje de llamar mientras estoy trabajando —dije entre risas—. Lo siento, doctor, eso fue poco profesional.

—No pasa nada —dijo el doctor—. ¡Me alegro de que por fin salte al ruedo de las citas! Usted todavía es muy joven y merece salirse a divertir.

—¡Yo me divierto!

—¿Cómo?

Guardé silencio unos momentos. —Eso es... Privado.

—Ande, dígame.

—No.

—¿Por qué no?

—¡Usted es el peor cotilla del hospital! —dije entre risas antes de salir de la sala.

—¡Alguien viene de buen humor! —dijo el doctor al seguirme— Eso quiere decir que su cita salió bien.

Suspiré al ver el pizarrón blanco donde teníamos nuestros horarios. —De hecho, la cancelé.

—¿Entonces con quién fue a comer? —le miré y ya estaba apoyando su codo a mi lado.

—¿Cómo sabe que fui a...? —giré a ver a mis compañeros de reojo— No fue una cita.

—¿Entonces qué fue?

Sonreí como boba y negué con la cabeza mientras giraba a ver el pizarrón. —  
¿No tenemos trabajo?

—El señor Morales canceló su cita hoy, así que tenemos un par de horas de tiempo libre en que podrá contarme.

Miré su cita en el pizarrón. —Ahí sigue sin...

El doctor cogió uno de los plumones y tachó el nombre anotado junto al suyo y mío. —Llamó a mi móvil hace unas horas.

—Déjeme adivinar —dije al girar mis ojos hacia arriba—: la teleoperadora del hospital no pudo comunicarlo con nosotros otra vez.

—De verdad necesitamos que arreglen eso —dijo el doctor exagerando su indignación—. Somos un hospital de primer nivel, después de todo.

Sonreí. —Imagine en qué condiciones estaríamos si no lo fuéramos.

El doctor rio, saltó encima del mostrador, abrió el cajón junto al teléfono y sacó una bolsa de cacahuates que ya había sido abierta.

—¡Su cita debió ser de lo mejor! —dijo al apoyar su trasero contra el mostrador y meter su mano dentro de la bolsa— Está haciendo bromas. Está sonriendo. Se está riendo.

—Vale —dije—. Usted es implacable. No fue una cita, pero si pasé el tiempo con alguien muy agradable.

—Cuenta más, por favor —dijo el doctor antes de arrojar un par de cacahuates en su boca como si estuviera en el cine.

Reí y negué con la cabeza. —Es un policía... Un detective.

—Un adicto al peligro —fingió estremecerse—. Ya con eso es sexy. Por favor, dígame más.

—No diré más —negué con mayor velocidad y caminé hacia la salida al pasillo del hospital—. Además, el que sea policía no quiere decir que sea...

—¿Sexy? —interrumpió el doctor entre risas.

Respiré profundo. —Adicto al peligro.

—¡Yo no opino eso! —dijo entre risas, y yo me detuve— Mi mujer está adicta a las series de policías porque piensa que un hombre protegiendo a los demás es lo más sensual del mundo, aun si eso lo pusiera en peligro.

*“Puede que tenga razón,”* pensé, sonriendo como boba al recordar la mueca confiada y segura de Lucio mientras me escoltaba de vuelta al hospital.

—Quizá usted deba volverse policía —dije al abrir la puerta—. Voy por un...

El teléfono del mostrador timbró. Me quedé mirando al doctor y vi que no se movía para contestarlo. Solo arrojaba cacahuates dentro de su boca uno tras otro.

Gruñí, caminé rápido hasta el escritorio y descolgué el auricular.

*“Joder con estos hombres,”* pensé, mirando al doctor y a mis compañeros. *“Solo porque soy mujer no quiere decir que sea una secre...”*

—Buenas tardes —dijo una voz que era claro se trataba de una grabación—. Tiene usted una llamada por cobrar de la penitenciaría estatal del reo...

El tono de la grabación cambió. —Pedro Montero.

Me estremecí, mi garganta se cerró y por más fuerte que lo intenté no fui capaz de respirar. Mi corazón golpeaba dentro de mi caja torácica intentando salir corriendo y dejarme ahí.

—Si desea tomar la llamada diga “Sí” —dijo la grabadora de nuevo con el

tono de una mujer—. Si no, cuelgue.

Estaba petrificada. Miles de pensamientos explotaron dentro de mi cabeza y no supe a cuál de todos ellos ponerles atención. Era como si hubiera una muchedumbre dentro de mi cráneo y el sonido generado era de tal volumen que me dejaba aturdida.

Mis labios temblaron y estaba por decir que sí más por reflejo de mi obediencia hacia él en aquel entonces.

Pero el doctor cogió el auricular, escuchó unos segundos a la voz grabada y colgó.

—Fernanda, respira —dijo, cogiéndome las manos.

De todos mis recuerdos de Pedro solo uno vino a mi mente: una discusión al volver de misa en un domingo y él me reclamaba haber tenido una conversación con alguien que ya ni recuerdo quién era.

Lo recordé con tal intensidad que parecía estarlo viviendo de nuevo. La mirada encolerizada que tenía, el impacto de sus palabras en su cuerpo porque así parecían para mí: puños invisibles, que salían de su boca, dirigidos hacia mí con absoluta violencia, dejando sus marcas en mi alma, pero no en mi cuerpo.

—Tranquila, Fernanda —escuché al doctor decir de nuevo.

Cerré mis ojos y lo único que logré con eso fue recordar la noche anterior, ver a ese hombre calvo sacar su arma y asesinar a mi vecino a sangre fría. Cuando giró hacia mí ya no vi su rostro, sino el de Pedro.

Estaba temblando en ese momento y en mi mente traté de ver hacia otro lado. Cuando volví a ver su rostro había cambiado una vez más.

Ahora era Lucio.

—Fernanda, abre los ojos —escuché a lo lejos—. Estás bien. Estás segura.

Hice caso, y encontré al doctor cogiéndome de los hombros de forma firme, pero sin apretarme.

—Tranquila —dijo con calma y una sonrisa consoladora—. ¿Qué necesitas? ¿Quieres sentarte?

Asentí.

—¿Quieres que vayamos a la sala de descanso?

Asentí de nuevo.

—¿Puedo seguirte cogiendo los hombros?

Asentí una vez más, y dejé que me guiara. Cuando entramos nos dirigimos al sillón, y me ayudó a sentarme despacio.

—Respira, Fernanda —dijo el doctor mientras cogía una silla y la ponía frente a mí—. Sigue respirando.

—Lo siento —dije sollozando, y caí en cuenta que estaba llorando sin control—. Lo siento, doctor, no sé...

—Hablaré con la operadora del hospital —dijo el doctor con un tono más serio al que estaba acostumbrada a escuchar de él—. No permitiré más llamadas por cobrar de la penitenciaria.

Asentí y suspiré. —Gracias, doctor.

—¿Quieres hablar de ello? —trató de coger mi mano, pero la quité en cuanto la sentí.

—No, gracias.

—Puedo llamarle a alguien si quieres...

—Estoy bien, doctor —dije con una sonrisa.

—Hacía tiempo que no tenías un ataque de pánico —dijo.

Suspiré. —¿Podría darme unos momentos a solas, por favor?

—Por supuesto —dijo el doctor—. Toma el tiempo que necesites. Incluso vete a casa si...

—No —sacudí mi cabeza—. Estaré bien, solo necesito un momento.

El doctor asintió y se puso de pie. —Iré a la cafetería por un refresco de dieta. ¿Puedo traerte algo?

—También uno, por favor.

Esperé a que el doctor se fuera para poner mis manos en mi cara. Gruñí, apoyé mi cabeza en el respaldo del sillón y miré hacia el techo de la sala.

Todavía tenía esa imagen del rostro de Lucio en el cuerpo de aquel asesino mirándome.

—Ya, Fernanda —murmuré—. Deja de pensar esas cosas. Ya.

## Capítulo 10.

*Lucio*

—Más te vale que estés en casa —murmuré al entrar al edificio de apartamentos.

En todo el camino traté de llamar al móvil de Rana una y otra vez, pero nunca contestó.

Pulsé el botón del ascensor y miré mi móvil mientras bajaba. Vi mi registro de llamadas y encontré el número de Fernanda. Respiré profundo y toqué la pantalla. Se desplegaron las opciones: Llamar, mandar mensaje de texto, guardar contacto, etc.

Detuve mi pulgar encima de la opción de llamada, y mi corazón dio una vuelta en mi pecho. “*¿Y qué piensas decirle, genio?*” pensé, y opté por pulsar la opción de mensaje de texto.

“*¿Qué le piensas escribir, Romeo?*” pensé.

Escribí un “hola”, un “hola qué tal”, incluso uno “hola nena”. Gruñí y me quedé viendo la pantalla, y esa línea parpadeante casi podía jurar que estaba burlándose de mí.

Subí al ascensor y guardé mi móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Respiré profundo y miré hacia arriba mientras pensaba en Fernanda.

“*Joder, tío, ya,*” pensé, poniendo mi mano en la frente.

Saqué el móvil y miré el número una vez más, considerando mis opciones. Terminé pulsando el ícono para guardar el contacto.

Salí casi corriendo del ascensor y me detuve frente a la puerta de Renata. Toqué más fuerte de lo normal, pero nada.

—¿Todavía no vuelve del aeropuerto? —me pregunté al sentarme contra el muro frente a la puerta de Rana. La alfombra del pasillo olía recién lavada y parecía estar apoyando mis nalgas en un cómodo colchón delgado.

Cerré mis ojos y recordé el dulce aroma a fresas que tenía Fernanda. Aún no podía identificar si había sido su champú o su perfume, pero se había quedado atorado en mi nariz.

Estampé la palma de mi mano contra mi frente un par de veces. —¡Ya, Lucio! —exclamé.

Pero por más que intentaba no pensar en Fernanda, mi maldita cabeza me mostró imágenes más vívidas. La imaginé sonriendo al mismo tiempo que dejaba salir una risita tierna y tímida mientras su mirada me decía cuánto quería estar a solas conmigo.

“Quizá si hubiera intentado besarla me lo habría permitido,” pensé con una sonrisa enorme mientras miraba al techo y golpeaba despacio la parte de atrás de mi cabeza contra el muro.

—¿Lucio? —escuché una voz llamarme desde el extremo del pasillo.

Me incorporé y vi a Renata caminar hacia mí acompañada de una mujer alta, elegante, esbelta, y bastante bien conservada a pesar de sus muchos años. La única evidencia de los estragos de la edad eran sus canas y una que otra arruga en su rostro.

—¡Doña Perla! —exclamé, poniéndome de pie y dándole un abrazo— ¿Cómo está la mujer más guapa y rompecorazones de todo Philadelphia?

—¡Ay, mijo! ¡Érase una vez! —exclamó con palmadas en mi espalda.

—¿Qué rayos haces aquí? —exclamó Renata, ganándose una mirada de su suegra.

—Necesitamos hablar.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—No —dije, luego miré a doña Perla—. ¿Me la presta un momentito?

—Que me deje entrar a la casa primero, mijo —dijo inclinando su cabeza hacia la puerta.

Renata se apuró a abrirle a su suegra quien pasó luego de coger la manija de la maleta con rueditas que traían.

—¡Un placer verla, doña...!

Renata cerró la puerta y me lanzó esa mirada suya que me hacía sentirme un metro más pequeño.

—Sé que dije que te iba a cubrir, pero...

—No, no te preocupes —Renata suspiró y me abrazó—. Gracias. Te amo. Gracias por venirme a rescatar.

Reí al mismo tiempo que le palmaba la espalda. —Vamos, no puede ser tan malo.

—Lucio —Renata se separó y metió sus manos en su cabello—, esa mujer es una experta en hacerte sentir insuficiente con pocas palabras.

—Ambos sabemos que Patricia te lo compensará —dije con una ceja levantada.

—Créeme que me lo va a compensar en grande —dijo con sus manos en la

cadera—. Me obligó a llevarla de compras. ¡De compras, Lucio!

—¿Y las bolsas? —pregunté, tratando de recordar si Perla las traía.

—*Exactamente* —dijo a regañadientes—. No encontramos nada de su talla y todo el puto rato estuvo...

Rana respiró profundo, y yo sonreí.

—Bueno, traigo algo que te levantará el ánimo —saqué mi móvil y le mostré la foto que Fernanda identificó. —¿Sabes quién es?

Cogió mi móvil, miró la foto más de cerca y me lo devolvió. —Es Santos Almeida —dijo—. Por supuesto que sé quién... —Renata me miró un momento, luego sus ojos se abrieron— ¡No!

—Fernanda lo identificó.

—¿Cómo lo identificó?

—Pues miró la foto y dijo “él fue.”

—¿Ella lo vio?

—Así es.

—¿Y dónde coño dejaste a Fernanda?! —exclamó dándome un puñetazo en el pecho— ¡Ella debe estar bajo protección policial!

—Está en su trabajo —dije, frotándome el lugar del impacto— ¿Ves cómo no pude esperar a mañana?

Renata gruñó mientras abría la puerta de su apartamento. Doña Perla estaba ahí parada. Me reí cuando caí en cuenta que de seguro había oído nuestra conversación.

Miré a Rana y estaba casi tan roja como su cabello. —Perla, yo... —dijo Renata.

—Te tienes que ir —le interrumpió, cruzándose de brazos.

—Llamaré a Patricia para...

—Descuida, yo le llamo —dijo doña Perla. No supe descifrar si su tono de voz indicaba que estuviera molesta o no.

—Rana, si quieres yo me encargo y tú te quedas con... —dije.

—Tonterías, cariño —dijo Perla, agitando su mano en el aire—. Fui esposa de un policía y madre de una —sonrió mientras me palmaba una mejilla y luego miraba a su nuera—. Vayan a hacer su trabajo. Les tendré lista la cena a mis muchachas.

—¿Y muchacho? —pregunté, ganándome un codazo de Renata en mi abdomen.

—Me iré a cambiar —dijo Renata antes de irse a su habitación.

Doña Perla me miró y cruzó sus brazos. —¿Y qué hay de nuevo contigo,



hijo? ¿Por fin encontraste a una buena mujer?

—¿Por qué haría eso si la tengo a usted, Perla? —dije, guiñándole el ojo.

—Querido, te falta experiencia para poder con esto —susurró al ponerme su mano en el hombro, y ambos soltamos una carcajada—. Siempre que charlo contigo siento que rejuvenezco un par de años.

—Siempre es un placer, doña Perla —le dije—. Y no, sigo en busca de esa chica especial.

—Ya la encontrarás —dijo Perla.

Renata salió tratando de amarrarse su funda de hombro y vestida con vaqueros y una camiseta blanca que casi estoy seguro me robó en una borrachera.

—Si viene Patricia... —le dijo a doña Perla.

—Yo le digo —contestó, apurándonos fuera del apartamento—. ¡Gusto en verte, Lucio!

Caminamos a paso veloz por el pasillo hacia el ascensor. —Qué suerte tiene tu chica —dijo Renata al entrar todavía sin poder ajustar las correas de su funda — De todas las personas que pudo... —gruñó y soltó la correa— ¡Odio esta porquería! ¡Nunca la puedo...!

—Quita las manos —dije, ayudándole—. Fernanda tiene pésima suerte. Primero se casa con un asaltante y ahora ve a Santos Almeida minutos antes de asesinar a un informante.

—Vamos a ser la envidia del departamento si agarramos a ese infeliz por asesinato —dijo Renata dando un par de saltos—. Si supieras las cosas que oí de ese animal durante mis años en Narcóticos.

—Leí su archivo —dije. La puerta del ascensor se abrió y caminamos rápido dentro del aparcamiento subterráneo hasta el coche—. Persona de interés en al menos veinte asesinatos en los últimos cinco años, vinculado a la pandilla Los Perros Bravos, y según los informes trabajó para los Zetas en México y estuvo un tiempo con los Maras allá en El Salvador.

Renata puso su mano en mi pecho. —Daniel mencionó que uno de sus amigos le había ofrecido trabajo transportando producto, ¿y si ese trabajo era con Almeida?

Resoplé. —Quizá lo entrevistó el hombre en persona.

—Deberíamos hablar con él —dijo Renata, asintiendo.

Nos miramos a los ojos unos momentos.

—¿Hablar con quién?

—¡Pues con quién! —me dio un manotazo con el dorso de su mano— No

estoy sugiriendo que consigamos una ouija y hablemos con Daniel.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté.

Rana encogió sus hombros. —Hagámoslo —dijo—. Tiene un taller en el centro de la ciudad. Seguro lo encontramos ahí.

—Joder, estás hablando en serio.

—¡Anda! —dijo Renata.

—¿Quieres que vayamos solo tú y yo?

—Sí.

—Sin respaldo.

—Sí.

—¿Acaso te volviste loca?

—Vengo de pasar toda la tarde con mi suegra —dijo con una sonrisa—. Me siento peligrosa.

—Que Dios nos ayude —dije entre risas.

Cuando llegamos al coche caminé hacia el lado del conductor. Miré a Renata y ella ya estaba arrojándome las llaves.

Subimos y arranqué.

—Solo vamos a hablar con el tío —dijo Renata.

Reí cuando di vuelta. —¿Desde cuándo tú solo hablas con un sospechoso?

—Vale, trataré de comportarme —dijo Rana mientras se hacía una cola de caballo—. ¿Qué más te dijo Fernanda?

—Todo.

—¿Y él la vio? —me quedé callado— ¿Y bien?

—No lo sé —me encogí de hombros—. No recuerdo que dijera algo. Quizá no la vio.

—Esperemos que no —dijo Renata—. ¡Pisa el acelerador! ¡Mi abuela conduce más rápido que tú!

Solté una carcajada e hice lo que me pidió.

## Capítulo 11.

*Fernanda*

—Mierda, Claudia —murmuré al ver mi reloj de pulsera.

El guardia sentado detrás del mostrador en el vestíbulo me miró como si me hubiera escuchado. Sonreí y le saludé rápido con la mano antes de mirar hacia la calle a través de los gigantescos muros de vidrio del edificio.

Vi el único farol apagado en la calle y abajo de él una patrulla estacionada. Puse mis manos encima de mi bolso en las piernas, froté mis dedos un poco y saqué el móvil.

Revisé mis mensajes por si Claudia me había enviado algún mensaje avisándome si se iba a tardar.

—Ya estoy en el vestíbulo —le escribí cuando vi que no me había avisado.

Escuché un claxon venir de afuera. En la esquina había un carrito de perros calientes del que ya éramos clientes frecuentes pues ni mi querida compañera de piso ni yo podíamos resistirnos a los aromas de tocino, queso y salchichas que llenaban el vestíbulo.

Escuché el timbre del ascensor. Miré hacia el vestíbulo y vi a Claudia caminar hacia mí. Supe con ver su rostro que la muy desgraciada sabía que me había hecho esperar otra vez.

—Lo siento, lo siento —dijo a regañadientes, luego sonrió—, pero adivina quién acaba de ganar la comisión más grande en la historia de la agencia.

Reí, me puse de pie y nos abrazamos mientras dábamos pequeños saltos y girábamos como locas.

—¡La casa en Villas de San José! —exclamé— ¡Por fin la vendiste!

—Este sujeto fue un negociador increíble —dijo Claudia, luego alzó sus cejas y amplió su sonrisa—, además de que portaba un culo como no imaginas.

“*Mejor que el de Lucio no creo,*” me pillé pensando, lo que me sacó una risita y asentí siguiéndole el juego a mi amiga.

—¿Eso quiere decir que tú pagas la cena este día?

—Solo si esa cena es comida china de Jimmy Wa —dijo Claudia al caminar hacia los ascensores, esta vez conmigo junto a ella.

—¿Acaso hay otro lugar que valga la pena?

Claudia saludó al guardia en el vestíbulo, y este asintió cuando entramos al pasillo donde estaban los ascensores. Entramos a uno y bajamos al primer nivel del aparcamiento subterráneo.

Ahí abajo las pisadas de los tacones de Claudia hacían eco amplificado. Casi tenía que taparme los oídos de lo fuerte que esa mujer caminaba.

—Menos mal que hoy me dieron el coche —dijo cuando llegamos a su pequeño Jetta verde limón—. No vuelvo a ir a ese taller mecánico. Además de caro se tomó todo el puñetero tiempo del mundo.

—El lugar también olía muy desagradable —dije mientras me detenía del lado del pasajero y cogía la manija—. Viene la prueba de fuego.

Claudia abrió su puerta y presionó el botón para quitar los seguros. —Castro a ese hijo de puta si no...

Tiré la manija y la puerta abrió. Tanto Claudia como yo reímos y dimos brincos de felicidad.

—¡Amiga! —dijo Claudia, pasando su mano abierta encima del techo del coche— Te invito al asiento de pasajero de enfrente.

—Ya me había hecho a la idea que tendría chofer privado —dije con una sonrisa antes de subir.

—¡¿Bromas?! —dijo Claudia al subir— ¡¿Tú?! Has de haber tenido un muy buen día. ¿Lograste que alguien caminara de nuevo o algo así?

—No —dije entre risas—. Solo...

—Dime por favor que ese buenorro de doctor que tienes por jefe por fin te invitó a salir.

—¡Claudia, está casado! —le reclamé.

—Todos los mejores hombres ya están casados —murmuró al encender el coche. Ronroneaba como un gatito, no como lo hacía antes que parecía estaba por explotar.

Claudia y yo nos miramos. —Quizá no es tan mal mecánico —dije, encogiéndome los hombros.

—¡No cambies el tema! —gritó Claudia— ¿Te invitó a salir o no?

—No —dije, poniendo mi bolso en mis piernas.

Ella entrecerró sus ojos. —Vale, vale —dijo—. ¿Qué pasó, entonces?

Sonreí al recordar la caminata del café hasta el hospital, una en la que las leyes de la física se apiadaron de mí y bajaron el paso del tiempo para poderla disfrutar tanto como fue posible.

—Solo tuve un buen día.

—Claro —sabía que Claudia aún no se rendía.

Salimos del aparcamiento y apoyé mi cabeza en el respaldo sin dejar de mirar hacia la calle. Cuando pasamos por Café Castillo suspiré y aunque estaba relajada mi rostro se rehusaba a borrar la sonrisa.

“¿Por qué me siento así?” pensé. “Debería estar aterrada por lo que vi anoche, pero... No lo estoy.”

—Los sandwiches de ahí están tan deliciosos —dijo Claudia, apuntando rápido hacia el café—. Deberías ir a probarlos un día de estos. No es caro y está cerca del hospital.

—Lo sé —dije sin pensar—. Hoy fui ahí.

—¿Ah sí? —dijo Claudia sin esconder su alegría— ¿Es a dónde te llevo tu jefe a comer?

Reí nerviosa. —Ya te dije que no salí ni saldré nunca con mi jefe.

“Y de hecho no comí nada,” pensé con el crujir de mis tripas en ese momento.

—¿Y con quién fuiste? —preguntó Claudia— Tus dos compañeros son guapos. ¿Alguno de ellos por fin te invitó?

—¿Por qué asumes que tuvo que ser alguien del trabajo?

—¡¿No fue del trabajo?! —qué gran coincidencia que había una luz roja en la esquina donde se frenó Claudia y giró a verme— ¿Con quién, entonces?

—¡No te voy a decir!

—Vale, entonces es alguien que no me va a agradar —murmuró, mirando hacia enfrente.

—Cuéntame tú algo —dije, girando hacia ella y mirando hacia arriba—. ¿Vas a salir con Gerardo hoy?

—¡Chica, Gerardo y yo terminamos la semana pasada!

—Lo siento tanto —dije, cubriéndome la boca.

Claudia negó con la cabeza. —Quería que conociera a sus papás —giró a verme de reojo—. Pero hoy voy a salir con el agente ese que te hablé que... ¡No cambies el tema!

Gruñí. —Es que sí te vas a molestar.

—Chica, el único tipo con el que me enojaría que hayas comido sería... —sus ojos se abrieron de par en par junto con su boca— No lo hiciste.

—Clau...

—¡¿El detective Niño Bonito?! —

—¡Por favor no te molestes!

—Vale, vale —dijo Claudia, asintiendo—. Una relación con un policía no es lo ideal dado el vecindario en que vivimos, pero... Al menos parecía ser agradable.

—Sí lo es —dijo entre risas.

Claudia rio como boba un poco. —Nunca te había oído así de un tipo —me miró de reojo—. Ni de Pedro cuando estábamos en el instituto.

—¿A qué te refieres?

—Así como... —Claudia sonrió— Contenta, feliz. No sé, te noto más alegre.

—¡Sí me ponía así con Pedro!

—¡Claro que no! —dijo Claudia entre risas, luego miró de reojo el espejo retrovisor— Si Pedro no hubiera trabajado con tu papá y hubieras tratado con él todos los días nunca le habrías hecho caso. Tu ex fue un gusto adquirido.

Suspiré. —Puede que tengas razón.

—¡Claro que tengo razón, chica! —dijo Claudia— Pero bien, al menos ya te estás animando a salir con otros hombres. Habría querido que salieras con Juan o con algún tipo que no se gane miradas asesinas en el vecindario, pero el detective es un buen comienzo.

Solo reí y miré hacia afuera, contemplando la ciudad mientras manejábamos por la autopista.

—¿Entonces tu cita con el detective Niño Bonito...?

—Lucio —le interrumpí—. Se llama Lucio.

—*Lucio* —dijo Claudia—. ¿Salió bien?

Me encogí de hombros. —Fue bastante agradable.

—¿Entonces por qué nos está siguiendo aquella patrulla? —dijo, apuntando con los dedos de su mano abierta al espejo retrovisor.

—¿Qué? —miré detrás de nosotros— No, no sabía que nos estaban siguiendo.

—Tu detective podrá estar guapo —Claudia dirigió el coche a la autopista—, pero el que haya mandado a sus amigos a vigilarte me hace pensar que quizá sea del tipo controlador. ¿Por qué otra razón lo haría?

—No lo sé —dije nerviosa, mirando hacia enfrente y aferrándome a mi bolso.

—Fernanda —Claudia usó un tono más serio del que estaba acostumbrada—, ¿por qué tu novio tiene una patrulla siguiéndonos?

Suspiré y cerré mis ojos. —Porque... quizá... es posible que... yo... le haya... dicho...

—¿Dicho qué?

—Que vi algo anoche.

Hubo silencio. Demasiado silencio. Abrí un poco los ojos y la miré. Tenía la boca cerrada y apretaba sus labios, asentía poco y rápido y miraba de reojo una y otra vez hacia el espejo retrovisor.

—¿Viste algo anoche?

—Claudia, fue...

—¡No importa lo que haya sido! —gritó— ¿Tienes idea de lo peligroso que fue eso?

—No pensé que...

—No, no pensaste, Fernanda —dijo Claudia—. ¿Sí o no te dije que no hablaras con la policía? ¿No pusiste atención a lo que te dije anoche? Mataron a alguien casi frente a nuestra casa. ¿Quieres cabrear a los que hicieron eso?

Respiré profundo. —Es lo correcto, Claudia.

Soltó una carcajada. —Es lo correcto, dijo la niña —ella negó con la cabeza y me miró de reojo— ¿Sabes qué pandillas dirigen las calles por donde vivimos? Tienen policías comprados en el departamento. ¿Qué tal si tu detective está en su bolsillo? ¿Qué tal si hay un asesino a sueldo esperándonos en la casa?

—Lo siento —murmuré, bajando la cabeza.

Claudia miró el retrovisor. —Dejaron de seguirnos —dijo.

—Quizá solo era un oficial de tránsito —dije.

—Quizá —Claudia negó con la cabeza—. Tú pagarás la comida china.

—Vale —dije, derrotada, pero al mirar por la ventana del coche solo pude sonreír.

## Capítulo 12.

*Lucio*

—Venimos a ver a Santos Almeida —le dije al tío que se cruzó en mi camino antes de entrar al taller.

Otros dos sujetos de la misma apariencia peligrosa se acercaron a nosotros. Abrí mi chaqueta y Renata puso sus manos en la cintura, dirigiendo su atención a nuestras placas.

Los pandilleros se miraron entre ellos. El que estaba frente a nosotros le hizo un gesto con la cabeza a uno sin duda indicándole que fuera por el jefe.

—Qué coche tan impresionante —dijo Renata, caminando hacia un deportivo con el cofre abierto y el motor encendido.

Algunos de los pandilleros se miraron y rieron entre ellos.

“*Grave error*,” pensé al poner mis manos en la cintura.

—¿De qué se ríen? —preguntó Renata— ¿Creen que lo digo porque está bonita la pintura? No, es porque tienen un monstruo de motor de cuatrocientas cincuenta y cuatro pulgadas cúbicas ronroneando como un gatito —ella acercó su mano al motor y tiró de algo que aceleró el coche—. Se nota que lo tienen recién afinado para sacarle todos esos cuatrocientos cincuenta caballos de fuerza. Es impresionante porque este es un coche para un hombre de verdad y aquí veo a puro niño.

—Escuchen a esta vieja —dijo un hombre acercándose—. Pongan atención y quizá aprendan algo, panda de inútiles.

Veía en los ojos de sus hombres el temor y respeto que Santos Almeida les causaba. Cuando lo escucharon todos se hicieron a un lado y bajaron la cabeza. Yo lo miré a esos ojos fríos como el hielo.

—Buenas tardes, Almeida —saludó Renata.

—Detective Vilar —saludó tras darse una rápida lamida de labios, luego me miró de reojo un instante antes de volver su atención a mi compañera—. Detective Castillo, siempre tan fino con su vestimenta.

—Y tú siempre con tu estilo sencillo, pero deslumbrante —dije al acercarme y darle un toque juguetón al brazalete dorado.

Almeida rio mientras me daba un vistazo de arriba abajo. Aclaró su garganta



y giró a ver a sus hombres. —¿No tienen trabajo? —en segundos los chicos se dispersaron hacia los distintos coches dentro del taller.

—¿Esta cosa es tuyo o de uno de tus vendedores? —preguntó Renata, poniendo su mano en la carrocería del deportivo.

—¿Qué vendedores, chiquita? —preguntó Almeida, acercándose a ella— Mis chicos son mecánicos y obreros manuales. Sí, venden litros de aceite de vez en cuando, pero eso no los hace vendedores.

—¿Y los que están en las esquinas del centro de la ciudad vendiendo tu coca y heroína? —pregunté, colocándome entre Renata y Almeida y apoyando mi trasero en el coche.

Él rio. —Detective Castillo, ¿necesito traer a mi abogado para recordarles de nuevo que soy un hombre de negocios legítimo y respetuoso de la ley?

—Entonces no te molestaría que revisara los números de serie de los motores y coches para verificar que no hayan sido robados.

Santos soltó una sonora carcajada. —Primero soy un narcotraficante, ¿y ahora soy un ladrón de coches? Hostia, ¿qué coño hice para ganarme el desprecio del departamento de policía de Ciudad del Sol? —dijo con una amplia sonrisa en su rostro.

Joder, cómo quería borrarla de un puñetazo.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunté a Renata.

—Por su más reciente crimen —dijo Rana, acercándose a Almeida y mirando a sus ojos—: Matar a Daniel Gómez.

—¿Quién?

—Daniel Gómez —Renata sacó de su pantalón una hoja doblada con la foto de nuestro informante.

—¿Se supone que debo saber quién es? —dijo Almeida tras encogerse de hombros— No tengo mucha gente a mi cargo, pero no reconozco a este hombre.

—Míralo bien —Renata acercó la foto a su rostro.

Él cogió la foto y la miró. —¡Lupita! —gritó, luego miró hacia el fondo del taller, donde había una puerta y una ventana hacia una oficina donde estaba una mujer— ¿Tenemos a alguien llamado Daniel Gómez en la nómina?

—¿Nueva empleada? —pregunté— ¿Qué le pasó a la anterior?

—Me cansé de ella, detective —dijo, mirando de arriba abajo a Renata—. Usted entiende lo que es tener algo bonito con qué distraerse en el trabajo.

Alcancé a ver el rostro de Rana ponerse demasiado tenso. —¿"Algo"? —dijo Renata— Si no somos adornos, pedazo de animal.

Almeida rio mientras dirigía su mirada hacia la chica que venía caminando.

Traía una falda demasiado corta y tacones demasiado altos. Noté que ninguno de los chicos la miraba. Sabían que era la chica del jefe.

—Tenemos una solicitud de trabajo de Daniel Gómez —dijo la mujer al entregarle un documento a Santos.

—Pero no es uno de nuestros empleados.

—No, señor Almeida.

—Gracias, Lupita —dijo Santos.

La chica se dio la vuelta y volvió caminando más despacio de lo que se había acercado.

—¿Quién es este tal Daniel Gómez? —preguntó Santos— Deber ser alguien importante para que vengan dos detectives a solas a preguntar por él.

—Un amigo —le contesté.

—¿Un amigo de un policía? —dijo entre risas— ¿Y qué le pasó? ¿Lo mataron?

Renata resopló y guardó la foto de Daniel en el bolsillo de su pantalón. —Le dispararon afuera de su casa.

—Según he escuchado a los criminales no les gusta que entre ellos haya quienes sean amigos con la policía —dijo Santos—. Por lo que me han contado, nunca pueden saber qué cosas podrían decirles.

—Ajá —dije, cruzándome de brazos—, ¿y tú qué opinas de eso, Almeida?

Él chasqueó sus labios y miró de nuevo a Renata, dirigiendo su atención a sus pechos.

—A mí no me importan las amistades de las personas —dijo al caminar hacia el coche—, pero sí dicen por ahí que los criminales se consideran familia entre ellos y toman como una traición el que uno de ellos fuera amigo de la policía.

Almeida dio un par de pasos hacia enfrente para luego girar hacia nosotros. —Y si alguien traiciona a su propia familia no merece vivir ni que se llore su destino —continuó—. Él se lo buscó, después de todo.

Uno de los hombres de Santos se acercó y le murmuró algo al oído, y la sonrisa en su rostro desapareció despacio.

—Encárgate —le ordenó al tipo.

—¿Encargarse de qué, Almeida? —preguntó Renata.

—Un asunto de privacidad, detective —dijo, sonriendo de nuevo—. Son asuntos serios. A nadie le gusta que alguien pueda ver algo que no deba.

Renata y yo nos miramos por un momento y un escalofrío me atravesó de pies a cabeza.

—Detectives, siempre es un placer hablar con ustedes, pero tengo asuntos

qué tratar —dijo antes de dar un par de pasos hacia su oficina.

—No hemos terminado de hablar —dije.

—Odio tener que decirlo, pero necesitarán llamar a mi abogado para concertar una cita —dijo sin siquiera girar a vernos.

—Oye, Almeida —llamó Renata, y él se detuvo y giró hacia nosotros. Rana apuntó con su dedo índice hacia el motor del deportivo sin dejar de mirar a Almeida—. La tercera bujía está mal calibrada. Deberías revisar eso.

Santos soltó una carcajada antes de dirigirse a sus hombres. —¿No les da vergüenza que una mujer sepa más de coches que ustedes? ¡A trabajar, inútiles!

—Una última pregunta, Almeida —dije, y él solo me miró con creciente impaciencia—: ¿qué te pasó en la pierna?

—¿Qué?

—Parece que traes una cojera —dije, apuntando a su pierna—. ¿Te lastimaste?

Almeida asintió. —Los partidos de fútbol entre amigos pueden ser bastante intensos, detective.

Asentí, y él dio la media vuelta. Le observé hasta que entró a su oficina, cerró la puerta, luego fue a la ventana. Nos miramos a los ojos. El escalofrío que comenzó en mi nuca bajó a la par de sus persianas.

—Vámonos —dijo Renata—, ya me cansé que estos brutos estén comiéndome con la mirada.

Miré a los hombres de Almeida uno por uno antes de ajustarme la chaqueta, dar la media vuelta y seguir a Renata fuera del taller y hacia nuestro coche.

—No sé tú —dijo Renata al subir al lado de pasajero—, pero me dio la impresión de que Almeida sabía de tu testigo.

Respiré profundo. —A mí también me dio esa impresión.

—¿Dónde está?

Encendí el motor, luego cogí la radio.

—Veinte Veinte Adam, aquí Tres David Cinco, adelante —dije.

—¿Veinte Veinte Adam? —preguntó Renata.

—Los patrulleros que vigilan a Fernanda.

—Tres David Cinco, adelante —llamaron en la radio.

—¿Tienen al sujeto a la vista?

—Negativo, Tres David Cinco.

Se me hundió el corazón. —¿Cómo mierda que negativo?! —Rana se sobresaltó y me miró con ojos entrecerrados.

—La Central llamó por un Dos Cuatro Cinco y nosotros éramos la unidad

más cercana. El sujeto iba en un coche rumbo al oriente de la ciudad cuando la vimos por última vez.

—Putra suerte la que me... —dije apretando mi agarre del micrófono.

Renata me quitó el radio. —Gracias, Veinte Veinte Adam. Nosotros nos encargamos. Tres David Cinco fuera.

Pisé el acelerador y salimos a toda velocidad de ahí.

Renata sacó su móvil. —Oye, recibí un correo del laboratorio... Hallaron rastros de ADN encima de Daniel. No hay un registro en las bases de datos.

—¿Almeida no está en las bases de datos?

—Nunca lo han arrestado ni tomado muestras —dijo Renata—, pero con el testimonio de tu novia podemos conseguir una orden judicial para tomarle una muestra.

—¿Novia?

Ella rio. —Esta chica de verdad se te metió en la cabeza, ¿verdad?

Fue como un baldazo de agua helada. Miré hacia enfrente, al semáforo en rojo, y moví mi cabeza de lado a lado. —Si antes no podría haber nada con ella ahora menos —dije—. Pasó a ser una testigo clave.

—Con tu novia ubicándolo en la escena y esta evidencia tenemos lo suficiente para sacar una orden de arresto.

—¡Deja de decir que es mi novia! —exclamé con una sonrisa— Te digo, siempre hay un detalle con todas.

—De todas las que me has contado es la primera que sí te creo eso.

Luego de unos minutos en la autopista bajé en la rampa que desembocaba en la colonia donde vivía Fernanda. Pasé entre las calles chicas hasta dar con su calle.

Acababa de oscurecer, y todavía había mucha gente afuera caminando a sus casas o chicos hablando en la acera.

Detuve el coche frente a la casa de Fernanda. Renata bajó del auto y fue corriendo hacia su casa mientras yo buscaba su número en mi móvil.

“*Por favor contesta,*” pensé, presionando el ícono de llamada.

Cada tono me pareció eterno, pero al menos no me mandaba a correo de voz. Miré en dirección de Renata y ya estaba hablando con la negrita que vivía con Fernanda. Dio la media vuelta y negó con la cabeza.

—¿Hola? —contestó la llamada.

Pude respirar. —¿Fernanda?

—¿Detective Castillo... Lucio? —preguntó con tono alegre— No esperaba tu...

—¿Dónde estás?!

—Estoy llegando a mi casa —dijo—. Mi compañera de piso y yo vamos a ver una película y no teníamos palomitas.

Miré hacia ambos lados de la calle una y otra vez, hasta que pude ver su figura dar vuelta caminando en la esquina a unos veinte metros de mí. Venía abrazándose a sí misma con una mano y la otra pegada a su oído sosteniendo el móvil.

—Creo que ya te vi —dije alzando la mano—, ¿y las palomitas?

Ella levantó la vista, y desde allí pude ver esa enorme sonrisa suya mientras alzaba su otra mano sosteniendo una bolsa de palomitas de microondas.

Vi al tipo que venía detrás de ella y el arma que traía en la mano.

Solté mi móvil y corrí en su dirección. Desenfundé mi arma y apunté, lo que hizo que ella se congelara en su lugar.

—¡Quítate, Fernanda! —grité con todas mis fuerzas.

Apunté con tanto cuidado como pude. El tipo ya había estirado su mano hacia ella, dirigiendo el cañón del arma a su cabeza.

Fernanda dio un paso a la izquierda dándome un tiro libre.

Apunté un centímetro a mi derecha, y apreté el gatillo.

## Capítulo 13.

*Fernanda*

Grité hasta que me ardió la garganta tras ver a Lucio, y creo que seguí haciéndolo hasta cuando escuché uno o dos disparos. Me agaché y caí hacia mi lado, chocando contra una reja. Vi hacia la esquina y un tipo se retorció de dolor y aferraba a su hombro.

Lucio llegó corriendo sin dejar de apuntarle su arma y pateó una pistola que estaba a un lado de aquel tipo.

—No te muevas —le ordenó Lucio.

Me quedé mirándolo, y cuando giró vi una intensidad en su mirada que me aceleró el corazón. Sonrió por un breve instante antes de ponerle toda su atención a aquel sujeto.

—¡Aquí Tres David Cinco, necesitamos una ambulancia en la calle Atlas! —gritó la compañera de Lucio a su móvil mientras apuntaba su propia pistola— ¡No te muevas, idiota! —le gritó.

—¿Lo tienes, Renata?

—Lo tengo, Lucio.

Lucio dejó de apuntar su arma y se apuró hacia mí. Cogió mi brazo y me ayudó a levantarme como si no pesara ni lo de una pluma. En cuanto recuperé mi equilibrio me lancé en sus brazos y estallé en lágrimas.

—Estás bien —susurró a mi oído—, estás bien.

—¡Fernanda! —gritaron desde la calle. Miré y ahí venía Claudia corriendo.

Lucio trató de empujarme un poco, tratando de hacerme soltarlo. Pero no se lo permití. Estaba segura en sus brazos. En ellos nada me pasaría.

—Fer... —me llamó Lucio con un susurro. Alcé la mirada, mis ojos llenos de lágrimas, y vi su expresión tranquila y sonrisa encantadora que hicieron desaparecer el miedo que me paralizaba. —Ve con tu amiga.

Asentí, y me solté por un instante para luego ser apresada por el fuerte abrazo de Claudia.

Lucio caminó hacia el sujeto que disparó y le miró. —Tienes el derecho a guardar silencio —le dijo con una temeridad que me impactó—. Lo que digas se usará en tu contra durante tu juicio. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes

pagar uno el estado te asignará uno. ¿Entiendes estos derechos?

El sujeto dejó de aferrarse a su hombro herido, y sacó con su mano sana una tarjeta para luego arrojarla a los pies de Lucio.

—Mi abogado —dijo.

Lucio y su compañera se miraron. —¡Vaya, sí tiene cerebro! —dijo su compañera.

Claudia no me soltó en ningún momento hasta que llegaron un par de patrullas y una ambulancia. No supe cuánto tiempo pasó.

En algún momento un paramédico me revisó rápido y me dijo que estaba bien.

Todo estaba pasando tan rápido. Todo era un borrón. Lo único que podía ver bien era a Lucio dar instrucciones a los policías y hablar con su compañera.

Cuando me miraba de reojo y regalaba una sonrisa encontraba breves momentos de paz en que podía respirar.

Luego de un rato él y su compañera se acercaron a nosotras, que nos habíamos sentado sobre las escaleras de nuestro pórtico.

—¿Cómo están? —preguntó Lucio al bajarse en cuclillas. Me miró a los ojos, me solté de Claudia y me arrojé en sus brazos.

—¡Muriéndonos de miedo! —gritó Claudia— ¿Qué mierda pasó? ¿Por qué trataron de matar a mi amiga?

—Será mejor que pasemos —dijo su compañera... creo que se llamaba Renata.

Cuando entramos a la casa giré hacia Lucio y Renata. —¿Les ofrezco un vaso con agua? —pregunté con tanta calma como podía, que no fue mucha.

—¡No les vamos a dar ni una mierda hasta que nos digan por qué ese tío intentó meterte un tiro! —gritó Claudia.

—Señorita, por favor tranquilícese —dijo Renata levantando sus manos abiertas hacia Claudia.

—Asumo que no le dijiste —me dijo Lucio. Claudia me lanzó una mirada desconcertada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Renata.

—Claudia García.

—Claudia —Lucio dio un paso hacia ella con las manos abiertas frente a él —, Fernanda vio a un hombre muy peligroso ayer en la noche asesinar a tu vecino.

La mirada desconcertada de Claudia pasó a fúrica. —¡Te dije que no hablaras con la policía! —me gritó.

—¿Sabes a quién vi? —pregunté a Lucio.

Él respiró profundo. “*Oh Dios, esto es malo,*” pensé.

—Se llama Santos Almeida.

Creo que aquella fue la primera vez que vi a Claudia pálida. Dio unos pasos hacia atrás y se sentó en el reposabrazos de su sofá.

—No acabas de decir ese nombre —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Santos Almeida?

—Sí —dijo Lucio con completa confianza.

—¡Vete al...! —exclamó Claudia estampando su pie en el suelo— ¿El loco ese que adora a La Santa Muerte?

—No tengo idea quién es —dije sacudiendo la cabeza.

—Es un tipo muy malo —dijo Renata—. Y el que lo hayas visto lo pone en la escena de crimen y podemos arrestarlo.

—¿Y qué coño están haciendo aquí? —exclamó Claudia.

—Asegurándonos que estén bien —dijo Renata, inclinando su cabeza hacia la puerta—. Y qué bueno que lo hicimos.

—No es seguro que se queden aquí —dijo Lucio, mirando a Claudia—, ¿tiene familia en otro lado o algún lugar al que pueda irse un par de días en lo que todo se tranquiliza?

—Tengo una prima con quien me puedo ir a quedar —dijo Claudia al quitarse su chaqueta.

—Llamaré a una patrulla para que le acompañe y organizaré protección las veinticuatro horas —dijo Renata con las manos en la cadera, luego miró a Fernanda—. Y a ti tenemos que llevarte a una casa segura en lo que el fiscal toma tu testimonio.

—¡Claro que no va a testificar! —exclamó Claudia, cogiéndome del brazo— ¿Tienen idea del peligro en el que estará?

—Estamos conscientes de lo que estamos pidiendo —le dijo Lucio a Claudia.

—¿De verdad? —mi amiga se acercó demasiado a Lucio y puso el dedo índice contra su pecho— ¿Cómo van a proteger a mi amiga de alguien así?

—Igual que como lo acabamos de hacer —dijo Lucio mirándole a los ojos a Claudia— ¿O ya olvidó que Fernanda está viva gracias a que vinimos?

—¿Y deberíamos estar agradecidos por ello?

—Oigan —dije en voz baja, pero al parecer nadie me escuchó.

Di un paso hacia atrás, y los tres se gritaron tanto que pensé en cualquier momento alguien iba a soltar un golpe. Cubrí mis oídos, y volví a ese lugar dentro de mí cuando Pedro me gritaba.



Levanté la vista. Renata y Claudia seguían gritando, mientras Lucio estaba con los brazos cruzados. Luego nos miramos, y quité las manos de mis oídos.

—Clau —llamé, pero ella seguía discutiendo con Renata—, ¡Clau! —grité, mirando a mi amiga.

Ella y Renata se callaron y se giraron a verme. Sus miradas no me afectaron, pero la de Lucio me dio confianza, o al menos el valor de decir lo que quería decir.

—Yo... yo quiero hacer esto —dije—. Quiero testificar en contra de ese tipo.

—Chica, no sabes lo que...

Me solté riendo y vi a Lucio sonriendo. Su mirada en mí me llenó de valor. —Clau... Sí sé... Y lo quiero hacer... —me crucé de brazos con todas mis fuerzas mientras miraba a los ojos de mi querida amiga—. Pedro lastimó a mucha gente, y quizá pude haber hecho algo para que lo detuvieran, pero no lo hice...

—Esto no se trata de Pedro, Fer —dijo Claudia—. Lo que hizo el papanatas de tu ex no es culpa tuya y no tiene nada que ver con esto.

Me retorcí un poco sentada en mi lugar. —Olvidé cuántas veces llegó a la casa oliendo a pólvora y con dinero extra que nunca pregunté de dónde lo consiguió —dije y luego reí un poco—. Nunca había reconocido eso, ¿sabes?

Fue como si me quitaran una lápida enorme de encima de mi espalda

—Chica —dijo Claudia.

—Ni siquiera hablé en su contra durante su juicio —continué, y las lágrimas se acumularon en mis ojos— Tampoco me necesitaron porque lo arrestaron con las manos en la maza, pero todo este tiempo he pensado que quizá pude haber hecho algo.

Miré a Lucio. —Quizá pude haberlo convencido de conseguir un trabajo, o que se entregara, ¿yo qué sé? Pero no hice nada.

—Tu amiga tiene razón —dijo Lucio cuando dio un paso hacia mí—. Tú no tuviste la culpa, y en esta ocasión no tienes que...

—No —dije mientras negaba con la cabeza—. Si no digo nada ahorita entonces sí tendré la culpa. ¿Qué clase de persona sería?

—Fernanda... —Claudia gruñó.

—Entiendes que Santos Almeida no es un asaltante de poca monta como tu ex, ¿cierto? —dijo Lucio, cogiendo mis codos con sus manos— Es un asesino a sangre fría al frente de una de las pandillas más peligrosas de la ciudad. Tu vida correrá peligro incluso después de que esté tras las rejas.

—Queremos que entiendas el riesgo —dijo Renata—. No te vamos a obligar

a hacerlo.

Asentí, encogí mis hombros y luego vi a los ojos a Lucio. —Estarás ahí para protegerme, ¿cierto? —pregunté con una sonrisa nerviosa.

Antes de que Lucio respondiera Claudia se cruzó de brazos y resopló. —Más le vale, porque si no lo castro.

Él rio, y su risa me tranquilizó. —Ve a hacer una maleta. Te llevaré a un lugar seguro.

Di un paso hacia mi recámara, pero me detuve al recordar dónde tenía mis maletas.

—¿Todo bien? —preguntó Renata.

—Es sólo que... —dije, luego vi a Lucio— No alcanzo mis maletas en el armario.

Él sonrió y miró a Renata.

—No me mires a mí —dijo ella con una mueca—. Si ella no alcanza, yo menos.

Caminé hacia mi habitación con Lucio detrás de mí. Cada paso que dábamos aumentaba mis nervios. “¡Maldición!” pensé “¡Tengo un desastre!”

Abrí la puerta y pasé a mi cuarto. —Disculpa el desorden —dije, dirigiéndome a mi armario.

Vi en el reflejo del espejo a Lucio pasando la vista por mi cuarto. Caminó hacia mi escritorio y puso su mano encima de mis libros.

—¿Estudias para ser pediatra? —preguntó al coger el libro de anatomía y abrirlo.

—No —dije, apoyándome en el marco de mi armario—. Quiero certificarme en terapia física infantil.

Él alzó la vista, y respiré profundo cuando otra vez no podíamos dejar de vernos a los ojos. —Quiero... ayudarlo a los niños a volver a caminar, o a recuperar el uso de sus brazos, y manos...

Lucio alzó las cejas, sonrió, y puso el libro en mi cama. —Bueno, entonces tendrás que llevarte tus libros para que no dejes de estudiar.

—Sí, ¿verdad? —dije entre risas.

—Creo que lo que quieres hacer es increíblemente valiente, Fernanda —dijo mientras rodeaba mi cama hacia mí—. Testificar, ayudar a niños...—. Lo tenía a un metro de mí. Estiré mi mano dentro de mi armario sin dejarle de ver y me agarré de la orilla del panel superior.

Reí nerviosa mientras miraba a sus ojos. Estaba a centímetros de mí. —No es nada.

Nos miramos uno al otro, y de nuevo apareció esa fuerza que nos tiró hace rato saliendo del restaurante. Resistí tanto como pude, pero en cuanto mis ojos bajaron de los suyos y se enfocaron en sus labios mi quijada se alzó por sí sola y mis ojos se cerraron al mismo tiempo que me pegaba a él.

Cuando su mano tocó mi cadera me dejé ir hacia enfrente, y restregué mi cuerpo contra el de él mientras pegaba mis labios a los suyos.

Un relámpago me atravesó, un terremoto me sacudió y mi corazón estuvo cerca de salir disparado de mi pecho de lo fuerte que retumbaba.

Presionamos nuestros labios con mayor fuerza y gemí cuando dejamos salir nuestras lenguas. En el momento en que se tocaron arrojé mis brazos alrededor de su cuello y él puso su otra mano en mi cadera.

Tuve que forzarme a respirar por la nariz pues ese beso estaba robándome cada onza de aliento que había en mi ser.

No quería que terminara. No quería dejar de sentirlo en mi boca. No quería que quitara sus manos de mis caderas.

Quería que me devorara con sus labios, y que sus manos tocaran mi piel y no solo mis curvas por encima de mi uniforme de enfermera.

Nos separamos por un instante, y pude al fin respirar. Sonreí al mismo tiempo que apoyaba mi frente en su pecho, y él me abrazó.

—Lo siento —susurré, subiendo mi puño cerrado y descansándolo contra su pecho y contra mi mentón—. No debí...

—Yo no lo siento —susurró.

Reí como una niña chiquita que acababa de hacer una travesura. —Yo tampoco.

Me separé de él y caminé hacia mi cama. Puse mis manos detrás de mi cabeza y enterré mis dedos debajo de mi cola de caballo mientras le miraba bajar mi maleta y ponerla sobre el colchón.

—¿Te espero en la sala? —preguntó. Yo asentí.

Dio unos pasos hacia mi puerta, y mi corazón se detuvo un momento. —Lucio —le llamé.

Él giró, y yo me acerqué a él para darle un rápido beso de piquito. —Gracias.

Lucio pasó el dorso de su mano encima de mi mejilla, luego salió de mi habitación.

## Capítulo 14.

*Lucio*

Tuve un hormigueo en mis labios durante un muy largo rato después de besar a Fernanda. Salí de su habitación e hice lo que pude para caminar y ocultar el hecho que mis rodillas temblaban y mi interior estaba en llamas.

Salí de la casa con una mano en mi boca. El aire de la noche golpeó mi rostro y me imaginé que eran los dedos de Fer sobre mis mejillas.

Fui hasta la banqueta donde Renata daba instrucciones a la patrulla que llevaría a Claudia con sus familiares. Me miró de reojo y yo me giré de inmediato. Con un vistazo a mis ojos y sabría que había cometido una estupidez.

Sonreí. “*No se siente como una estupidez,*” pensé.

No tardaron mucho en salir las dos chicas. Fernanda hasta se había cambiado. Traía un suéter arena algo holgado pero incapaz de ocultar su figura en su totalidad. Las curvas de su cadera y muslos lucían de maravilla en esos vaqueros que se había puesto. Y su cabello suelto me dejó sin aliento pues parecía que tenía frente a mí a un ángel.

Cogí su maleta y acompañamos con una sonrisa una mirada de complicidad. Sus ojos despedían una luz distinta, o quizá siempre lo habían hecho, pero hasta ese momento me daba cuenta.

Renata se subió enfrente mientras que Fernanda iba en el asiento trasero. Conduje a la autopista y manejé rumbo al centro de la ciudad.

Miraba por el retrovisor y noté a Fernanda. Sus ojos brillaban, sus labios jamás dejaron de sonreír.

Se mordió el lado izquierdo de su labio inferior, un gesto que encontré tan sensual que me costó tanto trabajo poner atención al camino y no en la hermosa mujer en el asiento trasero.

—¿Cómo que hasta mañana?! —gritó Renata por el móvil. Había olvidado que estaba llamando a la estación para pedir una casa segura— ¡Tenemos una...! —ella dio un manotazo al tablero— ¡Sí, entiendo que ya es tarde, pero...! ¡Gracias por nada! —Renata colgó— Estúpidos holgazanes de mierda.

—¿Asumo que no tenemos una casa segura? —pregunté sabiendo bien la respuesta.

—”Necesita la firma de no-sé-quién y esa persona ya se fue a su casa a rascarse los huevos” —dijo Renata apretando la quijada—. Hasta mañana pueden revisar cuáles están ocupadas porque el que tiene las llaves del archivero se fue desde las cinco.

Solté una carcajada. —Bendita burocracia —dije. No era la primera vez que la hora de salida nos dificultaba el trabajo.

Fernanda se inclinó hacia enfrente y apoyó sus brazos entre los asientos de pasajero y conductor. —Y... ¿A dónde iremos?

Miré de reojo a Renata, alzando mis cejas y sonriéndole. —¿Qué? —preguntó Rana.

—Hay guardia en tu edificio, cámaras de seguridad en cada piso y el espacio que tienes en tu...

—¡Lucio, no me jodas! —exclamó— ¡Está mi suegra de visita!

—¡Échala! No te creas, era broma —dije, aunque podía sentir en mi cuello la mirada asesina de Renata. Alcé la cabeza y vi a Fernanda por el retrovisor—. ¿Tienes algún problema con el Hotel Renacimiento?

Fernanda se enderezó en su asiento con los ojos abiertos en sorpresa. —¿No está un poquito caro?

Me encogí de hombros. —Considéralo la manera que tiene el departamento de policía en agradecerte tu valor cívico.

Fernanda sonrió y volvió a apoyarse en el asiento. —Bueno.

Llegamos al edificio de Renata. Estacioné el coche en la calle frente a la entrada.

Rana bajó. —Dame un segundo, Fer —dije al mirar por el retrovisor a mi hermosa pasajera.

Acompañé a Renata a la puerta, y ahí ella se volvió hacia mí. —¿Estás seguro de que el Hotel Renacimiento es buena idea?

—¿Con toda su seguridad, vigilancia y política de discreción? —dije—. Por supuesto.

—Vale, pero te portas bien, hijo de puta —dijo picándome el pecho con su dedo índice como si quisiera atravesarme el corazón.

—¡Por todos los cielos, mujer! —exclamé— ¿Crees que arriesgaría nuestro caso por una tontería?

Ella miró de reojo a Fernanda. —Bajo circunstancias normales no —dijo—. Pero algo tienes cuando la estás viendo, y algo tiene ella cuando te mira.

—¿De verdad? —pregunté incapaz de ocultar mi emoción.

Renata gruñó y me cogió del collar de mi camisa. —Lucio, es en serio.

—Lo sé —dije, dándole un beso en la mejilla seguido de un golpe juguetón a su hombro mientras se alejaba de mí—. Confía en mí. Prometo ser un caballero con ella.

Caminé al coche y vi a Fernanda mirando hacia abajo a su móvil. Abrí la puerta de atrás y me asomé adentro.

Ahí tenía su rostro perfecto a centímetros de mí. ¡Cómo quería repetir ese beso de hace rato!

—¿Quieres pasarte para enfrente o te gustaría que fuera tu chofer esta noche? —pregunté con una sonrisa.

Ella rio antes de darme una cachetada juguetona. Dejó su mano en mi rostro, y pasó su pulgar tan cerca de mi boca que empleé toda mi fuerza de voluntad para no lanzarme a ella y robarle otro beso prohibido. —No, cómo crees —dijo entre risas.

Le cogí la mano para ayudarle a bajar, y le abrí la puerta de pasajero. Volví a hacerlo para que entrara. En todo momento me miró y sonrió, y yo me emocionaba con cada segundo.

Cerré la puerta, y al pasar frente al coche rumbo al lado del conductor mi móvil sonó. Lo saqué y leí un texto de Renata.

—¡¡¡TE ESTOY VIENDO!!! —decía el mensaje. Giré y ahí estaba detrás de la puerta de cristal de su edificio, imitando con sus dedos índices y medio el movimiento de unas tijeras al cortar.

Me apoyé un momento encima del techo del coche, respiré profundo, y entré al vehículo.

Había poco tráfico y el viaje fue bastante rápido hacia el Hotel Renacimiento. Giré de repente a ver a Fernanda, pero ella estaba ocupada mirando afuera con las manos entrelazadas encima de sus muslos.

Entramos al aparcamiento y bajé la maleta de Fernanda de la cajuela. Ella estaba mirando hacia la cima del hotel.

Era uno de los más viejos de la ciudad, pero uno de los más lujosos. Según decían el presidente llegó a hospedarse ahí en alguna ocasión. Tenía luces debajo de todas las ventanas, y adornos de estatuas de ángeles cada tantos pisos en las esquinas.

El vestíbulo frente a nosotros estaba pasando una gigantesca puerta abierta de madera trabajada a mano. Detrás del umbral y tras los escalones de piedra tallada y suelos de mármol estaba la recepción debajo de una gigantesca réplica de algún cuadro renacentista.

—Buenas noches —saludó la jovencita detrás del mostrador.

El encargado, un hombre alto, muy bien vestido, con traje a la medida y una barba impecable, le susurró algo al oído y ella se alejó.

Extendí mi mano y él estrechó la mía con tanta energía que pensé me arrancaría el brazo de mi hombro.

—¡Mi muchacho, Lucio! —exclamó.

—Dante, hermano, ¿cómo estás?

—Ya sabes que aquí siempre tenemos mucho trabajo —dijo con una mueca— ¿Vienes como policía, como amigo? —preguntó, luego miró de reojo a Fernanda — ¿O como cliente?

—Necesitamos un par de habitaciones —le susurré—, y que no haya registro de nuestra estancia en tu sistema.

—¡Oh! —exclamó, luego me guiñó el ojo— —Sabes, tengo una empleada que le remolcaron el coche por no pagar un par de infracciones por exceso de velocidad.

—¿Solo una empleada?

—Bueno... —esa expresión en su rostro me dio toda la información que necesité de él.

—Envíame las placas del vehículo —dije con tono resignado—. Yo me encargo.

Dante tecleó un par de cosas en el ordenador. —Lucio, lamento decirlo, pero no tengo habitaciones cercanas disponibles.

—¿Cómo qué no?

—Hay una convención y están ocupadas muchas habitaciones regulares.

—Maldita sea —murmuré.

—Podría darte una suite de lujo —dijo Dante, y yo levanté la mirada despacio—. Tiene una cama y una sala. El sillón es bastante cómodo.

Respiré profundo. —Vale —asentí y esperé a que me entregara la llave de la habitación.

Giré y vi a Fernanda contemplando una fuente frente a la entrada al restaurante. Era de querubines jugando con cántaros de agua, y la corriente pasaba desde el pequeño hasta arriba en forma de espiral alrededor del montón de angelitos hasta caer en la tina de piedra con suelos de azulejos azules.

—Bonita —dije al detenerme junto a ella. Nuestras manos se rozaron, y ella entrelazó sus dedos con los míos.

—Basta —dijo sonriendo sin levantar la mirada.

Solté una carcajada. —La fuente es bonita... Tú estás en otra categoría.

—¡Ya! —exclamó, soltándome la mano y dándome un golpe juguetón en el

hombro. —¿Solo una habitación? —preguntó, mirando la llave.

Sonreí. —Es una suite de lujo—dije, tratando de verla a los ojos, pero me detuve en sus labios rosados, que parecían ella había aplicado otro tanto de labial—. Tú dormirás en la cama, y yo en el sillón.

Fuimos al ascensor y, en lo que esperamos, nos pegamos hombro contra hombro. Mi mano cobró mente propia y se adueñó de la de Fernanda, quien apretó su agarre de inmediato. Su mano estaba cálida, húmeda. Quizá estaba tan nerviosa como yo.

Las puertas se abrieron y ambos pasamos. Cuando se cerraron, fuimos los únicos adentro. Solté su mano y nos dimos vuelta para quedar de frente a la puerta.

Escuché a Fernanda reírse. Miré en el reflejo del acero bien pulido de las puertas y la vi con la mirada baja, pero con una sonrisa de oreja a oreja que me contagió.

—¿Qué pasa? —pregunté con una sonrisa. Ella me miró de reojo, y negó con la cabeza. —Anda, dime.

—No... No es nada.

Tenía los brazos estirados hacia abajo sosteniendo la manija de su maletín, y ello empujó sus pechos uno contra el otro, y no pude evitar verlos y apreciar su tamaño perfecto. Imaginé cómo se sentiría tenerlos en mis manos, la textura de la tela contra mis dedos al pasarlos encima de ellos, y cómo se sentirían al apretarlos.

—¿Olvidaste algo? —pregunté.

—No —contestó.

Sacudí mi cabeza, y entonces dejé de ver el reflejo de ella y giré a verla.

Fernanda hizo lo mismo, y nos quedamos viendo a los ojos. Mi corazón brincaba tanto que pensé subiría por mi garganta y saldría por mi boca.

—¿Qué? —preguntó inclinando su cabeza un poco. Noté que su mirada se desvió de nuevo hacia mis labios.

—Luces radiante, Fer. —dije sin pensar. Ella se sonrojó y bajó la mirada—. Digo, considerando las circunstancias.

Ella alzó la vista, y sus ojos parecieron brillar aún más de lo que ya lo hacían. Abrió su boca, pero no dijo nada. En lugar de eso me sonrió, y me presumió los dientes más perfectos que he visto en toda mi vida.

Solté una carcajada, y meforcé a mí mismo a desviar la mirada.

Las puertas del ascensor se abrieron al fin, me giré y le ofrecí el paso a mi hermosa acompañante.



## Capítulo 15.

*Fernanda*

Las puertas del ascensor se abrieron. Lucio se asomó afuera y se giró para esperarme.

Salí con la mirada en el suelo. El pasillo era amplio, tanto que quizá podíamos caminar lado a lado y estirar nuestros brazos para poder alcanzar los muros si caminásemos por en medio.

No lo hicimos. Yo caminé enfrente, y confié que Lucio estuviera detrás de mí cuando escuché el arrastrar de las puertas al cerrarse.

—¿Qué número es la habitación? —pregunté, mirando los números de la puerta más cercana a nosotros.

—Seiscientos cinco —contestó.

“*Dios mío, estaba justo atrás de mí,*” pensé. Succioné mis labios y pasé la punta de mi lengua encima de ellos mientras caminábamos.

Tenía erizado cada vello de mi piel. Ya no podía mentirme a mí misma más tiempo. La forma en que me miró dentro del elevador despertó algo en mí que creía haber perdido: Deseo.

Quería que me mirara, que me desnudara, que me hiciera suya.

Le veía nervioso. Imposible que estuviera tanto como yo, ¿o sí? ¿O quizá estaba incómodo?

“*Yo lo besé,*” pensé, pero él me correspondió. ¡Y vaya que me correspondió! Si estos sentimientos en mí estaban despiertos era tanto culpa mía como de él.

Había sido un error ponerme un suéter pues mi piel amenazaba con encenderse. Giré a ver de reojo a Lucio y aunque caminaba con la cabeza en alto le pillé con su vista hacia abajo.

Abrí mi boca y me aguanté mi sorpresa. “*¿Está mirándome las nalgas?*”

Giré rápido y comprobé que de verdad estaba mirándome allá abajo. Esa vez me vio y claro que levantó la vista, pero no a tiempo.

“*¿Qué está pasando?*” pensé, recordando la forma en que se me revolvía el estómago y se cerraba mi garganta cuando mis compañeros de trabajo, el doctor, o cualquier hombre me miraban de esa manera.

Pero con Lucio... Me imaginé deteniéndome ahí mismo en el pasillo y

bajarme el pantalón para que me viera mejor.

Sacudí mi cabeza y respiré profundo. “*¡Fernanda! ¡Qué cosas piensas!*”

¡Qué cosas pensaba! En la boca de Lucio, en el sabor dulce de su lengua, ese hombre quizá comía demasiados dulces o masticaba mucho chicle. Sus manos... ¡Uff! El solo pensar en ella aumentaba a mis nervios. Sus dedos encima de mi ropa bastaron para detonar escalofríos concentrados por toda mi piel.

—Aquí es —dijo. Me detuve y miré el número de la puerta que, en efecto, decía seiscientos cinco.

Estaba demasiado cerca de mí. Solo un centímetro, más o menos, nos separaba. Podía aspirar el embriagante aroma de su loción. Una fragancia sutil. Fresca, cítrica, envolvente. Y el calor de su ser estando tan cerca de mí.

Me quedé inmóvil. Fue lo único que pude hacer porque mi siguiente movimiento habría sido arrojarme a sus brazos y entregarme en cuerpo y alma a él.

Lucio abrió la puerta y me miró. Sonrió y entró dentro de la habitación.

Casi explotó cuando sus dedos rozaron los míos.

Me quedé ahí en el pasillo como una boba mientras él dejaba mi equipaje junto a la televisión. Examinó la habitación y luego se quedó de pie mirando por la ventana.

“*Sólo un par de pasos, Fer,*” me dije a mí misma, forzándome a caminar y no a correr como una tipa loca hacia él.

Entré a la habitación, cerré la puerta, y él giró a verme.

Me apoyé en la puerta, y nos miramos uno al otro por lo que debieron ser los instantes más largos, deliciosos, y agonizantes de toda mi vida.

La vista era increíble. Caminé hacia la ventana pasando junto a Lucio, rozándole su hombro con el mío. Volví a aspirar su aroma de hombre, y eso añadió a mi ya notable excitación. No quería que me mirara a los ojos, que no me viera la boca, que no se me acercara.

Traté de distraerme con la vista. Era una noche perfecta afuera. Sin una nube a la vista, la brisa que entraba por la ventana poco abierta estaba fresca, supongo por la altura. Vi en el vidrio de la ventana la cómoda donde descansaba una lámpara, el control de la televisión y una libreta.

Pero en el reflejo también vi a Lucio mirándome, y luego acercándose a mí.

“*Que no me toque, que no me toque,*” le rogué a Dios.

—Bueno, todo parece estar en orden —dijo a un metro detrás de mí. Vi en el reflejo de la ventana que estaba viéndome la espalda, y bajaba la vista hacia mi trasero de nuevo.

Me sorprendí a mí misma arqueando un poco mi espalda, respingando mis nalgas hacia él. Mordí el interior de mi labio inferior, lo hice fuerte, tratando de socavar con un poco de dolor el vívido deseo en mi cabeza que él estirara sus manos hacia mí y me cogiera.

El último hombre que me tocó de esa manera había sido Pedro. Pero con él nunca me sentí así. Con él nunca deseé con tanta urgencia desnudarme y desnudarlo. Con él jamás experimenté una lujuria como la que vivía en aquel momento.

—Tienes todo lo que necesitas —dijo.

“No, no todo,” pensé, viendo en el reflejo su entrepierna. “¡Caramba, Fernanda!”

—Si necesitas algo puedes pedir lo que quieras del servicio a cuarto —dijo.

—Sí, está bien —dije casi sin aliento.

Se me quedó viendo unos momentos. Pasó su mano encima de su boca y luego se rascó la cabeza antes de darse la vuelta y caminar hacia la mesita con el teléfono.

—Pediré una almohada y una sábana extra —dijo—. Yo dormiré en el sillón. La cama es tuya.

Asentí mientras miraba a un lado la cama bien tendida. Tenía hasta un par de chocolates encima de las almohadas. Pero era enorme, jamás había dormido en una cama de ese tamaño yo sola.

Giré y apreté mis puños mientras él levantaba el auricular y miraba un folleto junto al teléfono. Apreté con todas mis fuerzas, a ver si con eso liberaba un poco de mi ansiedad. Por supuesto que no funcionó.

Y claro que no ayudó que él sonriera mientras me acercaba.

—¿Estás bien? —preguntó, pasando su mano abierta encima de mis mejillas.

Cerré mis ojos, y sonreí.

—Sí —susurré. Su toque liberó algo de la presión que sentía—. Gracias por cuidarme.

—Es mi trabajo, cari... —dijo.

Sacudí la cabeza antes de levantar la mirada. Iba a ver sus ojos, pero no aguanté más. Estrellé mi boca en la suya, y él me recibió con la misma intensidad. Me cogió de la cintura, y yo me agarré de sus grandes y fuertísimos brazos.

Nos tiramos uno al otro, queriendo fusionar nuestros cuerpos empezando por nuestras lenguas y nuestros labios.

Deslicé mis manos bajo su chaqueta, empujándola hacia atrás hasta dejarla

caer de sus hombros. Él latigueó sus brazos, liberándolos de las mangas y dejándolo caer.

Puse mis manos en su pecho, y la firmeza de sus pectorales debajo de la tela lisa de su camisa me elevó la temperatura aún más, lo que me hizo cerrar mis puños, cogiendo un poco de la tela entre mis dedos, y tirar con las intenciones de arrancarle la camisa de su cuerpo.

Pero me contuve. ¡No sé cómo me contuve! Abrí mis manos y le empujé despacio. Rompimos nuestro beso, pero fuimos incapaces de separarnos.

Él tocó su frente con la mía, y nuestros jadeos fueron clara secuela de la intensidad de nuestra pasión.

—No debería —dijo Lucio, tratando de recuperar su aliento igual que yo. Él tampoco podía controlarse. Tenía sus manos sujetando con firmeza la tela de mi suéter. Sus nudillos acariciaban la piel de mi cintura y yo elevé mis pechos por instinto, rogándole con mi cuerpo que me desnudara.

“No,” pensé. *“Realmente no debería. Soy tu testigo, él es un detective... Pero no puedo controlarme.”*

Y él tampoco parecía poderse controlar. Tiró de mi suéter hacia mi cabeza y me liberó de él.

Suspiré cuando me cogió de la cadera y deslizó sus manos hacia mi espalda. Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron y no resistí al impulso de alzar mi mentón y besarle el cuello.

Él gruñó, y frotó mi espalda baja con tanta intensidad. La totalidad de sus ardientes palmas envió olas de calor irresistible por encima de mi piel y por todo mi ser.

Alcé mi torso y restregué mis pechos contra el suyo, y tiré de su corbata hasta que pude deshacerme de ella.

Saqué mi lengua y saqué su cuello mientras sus manos subían por mi espalda despacio, esparciendo placer y calor a su paso. Solté una risita cuando sus dedos alcanzaron el seguro de mi sujetador.

Abrí los botones de su camisa tan rápido como pude, y cuando llegué hasta la hebilla de su pantalón él dejó de acariciarme.

Mi corazón se detuvo por menos de un instante. Él desabrochó mi sujetador, me lo quitó de un tirón, y lo arrojó al suelo.

Cubrí mis pechos como primer impulso. Él se deshizo la camisa y la dejó caer. Después de un instante de admirar su torso perfecto deslicé mis manos hacia el botón que mantenía cerrado mi pantalón en lo que observaba con toda mi atención.

No tenía ni una pizca de grasa. Sus abdominales parecían tallados a mano. Los definidos músculos de su cadera parecían guiar la vista hacia su entrepierna.

¡Uff! ¡Parecía que habían levantado una carpa de circo en su entrepierna! Cogí la hebilla de su pantalón y le volví a besar. Desabroché su cinto y pantalón, y bajé su bragueta despacio. Dejé de respirar cuando mis manos le encontraron ahí abajo.

—Ven aquí —dijo Lucio con tono juguetón. Me cogió de los hombros y me guió hasta la orilla de la cama.

Pasé mi mano encima de sus pectorales. Estaban como rocas, su cabello corporal provocaba exquisitas cosquillas sobre las yemas de mis dedos cuando bajé mis manos por el centro de su ser.

Metió sus manos dentro de mi melena cuando las mías llegaron a su cadera. Tiré de su bóxer y pantalón al mismo tiempo, y quedé boquiabierta al verlo endurecido.

Tragué saliva al mismo tiempo que experimentaba un torrente de emociones imposible de describir. No había estado con un hombre desde Pedro, y él no podía compararse con Lucio.

Terminó de quitarse el pantalón, y yo me deslicé hacia atrás en la cama.

Lamí mis labios al verlo sacar un condón de su billetera. Nos miramos a los ojos mientras se lo colocaba tan rápido como podía.

Pasó sus manos encima de mis muslos hacia el botón de mis vaqueros. Respiré cada vez más agitada conforme él desabrochaba mi botón, agarraba la orilla de mi pantalón con todo y bragas, y me terminó de desnudar.

No ofrecí resistencia.

No quería resistirme.

No podía resistirme.

Estaba desnuda en cuerpo y alma ante él en ese momento, y le miré a los ojos mientras abría mis piernas, invitándolo a entrar.

Tocó su frente con la mía, y nos besamos mientras me llenaba con su calidez.

Grité y me abracé con mis piernas de sus caderas.

Moví mi cintura al ritmo de su vaivén.

Dejé escapar de mi boca quejidos, gemidos, y en un par de ocasiones gritos ahogados acompañados de mis uñas enterrándose en su espalda.

Por un momento dudé de si él estaba en las mismas condiciones de éxtasis que yo, pero al escuchar sus quejidos, sus gruñidos de hombre, y la expresión en su rostro cuando aceleró el ritmo y me llevó al clímax, quedé convencida que él era tan mío como yo de él.

Mi cuerpo aún vibraba con una intensidad que jamás imaginé fuera capaz de tener cuando me giró y quedé boca abajo. Algo me poseyó que me hizo levantar mis nalgas hacia él, poniéndome a gatas y él supo muy bien cómo satisfacerme.

Me embistió y yo estrellé mi frente en la almohada, ahogando mis gritos de dicha en la cama.

Estiró su mano hacia mi cuello y lo rodeó.

Aceleró sus embestidas.

Ambos soltamos alaridos de placer cada vez más intensos.

Mucho más intensos.

Hasta que empujó una última vez con todas sus fuerzas y ambos explotamos juntos en un éxtasis como nunca lo había tenido.

Bajé mi cabeza a la cama y grité con todas mis fuerzas sobre las sábanas, y mi espalda se tensó tanto que temí se me fuera a romper. Los temblores de mis piernas no parecían disminuir, y yo rogué a todos los cielos poderme quedar en ese estado para siempre.

Él se desplomó a mi lado, y yo me giré sobre mi costado y quedé apoyada encima de su hombro.

—Lucio... —le llamé con apenas suficiente aliento para hacerlo, dibujando círculos alrededor de su pezón con mi índice.

—¿Qué tienes, cariño?

“¿*Qué tenía?*” pensé con una sonrisa. “¿*Que qué tenía?*”

—Eso fue... —me solté riendo, y alcé la mirada. Sus ojos destellaban ternura.

—Fue... —dijo Lucio, asintiendo, y ambos reímos.

—No quiero que te vayas al sillón —le dije, y él me abrazó con mayor intensidad—. Quédate.

—Estoy a tus órdenes, Fernanda.

—No quiero que me abandones nunca.

Él acarició mi rostro, y miró a mis ojos.

No necesitó decirme nada. Estaba convencida de que él estaría ahí para protegerme.

Para cuidarme.

Y quizá... ¿Para amarme?

## Capítulo 16.

*Lucio*

Desperté con el reflejo del sol sobre un pedazo de metal en el marco de la ventana dándome en el rostro.

Respiré profundo, y llené mis pulmones del delicioso aroma del cabello de Fernanda. Metí mi nariz en él y aspiré de nuevo.

“Sí, es su champú”, pensé, al fin encontrando la fuente de aquel aroma que me volvió loco el día antes.

¡Ella dormía como piedra! Quité mi mano de abajo de su cabeza con tanto cuidado como pude y ella solo soltó un pequeño ronquido divino, se giró con la sábana aferrada a su desnudo cuerpo, y siguió soñando.

Vi toda su gloriosa espalda y parte de sus nalgas asomándose por la sábana. Con solo verlas reaccioné de inmediato. Pensé en despertarla a besos, quizá seguir su espina dorsal desde su nuca hasta la curva de su espalda, y luego volverme loco entre sus muslos y saborearla por completo.

Lo de anoche había sido un torbellino de lujuria que no acababa de entender.

Moví mi cabeza de lado a lado, tratando de desechar aquel pensamiento cachondo de mi cabeza. Me levanté de la cama y mejor me metí a dar una ducha helada. No sirvió de mucho. Cuando salí todo fresco y la vi una vez más reaccioné de la misma manera.

Volví al lavabo en el baño y me miré a mí mismo al espejo. Me apoyé y suspiré.

—Mierda —dije sonriendo.

Yo sabía lo que había hecho. Sabía el riesgo que había tomado. Suspiré y salí del baño hacia la sala de la suite. Vi la cafetera en la mesita junto a la televisión y la encendí... O al menos eso intenté. Maldita porquería no quería encender.

Escuché un quejido detrás de mí. Giré y Fernanda se estiraba. Quién sabe a dónde había ido a parar su sábana porque estaba expuesta por completo.

Me acerqué al borde de la cama y me incliné a besarle. —Buenos días, cariño —le dije al rodearle la cintura con mi mano mientras le daba otro par de besitos en sus labios tan adictivos.

Ella gimió con los ojos entrecerrados. —¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana —dije, mirando el reloj digital debajo de la televisión.

—¿Y qué haces levantado? —preguntó con un quejido, tirando de mi brazo mientras reía como una consentida— Vuelve a la cama.

Respiré profundo. No podía creer que iba a decirle “no” a semejante mujer. Pero debía hacerlo.

—Renata espera que pase por ella temprano, cariño —dije sentándome en la orilla de la cama frente a mi ropa tirada—. Necesito ir a cambiarme. Ya sabes que debo luchar contra el crimen con estilo.

Fernanda rio. ¡Dios! Su risa me hacía volar. Gateó desde su lugar hasta mí y rodeó mi cuello con sus divinos brazos. No pude resistir girar a darle un largo beso.

—Lo de anoche... —dijo.

Descansé mi mano en su muslo, y abrí y cerré mi puño acariciándole con las puntas de mis dedos, haciéndola retorcerse y sacándole una sonrisa a boca abierta.

—Fue increíble —le dije.

—¿De verdad? —preguntó pegando su frente a la mía—. Hacía tanto que yo no...

Me separé de ella y la miré a los ojos. —Fue exquisito.

—Y sin embargo... —dijo, la luz en su mirada atenuándose un poco— Ibas a irte sin despedirte.

Una cubeta de agua helada tirada en mi cabeza hubiera tenido el mismo efecto que esa frase tuvo en mí.

—¿Qué? —exclamé alarmado— ¡No, claro que no! —apunté hacia la cafetera—. Quería despertarte con un café recién hecho. Esa cosa no sirve, así que iba a ir por...

—Lucio —dijo, tirando mi rostro hacia el de ella para darme otro besito—. Estoy bromeando —acarició mi rostro con sus dedos suaves y amorosos—. No quiero meterte en problemas. Debí decirte que te fueras desde anoche, pero...

—No me hubiera ido —le dije con una sonrisa—. Sabes, no me arrepiento por lo de anoche.

—Yo tampoco.

Me levanté y vestí sin prisa. No podía quitarle los ojos de encima a esa mujer, y menos cuando estaba sentada en la orilla de la cama y apoyada hacia atrás con sus brazos estirados.

El reflejo de la luz de la mañana que entraba por la ventana iluminaba sus



pechos, y su cabello despeinado caía por su espalda como una cascada hacia la cama, excepto por un mechón que se paseó alrededor de su cuello y desembocó en el valle antes de llegar a sus senos.

—Voy por tu café —dije al terminarme de abrochar la camisa hasta mi pecho, luego enrollé mis mangas hasta mis codos—. Mi compañera vendrá más tarde para llevarte a un lugar seguro hasta que puedas dar tu testimonio.

Fernanda sonrió. —¿Entonces aún tenemos algo de tiempo?

Reí antes de apoyarme junto a Fernanda para darle un largo, húmedo, e incitante beso. Ella estiró su mano y me cogió de la nuca, exigiéndome más.

No sé cómo logré separarme de ese beso. Quemé en mi memoria esa pícara sonrisa y mirada traviesa antes de darme la vuelta e irme.

—Quédate —susurró—. Tengo en mente algo que me despertará mejor que el café.

—Me gusta cómo piensas —dije, bajándome de nuevo el pantalón y dejando que ella jugara un poco conmigo.

Miré hacia la mesita de noche y vi mi billetera. La cogí y abrí, luego solté una carcajada.

—¿Qué sucede? —preguntó Fernanda.

—Esto es vergonzoso —murmuré—. No tenemos condones.

Ambos guardamos silencio unos momentos antes de estallar a carcajadas.

—Necesito ducharme —dijo Fernanda.

—Me ofrecería a acompañarte —dije entre risas—, pero esa ducha es demasiado pequeña.

—Podrías ir por más... Ya sabes.

—¿Café? —dije al mismo tiempo que levantaba una ceja, y ella dejó salir una risita.

—No estaría mal.

—Vale —di un paso hacia atrás y me subí el pantalón.

Camino al ascensor noté la calidez que emanaba mi interior, y la gigantesca satisfacción con la que cargaba. Luego vino a mi mente esa imagen de Fernanda acostada a mi lado, dormida, desnuda, luego de una noche de pasión.

Subí al ascensor y miré al frente unos momentos. Tomó todas mis fuerzas no ir de nuevo a la habitación y hacerle el amor una vez más.

“Quizá no necesita café,” pensé, pero luego gruñó. “Pero sí necesitamos condones.”

Cuando se abrieron las puertas del ascensor vi a Renata de pie sin duda esperando a que bajara.

Tragué saliva cuando vi esa expresión en su rostro.

—¿Dejaste a Fernanda a solas? —preguntó alzando el mentón.

—Relájate —dije—. Solo voy por café. Nuestra cafetera no...

—¡Entonces llamas a servicio a habitación, animal! —dijo sin quitarme la mirada de encima y empujándome dentro del ascensor.

“¡Claro!” pensé, sonriendo como idiota. “*También pude pedirles condones, ¿por qué no pensé eso?*”

Noté la mirada de ojos entrecerrados de Rana. Intenté de respirar. Pasé mi mano encima de mi boca. Traté de mirarla a los ojos, pero no pude.

Renata gruñó y dio la media vuelta. Me conocía demasiado bien.

—¡No, Lucio! —exclamó, poniendo sus manos en su cadera— ¡Dime que no lo hiciste!

—Aquí vamos... —dije en voz baja mientras se cerraba la puerta. Fue claro que no lo dije lo bastante bajo.

—¡Claro que aquí vamos, grandísimo animal! —gritó al girarse y poner sus manos detrás de la cabeza— ¡Dime por favor que no fuiste tan idiota!

—Rana, yo...

—Por favor, Lucio —dijo Renata, sacudiendo la cabeza—. Dime por favor que estoy equivocada. Dime que si vamos a la habitación encontraremos a nuestra testigo vestida y dormida bajo las sábanas en la cama donde *durmió sola*.

Alcé mis manos a mis lados y apreté mis labios. —¿Y si se está duchando?

Rana acortó la distancia entre nosotros y acomodó una fortísima cachetada en mi rostro.

—Merezco eso —dije, asintiendo, aguantándome las ganas de frotarme la mejilla.

—¡Putísima madre, claro que te lo mereces! —gritó.

—¿Qué querías que hiciera?

—¡No follarla, Lucio! —gritó, luego dio la media vuelta y pasó su mano encima de su cabeza— ¿Tienes idea del lío en que nos metiste? Corrupción de Testigos, Lucio. Su testimonio acaba de pasar de ser evidencia sólida a cuestionable. ¡Almeida puede librarse de esto si el detective en jefe estuvo bailando el mambo horizontal con la testigo principal!

Reí un poco. —Mambo horizontal, esa me gustó.

No debí reírme. El puñetazo que me metió Rana en el hombro fue prueba de ello.

—Primero que nada: no estoy influyendo en su testimonio de ninguna manera.

—Un jurado no lo verá así —dijo, negando con la cabeza—. No soy abogado, ¡y se me ocurren al menos cinco formas de asegurarme que no lo vean así!

—¡Vale! —bajé la cabeza y me encogí de hombros—. Lo siento, Rana.

Renata refunfuñó un poco antes de que las puertas del ascensor se abrieran de nuevo.

—¿Al menos fue bueno? —preguntó Renata como si no acabara de meterme semejante regañada.

Solté una carcajada. —Estuvo... bien.

—¿Bien? —preguntó enderezándose— ¿No vas a presumirme cómo se sentían sus tetas en sus manos o sus nalgas cuando...?

Giré a verla y solo sonreí. Cielos, de veras que le contaba todo a esa mujer.

—¡No! —exclamó.

—¿Ahora qué, Rana? —pregunté mirándole a los ojos.

—Esto no fue un rollo de una noche —dijo, apuntándome con su índice a mi cara—. Te gusta esta chica —dijo.

—Puede que sí.

—¡Y lo reconoces!

No me digné a contestarle. Toleré su mirada en mí mientras caminábamos hacia la habitación.

—¿Por qué ella, Lucio? —al fin rompió el silencio.

Resoplé con una sonrisa. —¿Yo qué sé? —dije, rascándome detrás de la cabeza— Pero... no sé, Rana. Con ella me siento...

—¿Completo?

Asentí. —Ajá, justo esa palabra.

Renata bajó la cabeza sonriendo. —¿Cómo crees que me siento con Paty?

Me detuve a la mitad del pasillo, di la media vuelta, caminé un par de pasos, luego volví a girar hacia Renata.

—Rana, yo sé que no debí meterme con ella —dije subiendo y bajando mis manos abiertas frente a mi pecho— ¡Pero no pude resistirlo! Estaba dejándola en el cuarto...

—Vale, Lucio... —dijo, levantando su mano abierta.

—Me despedí de ella, y de pronto... ¡Pum! Terminamos desnudos y abrazados en la cama.

—Van a tener que poner en espera su pequeña historia de amor, sabes.

—Lo sé... Pero no sé si podré.

Renata suspiró. —Conozco el sentimiento... Pero quizá no tengas elección.

—Bueno, necesitamos ir con el fiscal para que convoque a un Gran Jurado y podamos tener su testimonio en papel.

—Y llevarla a una casa segura adecuada —agregó Renata—. El departamento no va a pagarle una habitación en el Renacimiento, ¿eh? Ni siquiera pienso que vayan a reembolsarte el costo de su estancia.

—Podría quedarse conmigo —dije con una mueca burlona.

Renata se soltó riendo. —¿Una noche con esta chica y ya estás listo para vivir juntos?

Me detuve y Rana me miró extrañada. —¿Qué sucede?

—Le dije que iría por café —dije con una sonrisa, y Renata me habría atravesado si su mirada disparara rayos láser—. Anda, el restaurante está a un lado del vestíbulo.

—Vas a pagar el desayuno, sabes —dijo con tono amenazante cuando caminamos de vuelta al ascensor.

—Vale.

—Y la comida.

—¿Algo más, majestad? —pregunté al subir al ascensor.

—No sé, ya pensaré cómo aprovecharme de tu culpa.

—Eres mala, Renata.

## Capítulo 17.

*Fernanda*

Tenía mi maleta abierta encima de la cama.

Me di un baño rápido, y mi intención inicial fue ponerme las bragas de algodón blancas que sostenía en mi mano. Eran las que siempre me ponía... Pero luego Lucio vino a mi mente y me entró el deseo de verme sexy para él.

Reí. —¿Yo? ¿Sexy? —me dije a mí misma. No era una palabra que yo habría usado para describirme.

Todo cambió con la forma en que me miró, cómo me tocó, cómo me hizo el amor.

Era la primera vez que me sentía cómoda con mi cuerpo. Metí mi dedo índice a mi boca y mordisqueé mi uña mientras veía el contenido de mi maleta.

En específico, miré las únicas prendas que podrían pasar por lencería: una tanga negra con detalles transparentes, que hacía juego con un sujetador.

Me probé el sujetador, y me miré al espejo.

—¿Le gustará? —dije, poniendo mis manos abiertas encima de mis pechos, e imaginé a Lucio enterrando su rostro entre ellos, y quitándome el sujetador con sus dientes.

Reí. “¿Podrá hacer eso?” pensé.

Cuando me puse la tanga tocaron a la puerta. Corrí hacia ella y me asomé por la mirilla.

El calor y pasión de la noche anterior volvieron a mi cuerpo pues vi que era Lucio quien tocaba y sostenía dos vasos de cartón con café. Mordí mi labio inferior y me mojé al instante.

Abrí la puerta de golpe y me apoyé en el marco. Le alcé las cejas y sonreí cuando noté su expresión anonadada. —Hola, mi amor —le dije con el tono más seductor que pude usar.

Alguien tosió desde el pasillo. Giré y ahí estaba Renata apoyada contra el muro del pasillo, saludándome con la mano.

—¡Ay no! —exclamé. Entré rápido al cuarto y cerré la puerta de golpe.

Cubrí mi rostro y luego enterré mis manos en mi cabello. —¡Estúpida! ¡Estúpida! —dije para mí, tirando de mi cabello.

Volvieron a tocar la puerta, y pegué un grito al mismo tiempo que salí de mi estado de alarma de un brinco.

—¿Fer? —llamó Lucio.

—¡Un minuto! —contesté, indecisa si pasarme una mano por mi cabello, o tocarme la cara, o poner una mano en la cintura.

—Toma tu tiempo, cariño —dijo con un tono calmado.

*“Quizá no lo metí en problemas,”* pensé.

Me puse lo primero que vi encima de mi maleta: una falda a las rodillas de color blanco, y una blusa de tirantes color menta. Corrí descalza hacia la puerta y les abrí al mismo tiempo que echaba una parte de mi cabello hacia atrás.

—Lucio lo siento —dije apenada mientras le abrazaba—. Yo...

—¡Cuidado! —dijo al dar un paso a un lado antes de dejar los vasos con café en la mesita de la entrada.

—Tranquila —dijo Renata al pasar junto a nosotros. Miró alrededor de la habitación y pareció estremecerse al ver la cama—. Ya me enteré de su “pequeño desliz” de anoche.

Abrí mi boca al mismo tiempo y giré a ver a Lucio.

—¿Le dijiste? —le reclamé, a punto de darle una cachetada.

—¿Qué? —exclamó— ¡No! ¡Claro que no!

—¿Entonces cómo...?

Renata tosió. Giré a verla y tenía levantada su placa. —Aquí dice “detective”, corazón —dijo con una mueca—. Además, conozco a este papanatas como si fuera mi hermano —rio mientras guardaba su placa dentro del abrigo de piel que traía, y luego rio—. Hubieras visto la cara de idiota que traía cuando nos topamos abajo. Supe así —chasqueó sus dedos— que había cometido una estupidez.

Respiré aliviada, y luego sonreí cuando lo miré. —¿Qué cara traías? —pregunté con una sonrisa.

—¡La misma que siempre traigo! —reclamó, luego apuntó a Renata y a mí con sus índices— Ustedes dos me van a mandar al psiquiátrico.

—Tranquilos, niños —dijo Renata—. Su secretito está a salvo conmigo —ella miró a Lucio—. ¿Le dices tú o le digo yo?

—¿Decirme qué?

—Acabamos de hablar con el fiscal —dijo Lucio—. Convocó un Gran Jurado para el viernes.

—¿Qué es eso?

—Es un grupo de personas que determinan si las pruebas que tenemos son

suficientes para presentar cargos ante alguien —dijo Renata.

—¿Y después?

—Y después arrestamos a Almeida —dijo Lucio—. Derechito a la cárcel, y derechito a juicio.

Miré hacia abajo y sonreí. —Bueno, un par de días más aquí no se oye mal.

—Sobre eso... —dijo Lucio.

—No puedes quedarte aquí —dijo Renata cruzándose de brazos—. Aquí no tenemos control sobre la seguridad ni tenemos autoridad para hacer nada. Necesitamos llevarte a una casa segura que esté vigilada las veinticuatro horas por gente de nuestra confianza.

Me encogí de hombros. —Está bien —dije, luego miré a Lucio.

—Por el amor de Dios —suspiró Renata, caminando hacia la puerta—. Los dejo solos, tortolitos. No tarden.

Brinqué hacia Lucio y él me atrapó, sosteniendo mis nalgas mientras abrazaba con mis piernas su cadera. Nos besamos y gemí al hacerlo. ¡Dios! ¡No tenía idea cuánta falta me hacían sus besos! ¡Y eso que solo llevábamos un rato sin vernos!

—¡Por lo menos espérense a que salga de la habitación! —reclamó Renata antes de salir.

Lucio y yo nos reímos. No podía creer lo fuerte que era. Me cargaba y no parecía afectarle mi peso. Se sentó en la cama y yo moví mis caderas para enfrente y para atrás mientras le veía a los ojos.

—Lucías increíble hace unos momentos, por cierto —dijo con una mueca traviesa, subiendo su mano hacia las curvas de mi cintura, y subiéndome mi falda lo suficiente para deslizar sus manos debajo de ella y pasear sus dedos encima de la textura de mi tanga.

Alcé mis cejas y pegué mi nariz a la suya. —Todavía lo traigo puesto —susurré, estirando mis manos hacia su pantalón y comprobando que ambos estábamos igual de excitados.

—Cariño —susurró antes de pasear su lengua encima de mis labios—. Nos están esperando.

Me había convertido en otra persona. —Que nos esperen —le dije antes de morderle el labio—. ¿Trajiste los con...?

—Maldita sea —gruñó, y ambos nos detuvimos como si nos hubieran arrojado una cubeta con agua helada.

Los dos no pudimos contener nuestras risitas.

—No supongo que querriás... —le insinué con una sonrisa. Aún tenía mi

DIU, después de todo.

Él suspiró al mismo tiempo que acariciaba mi rostro. —Creo que aún no nos conocemos lo suficiente para eso, ¿no crees?

“*Es verdad,*” pensé. “*¡Apenas lo conozco y me estoy portando como una...!*”

Cuando sus labios tocaron los míos mis pensamientos se detuvieron.

Mi cuerpo me rogaba intensidad, me pedía a gritos su calor, me exigía su placer. Joder, mi corazón me imploraba que jamás dejara de besar esos labios suyos que me tenían poseída de deseo.

Me abracé de él con todas mis fuerzas y dejé que mis caderas se movieran por instinto hacia enfrente y hacia atrás.

Él se aferró de mí tan fuerte que pensé que sus dedos arrancarían la piel de mis nalgas. Había perdido la inhibición que tenía anoche. Estaba poseída por mi lujuria por él, y dejé que mi cuerpo se comportara como tal.

Le miré a los ojos, y estaban brillando con la misma pasión que la mía. Ambos sonreímos en complicidad de nuestra travesura.

Él gruñó y se dejó caer de espaldas conmigo encima.

—¡Ay ay ay! —exclamó, sentándose de nuevo conmigo todavía en sus piernas.

“*¡Mi maleta!*” pensé. —¿Estás bien? —pregunté riendo.

—Me clavé algo la espalda —dijo con una sonrisa, luego soltó algo entre un suspiro y un gruñido—. Cómo quería arrancarte la ropa y hacerte el amor desde que me desperté.

Le cogí el cuello por los lados. —¿Solo desde entonces?

—Desde entonces... —dijo, besándome la nariz, luego besó mi labio superior — Y, de ahora en adelante, en todos los momentos que se pueda.

Reí como niña chiquita y me abracé de Lucio tan fuerte como pude. —¿De verdad esto está pasando? —dije cerrando mis ojos.

Lucio me abrazó con la misma intensidad que yo a él.

—No sé si te lo he dicho —dijo, descansando su barbilla encima de mi hombro—. Pero pienso que lo que estás haciendo es increíblemente valiente.

Sonreí y me separé un poco para verle a los ojos. —¿De verdad piensas eso?

Él asintió, y luego me dio un tierno beso. Uno lento, uno que saboreé la textura de sus labios rozando con los míos, uno que el sabor de su lengua fresca penetró por completo mi boca.

Era... como si nuestras almas se acariciaran.

Tocamos nuestras frentes, y yo tenía mis ojos cerrados. Mi corazón bailaba de alegría dentro de mi pecho, y cada centímetro de mi piel se estremecía de



emoción.

—Pienso que eres una mujer extraordinaria.

Reí como si hubiese vuelto a la edad de cinco años. —Claro que no —dije toda apenada.

Bajó sus manos hasta mis nalgas y las agarró con firmeza, pero sin apretarme mucho. Abrí los ojos y vi cómo se lamía el labio y miraba hacia abajo, a mi escote pronunciado y el brasier de encaje que traía puesto.

—No sé si pueda portarme bien contigo, Fer.

Esas palabras... Las había escuchado antes. Mi corazón dejó de bailar pues un puñal emocional le había atravesado. Vino a mi mente como una estampida aquella vez que Pedro me dijo esa misma frase, palabra por palabra, cuando todavía éramos novios, cuando todavía tenía ilusiones de una vida con él.

Cuando todavía no me lastimaba.

Me bajé de encima de Lucio. Puse mi mano en la cabeza y la otra en mi cadera. —Quizá deba preparar mi maleta para irme —dije—. Renata nos está esperando, ¿no?

Lucio se puso de pie, y me cogió de la cintura. —¿Estás bien?

Le miré a los ojos. Unos ojos distintos a los de Pedro. Unas manos distintas a las de Pedro. Una boca muy distinta a la de Pedro. Me provocaba sentimientos mucho más intensos de los que Pedro me causó cuando me trataba bien.

*“¿Pero eso significaba que me dolerá más cuando me lastime?”* pensé.

—Tengo miedo —dije.

Lucio sonrió, y me abrazó. —Tranquila —dijo—. Todo estará bien.

Me aferré a él. No me pareció que entendiera a lo que temía. Pero en sus brazos toda inseguridad y miedo desapareció. Quería quedarme en ellos todo el día, toda la vida, para siempre.

Pero, como todo beso, todo abrazo también debe terminar.

## Capítulo 18.

*Fernanda*

Con un vistazo supe que Renata pensaba lo peor de nosotros cuando bajamos cogidos de la mano al vestíbulo.

—¡Sí que se tomaron su tiempo, tortolitos! —gritó. Por el tono no supe si era regaño o se estaba burlando.

Quizá eran las dos cosas.

—Ya estamos aquí —dijo Lucio sin soltarme la mano, luego siguió la mirada de Renata—. ¿Qué? Se supone que somos una pareja. Hay que guardar apariencias.

“¿Se supone?” pensé al mismo tiempo que mi garganta se cerraba y un punzón me incomodó la respiración por un momento.

Miré a Lucio y todo mi cuerpo se volvió más tenso. “¿Acaso todo esto es una actuación? ¿El cogerme la mano? ¿El hacerme el amor?”

Le solté la mano. “¿Es todo una mentira?”

—¿Desayunamos antes de irnos? —preguntó Renata, apuntando a la entrada del restaurante— Aún no me envían la dirección de la casa de seguridad.

Miré a Lucio, y él ya estaba sonriendo al verme. —Podría comer, ¿y tú? —preguntó.

Asentí y sonreí.

—Iré a dejar esto al coche —dijo Lucio. Giró, inclinó su cabeza hacia mi maleta y me guiñó el ojo.

—Nos adelantaremos —dijo Renata, cogiéndome del brazo como si fuéramos las mejores amigas y ambas caminamos al restaurante.

—¿Tú y Lucio han sido compañeros mucho tiempo? —le pregunté cuando llegamos a una mesa casi hasta el fondo del restaurante.

Ella miró a todos lados antes de soltarme para podernos sentar.

—Dos años —dijo Renata—. Lo conocí el mismo día que me transfirieron a su estación, igual que a mi esposa.

—¿Esposa? —pregunté.

—Sí, esposa —dijo con tono serio y entrecerrando los ojos—. ¿Hay algún problema con...?

—¡No! —sacudí mi cabeza de lado a lado— ¡No, claro que no! Es solo que... No imaginé que...

Renata rio. —Relájate, solo te estoy molestando —dijo—. Le hago lo mismo a todas las chicas que me presenta Lucio.

“¿Chicas?” pensé. “¿Plural?”

—¿Te ha presentado muchas? —pregunté, poniendo mi mano contra mi mejilla y apoyando mi codo en la mesa.

Renata me miró unos momentos y rio. —Sí, han sido muchas, pero no quiero que creas que es un mujeriego.

—¿No lo es?

—Oh, sí lo es —dijo ella entre risas. Por alguna razón yo también me reí—. Pero no es un mujeriego sin remedio, ¿sabes?

—No, no sé.

Renata levantó la cabeza al camarero que se acercó a nosotras. —Un café negro, por favor.

—¿Tiene capuchinos? —pregunté, y el camarero asintió— Uno, por favor.

—Dos —agregó Renata—. A nuestro chico le gusta su café dulce.

Sonreí, y cuando el camarero se alejó Renata aclaró su garganta y apoyó sus dos antebrazos sobre la mesa.

—Lucio ha estado a la búsqueda de una chica con quien pasar el resto de su vida —dijo mirando hacia la gigantesca ventana que daba hacia la calle—. Sí, sale seguido con chicas, pero jamás ha salido con más de una a la vez, y jamás les miente —ella rio— ni cuando él sabe que eso lo metería en problemas. Una vez...

—¿Nunca miente?

Renata me miró por un momento y asintió. —Hablemos en serio antes de que vuelva nuestro chico —dijo con un repentino tono de seriedad.

—Vale.

—Eres parte importante del caso —dijo—. Tu testimonio ayudará a conseguir una orden de arresto y obligar a Santos Almeida a darnos una muestra de su ADN para comprobar que él estuvo presente cuando mataron a Daniel.

—Entiendo.

—Pero si el abogado de Almeida se entera de tu relación con uno de los detectives él usará eso para cuestionar la validez de la orden de arresto, lo que...

—Volvería inadmisibile la muestra de ADN —Renata levantó sus cejas y sonrió—. Miro mucho documental de crimen en mi tiempo libre.

—Tienes razón —dijo Renata—. Pero...

Su móvil sonó. Ella lo sacó y me mostró el identificador de llamada. Era Lucio.

—¡Bebé! —contestó con voz chillante y consentida mientras ponía el móvil en la mesa— ¡Me muero de hambre y mi estómago ya empezó a masticar mi hígado!

—¡Pues ordenen algo, Rana! —dijo Lucio— ¿Dónde coño estacionaste el coche?

—¿Rana? —pregunté.

Renata puso un rostro como el de una niña pequeña a punto de recibir un grandioso regalo.

—¡No! —gritó Lucio— ¡Renata, por favor no...!

Renata apretó su boca un poco antes de dejar salir un eructo de tonalidad graciosa, sacándome una carcajada.

—Ya entendí el apodo —dije entre risas.

—Un chico de doce años —dijo Lucio—. Mi compañera es un chico adolescente de doce años.

—¡Ella preguntó! —dijo Renata.

—Lo lamento tanto, cariño —dijo Lucio tratando de no reírse.

—Descuida —dije.

—Aparqué el coche cruzando la calle —dijo Renata—. El aparcamiento del hotel estaba lleno.

El camarero trajo nuestros cafés. Cogí el mío, pero vi que Renata no. Seguí su mirada hacia la entrada del restaurante, desde donde alcancé a ver parte del vestíbulo.

Había tres tipos ahí, mirando hacia todos lados. Algo tenía su porte que me recordó a los hombres que a veces llegué a ver entrar y salir de la casa de mi vecino.

“*Un momento*,” pensé, reconociendo a uno de ellos. Miré de nuevo a Renata, que ya había levantado su taza con una mano, pero la otra la tenía encima de su móvil en la mesa marcando el número de Lucio.

—Ya voy, Rana —contestó Lucio.

—Cállate y pide refuerzos —dijo Renata rápido, fingiendo que tenía acercaba su taza a la boca—. Acabo de reconocer a algunos amigos de Almeida en el vestíbulo.

Me quedé congelada. Quería mirar hacia allá de nuevo, pero apenas y podía respirar.

—¿Cuántos? —dijo Lucio.

—Hasta ahora veo a tres —dijo Renata—. Son los mismos que estaban en el taller cuando lo visitamos ayer.

—Hay más —dije, esforzándome por susurrar tras ver a dos tipos más entrar al restaurante por la otra puerta.

—¿Ya saben dónde están? —preguntó Lucio apurado y agitado. Parecía que estaba corriendo.

Renata dejó su taza en la mesa, luego me quitó la mía de las manos y la dejó junto a la de ella. —Pide refuerzos, compañero.

Ella colgó la llamada, y cuando lo hizo crucé miradas con uno de los tipos que habían entrado al restaurante.

—Me vio —dije.

El sujeto le dijo algo a su compañero, y ambos pusieron sus manos detrás de su espalda.

Renata se puso de pie, sacó su arma y la apuntó hacia ellos en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Policía! —gritó— ¡Muéstrenme sus manos! —movió su pulgar y su arma hizo un sonido como un clic que siempre había escuchado en las películas antes de que dispararan una pistola. Jamás imaginé que un sonido tan pequeño fuera a ser tan aterrador— No lo ordenaré dos veces.

Ambos sujetos se miraron entre ellos antes de sacar sus manos y levantarlas.

Renata no se movió. No temblaba a pesar de ser mucho más pequeña que aquellos dos tipos. Joder, los tenía dominados.

Vi algo explotar a mi lado y mis oídos zumbaron tan fuerte que creí iban a explotar. Miré hacia el vestíbulo y vi a varios hombres apuntando rifles hacia nosotras y disparando en nuestra dirección.

Me metí abajo de la mesa, cerré mis ojos y cubrí mis oídos.

—¡Mata a la hija de puta! —escuché que gritó uno de los sujetos por encima de aquel zumbido.

Me atreví a abrir un poco mis ojos y vi a Renata tras la cubierta de un pilar del restaurante sosteniendo su arma con sus brazos derechos frente a ella.

—¡No salgas de ahí! —me gritó al verme de reojo.

Cuando dejaron de disparar ella giró y contestó el fuego. Escuché un par de gritos de dolor antes de que reiniciaran su ataque contra nosotras.

Vi hacia donde estaban los otros dos tipos y quedé boquiabierta al verlos tirados en el suelo desangrándose.

La ventana que daba hacia la calle se rompió seguida de una ráfaga igual de rápida que las de los atacantes hace unos momentos.

Vi a alguien saltar por la ventana y aterrizar a unos metros de nosotras, apuntando un arma de asalto y disparando hacia la misma dirección que Renata.

Era Lucio.

—¿Y los refuerzos?! —preguntó Renata desde atrás del pilar.

—Aquí está todo el refuerzo que necesitas —dijo Lucio con una mueca arrogante.

Algunos gritos vinieron desde donde habían venido los disparos.

Luego de unos instantes dejaron de disparar.

Lucio se acercó a mí y me ofreció su mano para levantarme.

—¿Estás bien? —preguntó.

Me puse de pie y le abracé con todas mis fuerzas.

—Claro, que te abraze a ti —escuché a Renata detrás de mí—. Digo, yo soy quien mantuvo a estos malditos a raya mientras llegaba...

—Yo las rescaté —dijo Lucio, acariciándome la cabeza.

—¿Crees que ya haya llegado el encargado de asignar las casas de seguridad? —preguntó Renata.

—No lo sé —dijo Lucio—, pero tenemos que llevarla a algún lado.

—¿A la estación?

—No se me ocurre un mejor lugar.

Reí, abrí mis ojos y me separé de Lucio. Él fue con Renata mientras yo me abrazaba y respiraba profundo.

Escuché una tos muy fuerte y desagradable. Giré a un lado y vi a uno de los heridos frente a mí ponerse de costado. Corrí hacia él en cuanto lo vi toser sangre.

—¡Mierda! —escuché a Lucio detrás de mí— Pensé que estaba...

—¡Yo también! —dijo Renata.

—Este hombre necesita una ambulancia —dije, empujando al sujeto y poniéndolo de espaldas—. Trataré de detener la hemorragia hasta que llegue.

—Llamaré a una ambulancia —dijo Renata.

Cogí algunas servilletas de tela de las mesas cercanas y las usé para presionar la herida.

—No tienes que hacer esto —dijo Lucio, arrodillándose a mi lado—. Intentaron...

—¿Me vas a ayudar o no?

—Te tienes que ir, Fernanda —dijo Renata mientras sostenía su móvil contra el oído.

—¿En este momento? —pregunté, mirándola a ella y luego a Lucio— ¿Me

tengo que ir *ya*?

Se miraron entre ellos. —Necesitamos esperar a las ambulancias y al supervisor de turno —dijo Lucio.

Renata suspiró. —Hasta que lleguen los paramédicos —dijo.

Lucio asintió antes de arrodillarse a mi lado. —¿Cómo puedo ayudar?

## Capítulo 19.

*Lucio*

Estaba del otro lado del espejo en el cuarto de interrogación viendo a Renata ante el tipo que intentó asesinar a Fernanda frente a su casa.

Tenía su archivo en la mano. Su nombre era Brian Pérez. Un rufián común y corriente. El típico pandillero con tatuajes en los brazos, bravucón y mal hablado. Todo un criminal de carrera. Tener su hombro vendado y su brazo en un cabestrillo no lo hacía lucir menos peligroso.

Leí sus antecedentes penales y el informe de la división de Narcóticos que le identificaba como miembro de Los Perros Bravos.

Renata había quebrantado tipos duros así antes. Y le hubiera sacado la verdad en dos horas, máximo, si su abogado no fuera Rodrigo Riquelme.

Ahí estaba ese pedante hijo de perra, mirando su reloj de miles de dólares y su traje de seda hecho a la medida, con su peinado perfecto como si hubiera contratado a un estilista profesional para peinarle el copete para atrás.

—¿Qué más, detective? —insistió el abogado a Renata con el tono típico de alguien que considera su tiempo muchísimo más valioso que el de los demás— Le recuerdo que necesitaré el archivo médico de mi cliente para analizar el origen de sus heridas. No querrá otra mancha en su carrera, ¿o sí, detective Vilar?

—¿No se cansa, abogado? —preguntó Renata, sin duda a punto de meterle un tiro a aquel arrogante hijo de puta— ¿No se cansa de dificultarnos el trabajo para...?

Riquelme bostezó de forma exagerada. —No vine aquí a recibir una lección de ética, detective —dijo—. Siga con su interrogatorio.

—No perdamos el tiempo, Brian —dijo Renata, sacando de la carpeta las fotos del arma antes de ser recolectada por los forenses—. Vas a la cárcel de por vida. Intento de Asesinato es igual de grave que...

Riquelme extendió su mano hacia ella. —No nos haga perder el tiempo con lecciones de derecho que no necesitamos —interrumpió— Ya le expliqué los cargos en su contra, no es necesario que se los repita.

—Entonces debería explicarle a su cliente sus... —contestó Renata con una



mueca juguetona.

—No necesito que me diga cómo hacer mi trabajo, detective —dijo Riquelme, poniendo su mano encima del hombro del atacante de Fernanda—. Si lo hiciera, no sería tan buen abogado. ¿Ya terminó de procesar a mi cliente?

—Por supuesto que sí —dijo Renata, abriendo la carpeta y sacando algunas hojas—. Aunque, aquí tengo un trato por parte del fiscal para su cliente que...

Riquelme cogió la hoja y la puso delante de Brian —¿Te interesa hacer un trato con la fiscalía? —el pandillero escupió en la hoja— Un “no” habría sido suficiente, pero —deslizó la hoja sucia hacia Renata— creo que mi cliente ha sido claro.

—¡Intentó matar a una mujer! —exclamó Renata. Me crucé de brazos al mismo tiempo que un escalofrío recorrió mi espalda— ¡Una testigo en una investigación en curso! Es su obligación para su cliente que...

—Hemos terminado aquí —dijo el abogado a su cliente.

—Ya oyó a mi abogado, cerdita —dijo Brian con una mueca confiada.

Fue buena idea que Rana me obligara a quedarme fuera del interrogatorio. Le hubiera roto el hocico a ese infeliz.

—Quizá debería conseguirse otro abogado, señor Pérez —dijo Renata mientras se ponía de pie—. Porque éste solo quiere verlo tras las rejas.

—Confío en el criterio del abogado —dijo el tipo—. Además, la prisión no está tan mal.

—¿Está dispuesto a pasar el resto de su...?

—¿Es usted sorda o solo es una incompetente igual que todo el departamento? —dijo Riquelme, apuntando a la puerta— Ya terminó con mi cliente, detective. Procéselo, llévelo a la penitenciaría y agradezca que no obliguemos a la fiscalía a desperdiciar nuestros impuestos.

Él se puso de pie mientras Renata abría la puerta y dejaba pasar a los guardias.

—Y si me entero de que alguien de esta estación siquiera le susurra a mi cliente sin que yo esté presente... —dijo el abogado en la puerta, luego miró con todo el descaro del mundo hacia el escote de Renata— Bueno, no me he comido la placa de un policía esta semana, y la suya ha de saber divino.

No sé cómo Renata le sonrió antes de que se largara.

Salí del cuarto de interrogación y choqué “por accidente” con él.

—¡Disculpe usted, abogado! —exclamé, extendiendo una mano para sacudirle su chaqueta de seda, y con la otra le tiré “por accidente” un refresco que estaba en el escritorio junto a él— ¡Ay, por Dios! ¡Señor Riquelme, mire

cómo le dejé el pantalón! ¡Qué pena!

—¡Detective Castillo! —suspiró el abogado— Siempre tan maduro.

—Mándeme la factura de la tintorería —dije con una sonrisa—. ¡Es más! Si gusta puedo darle el número de mi sastre. Le hará un traje de seda nuevo. Yo invito.

Riquelme movió su cabeza de lado a lado. —Sería buena idea que ahorrara su dinero, detective Castillo. Después de todo ya no tiene a mami y a papi para comprarle lo que quiere.

Cerré mi puño con todas mis fuerzas y necesité de toda mi voluntad para no reventarle el rostro de un puñetazo.

Pero sonreí. Sabía bien qué le dolería más.

—¿Cómo está Karen, Rodrigo? ¿O ya no se hablan? —pregunté, y la sonrisa desapareció de su rostro. —La última vez que la vi me mostró el hermoso apartamento que compró con el dinero que consiguió del divorcio. Y la cama que compró...

El hijo de puta estaba a punto de explotar. —Buen día, Detective —se despidió rechinando los dientes.

Giré y Renata estaba sonriendo. —No necesitaba que me defendieras.

—¡No te estaba defendiendo! —exclamé— Estaba disfrutando los pequeños placeres de la vida.

Los ojos de Rana se abrieron de par en par. —¡Coño! —exclamó, sacando su móvil y marcando un número— ¡¿Por qué no me recordaste?!

—¿Recordarte qué?

—¡Mi amor! —exclamó Renata al teléfono— ¡Discúlpame, apenas...! No, mi vida, no lo olvidé. Sabes que me encanta pasar tiempo con tu m... —su semblante pasó a uno de alivio— De verdad, cariño, discúlpame. Mañana en la noche nos vamos las tres al cine, te lo prometo... —giró sus ojos hacia arriba— Claro, mi amor, veremos esa comedia romántica que se estrenó. Te amo.

Colgó el teléfono, sonrió y estiró sus manos hacia arriba. —¿Quién crees que se libró de una cena con la suegra? —dijo alzando las cejas una y otra vez.

—¡Doña Perla es genial! —exclamé— ¿Por qué te cae mal?

—¡Intenta pasar todo un día con ella!

—¿Esto quiere decir que me acompañarás con Fernanda? —pregunté con una mueca.

—¡Y verlos a los dos echarse ojitos toda la noche! —exclamó dando saltos en su lugar antes de acercarse a mí y acomodarme un manotazo en la espalda— Preferiría comerme un alambre de púas, pero nos toca a ambos el turno de

cuidarla.

Apreté mis labios. —*Podrías irte a tu casa y dejarme con ella yo solito.* — dije tratando de no sonreír.

Renata me lanzó una mirada que me borró la sonrisa. Me cogió del brazo y me metió al cuarto de observación junto al de interrogación.

—Lucio...

—Fue broma, Rana —dije moviendo la cabeza de lado a lado.

—Te cubrí hoy y solo hoy, Lucio —amenazó—. Me encanta una historia de amor tanto como a cualquier chica, pero lo suyo no debe... ¡No puede continuar!

—Renata, ya te dije que...

—¡Y yo ya te dije que así no lo verá un jurado! —me interrumpió— Por favor, Lucio, hazme caso en esto. Entiendo que quizá te sientes distinto con Fernanda y qué bueno que al fin diste con una chica con la que puedas tratar algo en serio.

—Ahí viene el “pero”...

Me acomodó un puñetazo en el pecho. —¡No estoy jugando!

Guardé silencio y la miré a los ojos.

—Estás jugando con fuego, Lucio —dijo Renata—. Estás arriesgando tu carrera. Yo sé que a lo mejor eso no te importa porque tienes el negocio de tus papás y todo ese dinero que te dejaron, pero eres un gran policía. Hostia, eres el segundo mejor detective que tenemos.

—Tú eres la mejor, ¿verdad?

—¡Por supuesto que yo soy la mejor!—dijo Renata—. Pero no echés tu carrera a la basura por una calentada de polla.

—¿Calentada? Rana... —dije sacudiendo mi cabeza. Caminé alrededor del cuarto hacia la pared opuesta—. No sé qué me pasa con ella. De verdad, no sé. Nunca me había sentido así con una chica. No fue solo sacarme la espina y ya. Es algo más, algo...

—Si es así entonces ahí seguirá después de todo esto —dijo Renata—. Pero si no puedes controlarte, quizá deberías considerar dejarle el caso a alguien más.

—¿A quién? —pregunté, repasando en mi cabeza los demás detectives en el departamento— ¿A Kensington? ¿A Chávez?

—Son buenos detectives —dijo Renata sin nada de convencimiento.

—¿De verdad quieres confiarle esto a alguien más? —exclamé— ¡Es Santos Almeida! Puedo controlarme con ella, Rana. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, Lucio. ¡Mírate! Apenas hablas de ella y se te ilumina la cara. Qué bonito para ti, pero qué pésimo momento

escogiste para encontrar el amor.

—¿Amor? —pregunté, sintiendo el peso de aquella palabra.

—¿Pues de qué otra manera puedes describir lo que estás sintiendo, papanatas? —dijo Renata.

Respiré profundo. —Rana... Solo llevamos conociéndonos un par de días. Lujuria desenfrenada, de acuerdo, pero ¿cómo va a ser amor?

Renata sonrió e inclinó su cabeza. —Patricia y yo tuvimos sexo en nuestra primera cita, y nos comprometimos a las dos semanas.

—¡Eres una mentirosa! —exclamé— Duraron de novias un año antes de anunciar que se casaban.

—¡Porque queríamos ahorrar y hacer la fiesta del milenio! —dijo con una sonrisa— Pero solo nos tomó dos semanas saber que éramos una para la otra... Bueno, a ella. Yo lo supe en cuanto la vi por primera vez.

Me quedé callado unos momentos mirando la sala de interrogación vacía al otro lado del espejo de una vía. —¿Por eso terminaron tú y Natalia?

Renata suspiró y miró hacia arriba. —Esto queda entre tú y yo, ¿vale? —me dio una palmada en la espalda—. Te entiendo, Lucio. En verdad lo hago. Pero necesitas dejarla. Si no lo puedes hacer por ti, hazlo por ella.

—¿Por ella?

—Santos Almeida no es alguien que deje cabos sueltos —dijo Renata con toda seriedad—. Aunque lo absuelvan en un juicio él tiene que mantener una reputación. Ya intentó matarla dos veces. Algo me dice que no se va a detener.

Mi sangre se heló en ese momento.

Respiré profundo, pero ello no ayudó a deshacer el nudo en mi garganta.

—Está bien, Rana —dije cruzándome de brazos—. Solo... dame esta noche.

Ella suspiró y puso sus manos en mis hombros. —¿Dónde está?

—Está esperándome en la sala de descanso —dije, negando con la cabeza—. En cuanto me den la dirección y las llaves de la casa segura nos iremos.

## Capítulo 20.

*Fernanda*

Me estremecí con la corriente fría que salía de la cocina y rozaba mi espalda donde estaba sentada. Miré a mi alrededor y suspiré luego de darle otro vistazo a la nueva casa segura.

No estaba mal. Tenía muebles demasiado feos con los peores tonos de café y gris que podían existir, pero muy cómodos.

Recordé la pequeña habitación que alquilé cuando el banco se adueñó de la casa que Pedro había “comprado” para nosotros. Comparado con aquel cuchitril, estaba en una mansión.

Suspiré otra vez y vi la sala vacía mientras un relámpago alumbró afuera anunciando la llegada de lluvia.

Imaginé el calor del cuerpo de Lucio mientras me envolvía en sus brazos al ver por aquella ventana el agua golpear contra la ventana. Me concentré en el libro de psicología infantil abierto en aquella mesa de comedor, y sonreí al ver la foto de un niño jugando con su papá.

Apoyé el codo en la mesa, luego el mentón en mi mano, e imaginé cómo luciría un hijo mío y de Lucio.

Sacudí mi cabeza y suspiré. —Fernanda, apenas se están conociendo y ya piensas en tener un hijo suyo —me dije a mí misma.

Al imaginarlo no me preocupé. Por lo poco que conocía de él estaba convencida de que no me abandonaría a mi suerte. Él parecía ser un hombre honrado, que no me permitiría cargar con el compromiso yo sola.

—¿Quizá hasta se casaría conmigo? —dije, y mi sonrisa se amplió.

¡Uff! Se vería increíble en un esmoquin. Yo en definitiva no volvería a usar uno de esos vestidos acampanados. Ya había vivido una boda con esa cosa y no volvería a pasar por ello. Son incómodos, abultados, y un lío para quitarse. No, si me volviera a casar usaría un vestido simple, elegante, blanco y liso.

—Bueno, a lo mejor blanco no —me dije— ¿Quizá azul?

Tocaron a la puerta, y pegué un grito pues me sacó de mi trance.

—Soy yo, cariño —llamaron desde la entrada. Era Lucio.

Mi corazón se aceleró como nunca, y corrí a toda velocidad hacia la puerta.

Cuando la abrí ahí estaba, con una caja de pizza en una mano y un paquete de cervezas en la otra.

—Supuse que tendrías... —dijo.

Pero no le permití continuar. Le planté un beso urgido que él me correspondió por unos momentos.

—Me quemo —dijo tratando de alejar sin éxito sus labios de los míos—, me quemo.

—Mmmm sí, papi, estás que ardes —dije entre risas y descansando mis manos en su pecho.

Él rio y me apuró a entrar. Al pasar el umbral corrió a la mesa y dejó la pizza. Solté una risa apenada al cerrar la puerta y verle agitar la mano antes de soplarle.

—Lo siento —dije agachando la mirada un momento, luego no resistí el tirón de mi atracción a él. Cuando lo tenía a la vista mi cuerpo me rogaba estar tan cerca de él como podía.

Me acerqué y me cogió de la cintura para luego besarnos con toda la calma del mundo.

Cerré mis puños cogiendo algo de la tela de su camisa en mis manos, y tiré de ellos mientras gruñía. —¿Qué me hiciste que me ponga así cuando estás cerca? —dije tratando de recuperar el aliento.

—Lo mismo me pregunto yo, Fer —dijo Lucio, dándome un tierno besito en mi cuello que me erizó la piel y me hizo considerar levantarme la falda otra vez.

Abrí la caja de pizza y vi aceitunas negras y pimientos entre los ingredientes. —¡Qué rico! —exclamé antes de coger una rebanada y sentarme en la mesa.

—¿Estabas estudiando?

—No quiero atrasarme mucho —dije con la boca llena. Me cubrí el rostro y mastiqué tan rápido como pude antes de tragar—. Lo siento, pero ya tenía hambre.

Él sonrió. —No te preocupes —dijo Lucio, sentándose a mi lado—. Parecías ardillita con la boca llena hace un momento. Estabas preciosa.

—¡Eres horrible! —exclamé, dándole un manotazo juguetón en el brazo.

Dejé mi mano encima de su brazo, y una calidez en mi corazón explotó y abarcó todo mi ser. Le miré a los ojos y él ya estaba viéndome a los míos. Cogí otra rebanada y comí sin quitarle la mirada de encima.

Parecía preocupado. Estaba igual de sonriente, pero algo en mí me decía que lo que traía en la mente le inquietaba.

—¿Estás bien? —pregunté.

Él bajó la cabeza. —Estoy embrujado —dijo entre risas—. No puedo dejar de

pensar en ti, y mira que podría meterme en serios problemas por involucrarme contigo.

Se me hizo un nudo en la garganta y mi pecho se contrajo por dentro, ahogándome el corazón. —¿Qué estamos haciendo, Lucio? —pregunté. Lucio bajó la mirada y apoyó sus codos en la mesa— Tú estás arriesgando tu carrera. No quiero que por estar conmigo...

Él extendió su mano y me cogió de la mejilla con una ternura que me hizo guardar silencio para poder disfrutar su tacto en mi piel. —Estoy contigo por decisión mía, cariño.

—Pero no es correcto —dije.

—¿Quieres que nos detengamos? —preguntó.

Suspiré. —No —contesté con todo mi corazón—. No quiero.

Me levanté de un brinco y caminé al otro lado de la mesa. Metí mis manos entre mis cabellos y las deslicé detrás de mi cabeza. —Nunca me había sentido así, Lucio —dije, sacudiendo mi cabeza y sonriendo—. Contigo me siento... Liberada. Como si pudiera ser quien quiero ser, hacer lo que quiero hacer —me apoyé en el respaldo de una silla—. Me da miedo que esto sea una ilusión.

—No lo es, Fer —dijo Lucio, apoyándose en su silla.

—¿De verdad? —insistí— Lucio, soy una mujer adulta. Lo de anoche fue increíble, y volviste a salvarme la vida en la mañana... —respiré profundo y exhalé un gemido— Eres un ángel enviado por Dios, Lucio. No me había sentido así nunca, y puedo soportar que esto haya sido solo eso: Dos adultos que se gustaron y se dejaron llevar un par de veces...

—Fernanda, esto no...

—Pero no puedo evitar ilusionarme, Lucio. Sé honesto aquí, ahora. Te estoy dando una salida, ahora que todavía puedo aguantarlo.

—Fer, no quiero una...

—Pero si no tomas esa salida necesito saber que no me harás daño —dije con tanta decisión como pude—. Ya he ido por ese camino y no quiero que juegues al amor conmigo. Si vamos a... —le noté sonriendo y bajando la cabeza—. Lucio, no estoy jugando.

—Lo sé, Fer —dijo, alzando la mirada y deritiéndome con esa sonrisa traviesa suya—. Esto no es un juego para mí.

Me quedé mirándolo unos momentos. Lo noté tenso, incómodo.

—Sabes... —dijo al fin, poniéndose de pie y mirando hacia la ventana— Mis papás siempre me criticaron que no encontrara una mujer con quien sentar cabeza —giró a verme—. “Después, no tengo prisa, soy joven,” me dije todas

esas cosas tantas veces que me las empecé a creer. Nadie nunca piensa que el tiempo se le acabara —bajó la mirada, y me pareció que comenzaba a rompersele la voz—. Nunca lo piensas hasta que pierdes a alguien.

Suspiré. —O se termina algo —dije.

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo mi papá? —dijo al alzar la mirada. Sus ojos estaban brillosos, a punto de soltar lágrimas— Encuentra a una buena chica con quien compartir tu vida, hijo. Nada importa si no tienes con quién compartirlo.

—Lucio...

Sonrió y se frotó los ojos. —Pero olvidó decirme lo difícil que sería encontrar a la mujer perfecta. Él y mi madre lo hacían ver tan fácil. ¡Rara vez discutían! Siempre hallaban la forma de hacer funcionar las cosas. Se notaba que tenían esa misma chispa que cuando se enamoraron.

Lucio caminó a mí, y me cogió la mano. —Quiero eso para mí, Fernanda.

—Y mereces eso, Lucio —dije, víctima del contagio de su emoción. Mis ojos se humedecieron, y mi garganta me dificultó hablar.

—Tú también mereces eso, Fernanda.

Reí y sequé una lágrima que escapó de mis ojos. —No sé cómo pude aguantar cinco años casada con un hombre que me despreciaba, que me ignoraba, que solo me usaba cuando necesitaba que le cocinaran, o le lavaran, o... —se me apretó la garganta.

Tomé un respiro, cerré mis ojos un instante, y luego vi a Lucio a los ojos.

—Lamento que hayas vivido eso —dijo.

—Me prometí que no volvería a ponerme en una situación donde podría salir lastimada de nuevo —alcé mis manos a los lados— ¡Y mírame! Aquí estoy otra vez.

Lucio pasó su mano encima de mi mejilla. —Yo nunca te lastimaré.

—¿De verdad? —pregunté, presionando mi mejilla contra su palma— ¿Y por qué siento que estoy en una situación así contigo?

—Cariño...

—¿Por qué siento que estás a punto de romperme el corazón?

—Jamás haría eso.

Sonreí. —¿Puedes prometérmelo?

Él presionó su frente contra la mía, y yo me acurruqué en sus brazos. Me apretó fuerte, como si no quisiera soltarme nunca. Le rodeé de la espalda con mis manos y le abracé con todas mis fuerzas.

—Lo siento —le dije con mi voz quebrantada—. No quería arruinar el



momento.

Le sentí reír un poco. —No tienes nada de que disculparte, Fer —dijo, pasando una mano a mi nuca y frotándome la base del cráneo—. Tus miedos son justificados.

—Ya no quiero que hablemos de esto, Lucio —dije—. Hoy no.

Le escuché suspirar. —Como tú digas, cariño —dijo.

Me cogió la mano y nos fuimos al sillón. Le empujé y cayó sentado, y yo me subí encima de él.

—¿Qué ha...?

Lo interrumpí con un beso apasionado, dejándole saber con mis labios y los movimientos de mi cuerpo la respuesta a su pregunta.

—Hazme olvidar, Lucio —le susurré al tomarme un descanso de besarlo.

—¿Olvidar?

—Lo que está pasando —dije, abrazándolo y restregando mis pechos contra él mientras subía mi falda hasta las caderas, permitiéndome tocarle su pantalón con mi entrepierna—. Quiero olvidar que están intentando matarme.

—Fernanda...

—Quiero olvidar las consecuencias de lo que podría pasar si lo nuestro...

—Eso no...

—Hazme olvidar, Lucio —le dije, sentándome derecho y abriendo los botones de mi blusa—. Por esta noche, por este momento. Hazme olvidar.

Él deslizó su mano detrás de mi cabeza y me acercó a él una vez más.

Nos besamos, y nos olvidamos de todo por un rato más.

## Capítulo 21.

*Lucio*

—¡Borra eso! —gritó Fernanda con la boca llena.

—¡De ninguna manera! —dije al guardar el móvil en mi pantalón—  
Atestraré esa foto por todos los tiempos.

—Eres horrible —dijo después de tragar—. Al menos tómate una cuando no parezca una ardilla con la boca llena.

—Vale —saqué el móvil de nuevo y lo apunté. Ella arrojó su cabello detrás de sus hombros, apoyó los codos en la mesa y sonrió al mirarme.

—Perfecta —dije al tomarle la foto.

—¿Ya puedo seguir comiendo? —dijo Fernanda entre risas al coger su rebanada de pizza.

Miré en su dirección y solté una risita al verla traer puesta mi camisa. Joder, no había visto nada tan sensual como una mujer vistiendo nada más que una camisa de caballero desabotonada.

—Está deliciosa —dijo—. No puedo dejar de comer.

Reí. —Los chicos del restaurante siempre están ordenando de ese lugar.

—¿Restaurante? —se sentó en la mesa del comedor dentro de la cocina.

Tiré de la silla a su lado y cogí un pedazo mientras me sentaba. Su rodilla tocaba la mía, y desde mi ángulo alcancé a verle la orilla de su pezón mientras seguía comiendo.

Esas miradas que nos dábamos eran dinamita pura. No hacía ni cinco minutos desde que terminamos de tener relaciones en el sillón de la sala y ya estaba encendiendo motores de nuevo.

Miré la hora en el móvil. Aquella media hora se sintió como si hubieran pasado horas.

—Café Castillo —dije con la rebanada en la mano. Aún estaba tibia.

—¿Donde me entrevistaste ayer?

“¿Ayer?” me pregunté mientras masticaba. “Joder, se siente como si hubiéramos estado juntos por mucho más tiempo.”

—Sí —asentí—. Ahí mismo.

—¿Eres el dueño?

Me encogí de hombros. —De mis padres —respiré profundo.

—¿Y por qué eres policía? —la miré y ella se inclinó hacia mí— ¿No eres buen cocinero?

Reí. —Soy un excelente cocinero —dejé mi pedazo de pizza en un espacio vacío dentro de la caja—. Un día de estos te haré una lasaña que te provocará orgasmos múltiples en tu lengua.

Fernanda tosió un poco con la boca llena. —¡Lucio! —dijo entre risas luego de forzarse a tragar.

Reí, le di una mordida a mi pizza y recordé su pregunta: ¿Por qué soy policía?

—Un día siendo pequeño estaba en el restaurante con mi mamá cuando unos tipos entraron a robar —le conté.

Fernanda se enderezó en su asiento y cogió mi mano. —Dios mío.

—No pasó nada —dije con una sonrisa—. Entraron, pidieron el dinero, mi mamá se lo dio y se fueron. Nadie salió herido. Todo fue tan rápido.

—¿Y luego qué pasó?

—Mi papá llamó a la policía —dije—. Mi mamá estaba hecha un manojo de nervios y las camareras no dejaban de llorar —respiré profundo,

—¿Qué edad tenías?

—Tenía siete u ocho años —sonreí—. Cuando estaba en la academia de policía dijeron que debemos ejercer cierto grado de desapego con los ciudadanos que atendemos —la miré y estaba atenta a cada palabra.

—En el caso de nuestro robo el oficial que llegó hizo lo que tenía que hacer —continué—: tomó declaraciones de todos los que estuvieron presentes, pidió nuestros videos de seguridad y nos dio una copia de nuestra denuncia para poder cobrar el seguro. Pero no se detuvo ahí.

—¿Ah no?

—Ese mismo policía fue todos los días a la hora de la comida y se aseguró de que estuviéramos bien. Hablaba con mi padre, con mi madre —reí—. Me llegó a ayudar a mí con mis tareas.

Fernanda hizo una risita y yo apreté su mano en la mía. —Suenas lindo.

—Lo fue —dije—. Ahí decidí que eso quería ser: alguien que hiciera sentir segura a la gente a mi alrededor. A partir de ese momento supe que quería ser no solo un policía, sino alguien que hiciera sentir segura a la gente que ayudo.

—¿No les preocupa a tus padres?

Se hizo un nudo en mi garganta que me obligó a titubear un poco.

—Se preocupaban —dije—. Mi papá tenía la esperanza de que fuera a

estudiar administración o comercio o algo que me preparara para continuar con el negocio familiar. Creo que mi mamá también quería eso.

—Suenan como grandes personas —Fernanda me miró unos momentos antes de que la sonrisa en su rostro desapareciera. —Lo siento, sé que debe ser un tema triste para ti.

—Sí —dije, mirando al suelo— Hace unos meses de su accidente, pero todavía me es difícil hablar de ellos sin... —parpadeé varias veces tratando de contener las lágrimas.

—Lo siento tanto.

—Así que en teoría sí soy dueño de Café Castillo —dije entre risas—, pero en la práctica quien se encarga de todo es Natalia, una amiga de la familia.

Fernanda se acercó a mí y me dio un tierno beso en los labios. No tenía la misma carga de pasión que sus anteriores besos. Este calmó la tormenta que se formó en mi interior al recordar a mis padres.

—Si algún día necesitas hablar... —susurró, tocando su frente con la mía.

—Gracias, cariño —le interrumpí, echándome hacia atrás. Cogí mi pedazo de pizza, di una mordida y mastiqué despacio sin dejar de ver el espacio vacío de donde habíamos cogido nuestras rebanadas.

—¿Y qué hay de mis suegros? —pregunté, girando a ver a Fernanda, y ella se quedó mirándome confundida—. Tus papás.

Ella rio nerviosa. —Mi mamá nos abandonó a mi padre y a mí cuando tenía cuatro años.

—¿Y tu papá?

Fernanda apretó sus labios y negó con la cabeza. —No he hablado con él desde mi divorcio.

—¿Pasó algo entre ustedes?

Fernanda rio y miró hacia arriba. —Es toda una telenovela. No quisiera aburrirte.

—Eso jamás podría pasar —dije, apoyando mi codo en la mesa y mi mejilla en mi mano—. Eres el tema más interesante para mí.

Ella soltó una carcajada y cubrió su boca. —Eres un tonto.

—Solo un poco.

Fernanda juntó sus piernas y puso sus manos en los muslos. —Pedro trabajaba con mi papá cuando yo estaba en el instituto —dije, recordando aquella primera vez que lo vi al llegar a casa de la escuela—. Era su trabajador más joven y pasaba mucho tiempo en la casa. Fue natural que... Ya sabes.

—Suenan como el principio de una hermosa historia de amor —dije con el

tono más sarcástico que pude hacer.

—Yo quería estudiar medicina —dijo con una sonrisa en su rostro—, pero mi padre no me lo permitió. “¡Estás loca! ¿Tienes idea cuánto tiempo te tomaría y cuánto dinero me costaría? ¿A qué hora atenderías a tu familia?” —dijo agravando su voz.

—Ese hombre merece un premio al padre del año —dije.

—Solo pude estudiar enfermería porque lo convencí de que lo que aprendería me ayudaría a cuidarlo mejor a él y a mi familia cuando la tuviera —dijo, luego suspiró—. En retrospectiva, debí ser más firme —resopló y limpió una lágrima que escapó de sus ojos—. Debí ser más firme en muchas cosas.

—Oye —puse mi mano encima de la suya en su muslo—. Está bien.

—No está bien —dijo, negando con la cabeza—. Cuando Pedro le pidió permiso a mi padre para casarse conmigo hizo una fiesta como no te imaginas. Lo vi tan contento porque estaba casándose con un buen hombre trabajador igual que él que cuidaría de mí que pensé que estaba haciendo lo correcto al casarme con Pedro.

Ella respiró profundo. —Pedro no fue un mal esposo al principio —se encogió de hombros—. Al menos me dejó terminar la escuela de enfermería. Pero luego vinieron los reclamos, luego los gritos y luego los comentarios que no era una buena esposa por no apoyarlo con sus actividades criminales.

—¿Te pidió que lo ayudaras?

Fernanda negó. —No, pero un día encontré en su pantalón una billetera que no le pertenecía. Y cuando lo confronté no me quiso decir nada —ella respiró profundo—. Dicen que las esposas siempre sabemos, pero yo... No quise creerlo.

—Cielos —mi pecho se hundió al escucharla.

Ella dejó salir una risita. —Eso no es lo peor.

—Joder, no quiero saber.

—Dejé de recibir con brazos abiertos a Pedro —dijo, mirando al vacío y negando con la cabeza—, y le pedí que buscara un trabajo y dejara de... —se detuvo y respiró profundo.

Puse mi mano encima de la suya. —No tenemos que hablar de esto...

—Está bien —dijo, sonriendo y negando con la cabeza— El hijo de puta habló con mi padre, ¿y sabes qué me dijo? —la miré, sintiendo mi garganta un tanto cerrada— Que debería estar agradecida por tener un marido que haría lo que fuera por darme una buena vida y que no me golpea como otros.

—Eso no fue tu culpa, cariño.

—Lo sé —Fernanda negó con la cabeza—. Pero cuando tu propio padre te dice que...

Puse mis manos en sus hombros. —Tranquila, cariño —le interrumpí—. Lamento mucho que hayas vivido eso.

—¿Por qué te lamentas? —dijo con una sonrisa y lágrimas en sus ojos— Tú no...

—Porque una mujer valiente y extraordinaria como tú merece ser tratada mejor de cómo lo hicieron los hombres que se supone te amaban más que cualquier cosa en el mundo.

Fernanda sonrió, se acercó y nos besamos de nuevo.

—Todo está pasando tan rápido —dijo, abrazándome—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar escondida?

Respiré profundo y apreté mi abrazo de ella. —Hasta que el fiscal tome tu testimonio y levante cargos a Santos Almeida.

—¿Y después de eso?

—¿De qué hablas?

—Después —ella insistió—. ¿No tendré que testificar en el juicio? ¿Estaré segura cuando eso acabe?

La miré a los ojos y detuve las palabras que estaban por salir de mi boca.

No dije nada. Me tragué mis palabras y la abracé.

## Capítulo 22.

*Fernanda*

Me estiré frente al espejo del baño y mi espalda crujió. Dejé salir un gemido cuando mi zona lumbar se relajó.

—Esa cama es muy dura —murmuré, frotándome el cuello.

Reí al asomarme por la puerta y ver a Lucio roncando boca abajo con una mano colgando de la orilla de la cama. Cerré la puerta y abrí las llaves de la regadera, pero cuando noté que no había toallas las volví a cerrar y gruñí.

*“Maldita sea, no se me ocurrió traer una,”* pensé y luego reí. *“Ahora entiendo por qué Claudia siempre lleva la suya cuando se va de viaje.”*

Salí del baño y me puse mis bragas y la camisa de Lucio que yo había traído puesta la noche anterior. Fui a la cocina, me serví agua y abrí el refrigerador mientras tomaba. El agua tenía un sabor un poco a metal, similar al agua que salía del grifo en el hospital.

Adentro del refrigerador estaba la caja de pizza con los pedazos que habían sobrado la noche anterior, una botella de tres litros de Coca Cola a la mitad y dos cervezas.

Resoplé al cerrar el refrigerador y apreté mis labios. *“¿Pizza para desayunar?”* pensé y negué con la cabeza. Caminé alrededor de la casa y al asomarme por la orilla de la ventana de la sala alcancé a ver una pequeña tienda de abarrotes.

*“¡Perfecto!”* pensé, caminando rápido hasta la habitación.

Dejé la camisa de Lucio en la cómoda frente a la cama, cogí una blusa y vaqueros que vi en mi maleta y me vestí tan callada como pude para no despertarlo. Aquel hombre dormía tan profundo que parecía muerto.

Saqué el único billete que me quedaba de mi bolso junto con mi tarjeta de banco y me detuve antes de salir de la casa.

Recordé el estruendo de una pistola disparada y la piel se me erizó un poco.

Respiré profundo. *“Vamos, Fernanda,”* pensé. *“Es solo a la tienda. Volverás antes de que Lucio se dé cuenta.”*

Me detuve en la acera al ver la patrulla de policía estacionada frente al coche de Lucio. Miré de reojo adentro y saludé al policía que estaba adentro. Él levantó

la mirada y me saludó con una sonrisa.

*“No es ni a la esquina,”* pensé al ver la tienda de abarrotes. *“Pero si me dice algo...”*

Caminé hasta la tienda, giré y vi al oficial todavía adentro de su patrulla. Sonreí al entrar, saludé al muchacho detrás del mostrador que parecía no haber dormido bien la noche anterior, cogí un canasto y caminé directo a los refrigeradores.

—Veamos —murmuré para mí misma al cruzarme de brazos.

Miré hacia arriba y sonreí. *“¿Qué le gustará desayunar a Lucio?”* pensé. *“A Claudia le encanta cómo hago los huevos revueltos con trocitos de tocino y salchicha rebanada. Creo que podría arriesgarme a eso.”*

Cogí un cartón chico de huevos, un paquete de tocino, uno de salchichas y un envase de jugo de naranja. Cuando volví al mostrador eché una pasta de dientes dentro del canasto y luego miré a mi alrededor.

—Disculpe —llamé al muchacho del mostrador—, ¿no tienen toallas?

Cuando negó con la cabeza resoplé. *“Quizá pueda convencer a Lucio de ir rápido a mi casa por una, o de comprarla,”* pensé, luego sonreí. *“Si se lo pido sin pantalones...”*

Miré la hora del reloj detrás de la caja y vi que eran casi las ocho de la mañana. Puse mi mano encima del bolsillo de mi pantalón y mi corazón se detuvo cuando no sentí mi móvil.

Hice memoria y recordé haberlo dejado dentro de mi bolso. *“Bueno, llamo a mi trabajo más tarde.”*

Pagué todo y miré las cajetillas de cigarros detrás del mostrador. *“¿Qué estará haciendo Claudia?”* pensé. *“Necesito llamarle y hacerle saber que estoy bien.”*

Cuando salí de la tienda giré hacia la casa donde nos hospedábamos.

Lucio estaba afuera metiéndole un tremendo regaño al oficial que ahora estaba afuera de su patrulla. Solo traía su pantalón puesto. No traía ni los zapatos.

—¿¿Cómo coño te graduaste de la academia?! —Lucio le gritó a la cara—  
¡Te aseguro que nunca vas a...!

—Detective —dijo el oficial cabizbajo al apuntar hacia mí.

Lucio giró y se acercó corriendo.

—¡No vuelvas a hacer eso! —me gritó al cogerme de los hombros.

Mi corazón se detuvo y por un momento no vi el rostro de Lucio, sino el de Pedro. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron como si fuera a recibir un



puñetazo en cualquier momento, y mi respiración se aceleró demasiado de un momento a otro.

—¿Qué te pasa? —dije, tratando de zafarme, pero me sujetaba demasiado fuerte.

—¿Tienes idea del susto que me llevé? —preguntó— Me desperté para ir al baño y tú no...

A diferencia de aquellas veces vino a mí algo que no había sentido antes: rabia. Aquella rabia quemó dentro de mí como nunca imaginé que podría.

Le miré a los ojos y apreté mi mandíbula antes de respirar profundo. — ¡Lucio, suéltame! —le grité tratando de soltarme con todas mis fuerzas.

Cuando lo hizo solté la bolsa donde traía las cosas de la tienda. Grité y me apuré a levantarla, pero ya había huevo roto esparcido por todo el interior de la bolsa y un poco chorreaba de un pequeño agujero debajo de ella.

Giré a ver a Lucio, que estaba cubriéndose la boca con una mano y tenía la otra mano en la cadera.

—Fernanda, yo...

Resoplé y estuve a punto de arrojarle la bolsa. Entré corriendo a la casa y fui directo al fregadero a enjuagar lo demás y esperar que quedaran al menos un par de huevos.

No fue así. Todos estaban rotos. Apreté mi boca tanto como pude y las lágrimas se acumularon en mis ojos. Pero no de tristeza, sino de rabia.

Escuché la puerta cerrarse de golpe, pero ni siquiera giré a ver a Lucio. Sabía que se había acercado, pero quitarles el huevo a las demás cosas me pareció tarea más importante que darle mi atención.

—¿Quieres decirme qué estabas pensando? —preguntó con un obvio tono de enojado.

Giré y le mostré el paquete de tocino ya limpio. —Estaba pensando prepararte desayuno.

—Fernanda, podía haber pedido que nos trajeran...

—¡No se trata de eso! —le grité— Yo quería hacerte de desayunar. Me encanta hacer el desayuno, y quería darle un gusto a un hombre que... —mi voz se quebró un poco y un par de lágrimas se acumularon en mi ojo— Que se supone me debe proteger.

—¡Eso intento hacer! —dijo, acercándose a mí.

—¡No te acerques! —le grité, levantando mi mano y sosteniendo el paquete de tocino en mi mano lista para arrojárselo.

—Fernanda, lo siento.

—¿De verdad? —dije, acercándome a él— Porque esos gritos que escuché allá afuera, y la forma en que me cogiste...

—¡Estaba asustado!

—¡Pedro me llegó a hacer eso! —grité— ¡No pensé que tú fueras a hacerme lo mismo! —él se hizo hacia atrás como si le hubiera metido un puñetazo.

—¿Y qué querías que hiciera?

—¡Abrazarme! —dije, dejando salir las lágrimas— ¡Darme un beso! ¡Te hubiera aceptado un grito antes de...!

—Fernanda —estiró su mano hacia mí.

Di un paso hacia atrás. —No me toques.

Lucio apretó su quijada y negó con la cabeza. —No es justo, Fernanda —dijo—. No puedes comparar el miedo que yo sentí hace unos momentos con el maltrato que te dio tu ex.

—Él nunca...

—¡Él nunca te tuvo que proteger de alguien que te quiere muerta! —gritó— Si tú te alejabas de él lo más que él podía temer que pasara era que lo dejaras por otro tipo. En este momento, lo que más temo es que te metan un tiro en la cabeza.

Ahora fui yo la que se hizo hacia atrás como si le hubieran metido un puñetazo.

—Así que discúlpame si mi primera reacción al ver que habías desaparecido por ir a la tienda sin avisarme fue enfurecerme porque al parecer no tienes ni puta idea del riesgo que corres.

—¿No tengo idea? —le dije— ¡En los últimos días me han tratado de matar dos veces! ¡Tuve que...!

—¡Entonces pórtate como tal! —dijo— ¿Querías ir a la tienda? ¡Bien! ¡Despiértame y te acompaño! ¡Avísale al patrullero a dónde...!

—¡Le avisé!

—¡Y por eso lo estaba regañando! —gritó— ¡Él debió acompañarte! ¡O avisarme! ¡O...!

—¡Ya basta! —grité y cerré los ojos— Ya no quiero gritar. Ya no quiero que gitemos.

Lucio respiró profundo. —Vale.

—Necesito estar sola —dije, dirigiéndome a la habitación.

—Fernanda, yo... —trató de alcanzarme y cogerme la mano, pero yo quité la mía, entré al cuarto y cerré la puerta de golpe.

Luego de sollozar unos momentos escuché que tocaron a la puerta.

—Te dije que quiero estar sola —dije, apoyándome en la puerta.

—¿Encontraste lo que buscabas en la tienda? —preguntó Lucio con un tono mucho más calmado.

Tallé las lágrimas de mis mejillas. —No encontré toallas.

—¿Toallas? —preguntó— ¿Toallas femeninas para...?

Gruñí. —¡Toallas! ¡Para secarte el cuerpo después de duchar! ¡Me quiero duchar, Lucio! ¡Eso quería de la tienda! ¡Una puñetera toalla!

Le escuché suspirar detrás de la puerta. —Te conseguiré una —dijo—. ¿Hay algo más que necesites?

*“Olvidar los últimos cinco minutos,”* pensé y cerré mis ojos.

## Capítulo 23.

*Lucio*

—Qué mañana —murmuré al sentarme detrás de mi escritorio en la estación. Cogí mi taza humeante de café y saboreé el trago mientras miraba el techo. Chasqueé mi lengua y suspiré.

*“Sí que la he cagado.”*

Cerré mis ojos y froté mis párpados con una mano. Mi estómago gruñó y suspiré ante el desayuno que pude haber tenido si no me hubiera dejado llevar por mis emociones.

*“Putísima madre.”*

Abrí mi cajón donde siempre guardaba alguna bolsa de cacahuates o semillas, ya sea de calabaza, girasol o ambas, pero no encontré nada.

Fui al escritorio de Renata y abrí uno de sus cajones donde encontré una barra de chocolate nueva.

*“Cuando llegue se la pago,”* pensé al cogerla. *“De igual forma necesito hablar con ella.”*

Vi el reloj y, al ver la hora, la comprobé en mi móvil.

*“Qué extraño,”* pensé. *“Rana nunca llega tarde.”*

Devoré la barra de chocolate sin siquiera saborearla. Solo necesitaba calmar mi estómago para poderme concentrar en el maldito papeleo que aún debía llenar.

Miré el montón a un lado de la pantalla de mi ordenador y mastiqué despacio, como si mirando mi trabajo pendiente con suficiente fuerza lo fuera a hacer desaparecer.

Recordé la mirada de Fernanda y la manera en que me gritó. Aquello me sacó de mi pensamiento, bajé la cabeza y suspiré.

—¿A quién intento engañar? —murmuré, cogiendo y apretando una pelotita de estrés entre mis manos— Mierda, todo está pasando demasiado rápido.

Escuché un portazo a lo lejos, y unas sonoras pisadas silenciaron el bullicio de algunos policías en la entrada de la estación.

Miré en esa dirección y quedé paralizado al ver a la esposa de Renata buscar a alguien con la mirada mientras caminaba y luego fijar su atención en mí.

Todos se hicieron a un lado al ver a Patricia caminar. No había un solo policía en el edificio que se atreviera a ponerse en el camino de la capitana del Grupo de Fuerzas Especiales. Sus pasos eran largos y su porte hacía lucir bien incluso el uniforme táctico estilo militar que traía puesto.

Aunque siempre tenía cara de enojada esa mañana noté algo más en su expresión.

—¡Lucio! —llamó al estar a unos metros de mi escritorio.

Por poco y me pongo de pie de un salto para ponerme en atención. Me fascinaban las mujeres con carácter fuerte, pero el de Patricia superaba con creces a cualquiera que conociera.

Claro que aquello era la característica principal por la que Renata la amaba tanto.

—¡Capitana! —dije con una sonrisa levantando la cabeza y mirándola a los ojos— ¿Dónde está tu media naranja? No me digas que se quedó dormida.

—Eso mismo vengo a preguntarte —dijo al detenerse junto a mi escritorio y cruzarse de brazos.

—¿Cómo? —dije, inclinando mi cabeza a un lado.

—No he visto a mi esposa desde la mañana de ayer —dijo, atravesándome con la mirada—. Cuando llegué anoche a cenar con mi madre esperaba encontrarla dormida —sacó una nota de su bolsillo y lo dejó en mi escritorio—. Imagina mi sorpresa cuando no la encontré y vi esto pegado al refrigerador.

—Fui a ver a un informante —leí en voz alta—. Vuelvo más noche, no me esperes, te amo mi negri...

Ella levantó la nota y la volvió a guardar en su pantalón.

—¿No volvió a casa? —Patricia bajó su mirada y supe la respuesta a mi pregunta— No me mires así, yo la mandé a casa anoche.

—Se suponía que ustedes dos estarían custodiando a una testigo de su caso, ¿o no?

Tragué saliva y apreté mis labios. —Se supone, pero vi a Rana algo... agotada, ¿sabes?

Patricia resopló. —Sigue sin llevarse bien con mi madre.

—Yo no he dicho nada —levanté mis manos.

—¿Vas a decirme que no se ha quejado contigo?

—No, no, no, no —me puse de pie y paré frente a ella, y aun así tuve que levantar un poco la cabeza para poderle ver a la cara—. Aún me zumban los oídos de los gritos que recibí la última vez que traté de opinar sobre su matrimonio. Lo que ella habla conmigo es como si hablara con un sacerdote.

—¿No te ha llamado? —preguntó al sacar su móvil— Cuando trato de llamar me contesta el buzón de voz.

“*Eso sí está raro,*” pensé, al sacar mi móvil y no encontré ninguna llamada perdida, pero sí el ícono de que tenía un mensaje en mi buzón de voz.

—¿Habrá olvidado cargarlo y se quedó sin batería? —preguntó Patricia.

—No lo creo —dije al llamar a mi buzón de voz—. Estos nuevos teléfonos tienen baterías que duran días.

Mientras entraba a oír mi mensaje Patricia caminó de un lado a otro junto a mi escritorio, mirando el de su esposa. Jamás la había visto tan tensa, y era una mujer que ha negociado entregas de rehenes y dirigido incursiones en guaridas de los peores criminales de la ciudad.

—Ambos sabemos que Rana es más dura que cualquiera de los dos —le dije con una sonrisa—. No tienes nada de qué preocuparte.

No me di cuenta que había puesto el móvil en altavoz.

—Tiene un mensaje nuevo —decía la voz automática de la compañía de telefonía—. Lucio, soy Renata —dijo la voz de mi compañera.

Patricia giró y se acercó.

—Me llamó un viejo informante en contacto con los Perros Bravos y quiere hablarme sobre lo que ha estado haciendo Santos Almeida estos últimos días.

Patricia puso sus manos en las caderas. —¿Qué viejo informante?

—Tiene muchos —negué con la cabeza—. Tengo una lista de sus informantes en mi ordena...

—Iré con él y hablo contigo a primera hora mañana —continuó el mensaje—. Tú disfruta tu noche de pasión, Romeo. Chao.

—¿Ves? —dije al guardar el móvil— De seguro está ayudándole a su informante con...

La mirada de Patricia congeló mi lengua y paralizó mis piernas, como si estuviera ante un animal salvaje a punto de hacerme pedazos.

—Dejaste a tu compañera —dijo despacio, dando un paso hacia mí— ir sola con un informante —dio otro paso, y esa vez yo tuve que dar uno hacia atrás— sin respaldo, ¿por irte con una de tus putas?

—¡Oye! —le reclamé sin pensarlo.

—¡Se suponía que estabas custodiando a un testigo! —gritó.

—¡Eso hacía! —le dije.

—¡¿Cuál de las dos estabas haciendo?! —Patricia empujó su dedo índice contra mi pecho— ¡¿Cuidando a tu testigo o con tu puta?!

—Estaba... —dije, tratando de pensar en qué decirle, pero se le notaba a

punto de explotar en llamas.

—Tienes suerte, Lucio —dijo, levantando su cabeza y mirándome a los ojos—. Tienes suerte de que yo no sea tu oficial al mando, pero ten por seguro que si algo le pasa a Renata...

—Patricia, tranquilízate —traté de poner mis manos en sus hombros, pero ella me las quitó de un manotazo.

—Quiero que me envíes los nombres de todos sus informantes con los Perros Bravos —ordenó—. Yo me encargaré de averiguar con cuál de ellos fue.

—Si nos dividimos...

—¿Propones trabajar juntos? —dijo como si le hubiera propuesto comernos a su perro o algo así— No, yo me encargo. Tú concéntrate en cuidar a tu testigo o lo que sea que se supone estabas haciendo anoche que era más importante que acompañar a tu compañera.

—Un momento —di un paso hacia ella—, Renata y yo...

—¡No quiero oírlo! —gritó Patricia al girar e irse.

Resoplé, giré, cogí la pelotita de estrés de mi escritorio y la arrojé con todas mis fuerzas hasta el muro al otro lado del suelo.

Respiré profundo, pasé mis manos entre mi cabello y caminé de lado a lado tratando de tranquilizarme.

Me senté y abrí el archivero de mi escritorio, pero lo hice tan fuerte que golpeó mi pierna. Estrellé mi puño en la mesa y aguanté el grito que quise dejar salir en ese momento.

Rechiné mis dientes, respiré profundo y recordé las palabras de Patricia.

*“Joder, tiene razón,”* pensé. *“¿Qué clase de compañero soy?”*

Pensé en la noche anterior y no pude encontrar un solo momento entre mis recuerdos cuando haya sonado mi móvil.

Entonces lo recordé: había dejado el móvil en la sala cuando Fernanda y yo nos fuimos a la habitación.

Me senté y miré la pantalla del ordenador. *“Esto me tiene mal,”* pensé. *“Debo...”*

Suspiré. *“Debo... Ponerle fin.”*

Me tomó unos minutos más de lo que me debió tomar encontrar la lista de informantes que tenía Renata. Toda la situación tenía mi cabeza sumida en una neblina que ralentizaba mis pensamientos.

Envié la información al correo electrónico de Patricia y luego me quedé aturdido mirando la pantalla del ordenador.

*“¿Y si algo de verdad le pasó?”* pensé, luego sacudí mi cabeza. *“No, no*

*puedo pensar así. ¡Es Renata! Aun si le intentaran hacer algo seguro se arrepienten al instante.”*

Cogí las llaves del coche y me largué de ahí.

Cuando entré al coche me quedé mirando hacia enfrente unos momentos antes de apoyar mi frente con el volante.

“Toallas,” pensé mientras arrancaba el coche. “Al menos le puedo conseguir su toalla a Fernanda.”



## Capítulo 24.

*Lucio*

Cuando volví a la casa segura encontré a Fernanda dormida en el sofá con un libro de anatomía encima de su pecho.

Sonreí y fui a dejar la bolsa del supermercado en la mesa de la cocina. Saqué de ella una cartera de huevos y una toalla nueva. Guardé los huevos en el refrigerador y cuando estaba caminando hacia el baño a dejar la toalla mi móvil timbró.

Fernanda se sentó en el sillón de golpe, y suspiró al verme.

—Lo siento, cariño —le dije, sacando mi móvil del pantalón—. Vuelve a dormir.

Giré y entré al baño mientras miraba la pantalla. Vi el identificador de llamadas y era un número que no reconocí.

—¿Sí, diga? —contesté extrañado.

—Lucio, habla el Jefe de Detectives Pineda.

Dejé la toalla junto al lavabo, me paré tan derecho como pude y levanté el mentón, como si estuviera ahí mismo en la habitación juzgando mi porte.

—Buenos días, señor —miré de reojo a Fernanda, que se había puesto de pie e ido a la cocina— ¿Qué necesita?

—Lucio... —su tono me indicó que estaba por darme malas noticias. Fernanda miraba dentro del refrigerador y cuando giró a verme noté una leve sonrisa en su cara—. Hubo un incidente con Renata.

*“Seguro su informante se quiso pasar y lo mandó al hospital”* pensé, ampliando mi sonrisa. —No me diga que la volverá a suspender por uso desmedido de fuerza —dije entre risas.

El jefe exhaló fuerte al teléfono, y me quedé congelado. —Alguien la atacó anoche.

El tiempo se detuvo. Mi garganta se cerró y mi mente se puso en blanco, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—La capitana Patricia la encontró en un callejón hace unos minutos.

Mis piernas perdieron fuerza, y mi estómago se retorció. Apoyé mi espalda en el marco de la puerta y me puse la mano en la frente.

—¿Qué pasa? —susurró Fernanda.

—¿Está... Viva? —pregunté haciendo mi mejor esfuerzo para que mi voz no se rompiera.

—Entró directo a cirugía —dijo el jefe Pineda—. Está muy mal. Los doctores están haciendo lo mejor que pueden.

Sacudí mi cabeza, cogí un puñado de mi cabello y tiré de él mientras caminaba en círculos alrededor del sofá.

Algo dijo el jefe, pero mi mente no procesó nada de lo que decía. Repasé en mi mente los casos que estábamos trabajando, y de todos ellos solo un sospechoso vino a mi mente que sería capaz de algo así.

—Fue Almeida, señor —interrumpí al jefe Pineda.

—¿Disculpa?

—Renata y yo estamos investigándolo por el asesinato de Daniel Gómez —dije, mi voz llena de enojo—. De todos los sospechosos de los casos que estamos trabajando es el único con los medios, el motivo y los cojones para hacer algo así.

—Necesitaré un informe de progreso de la investigación, Lucio —dijo—. Tengo entendido que tienen un testigo en protección. Comuníquese con la patrulla que la vigila y compruebe que esté bien.

Miré a Fernanda y se me hundió el corazón. —Se encuentra bien, señor —dije—. Estoy con la testigo en este momento y hay una unidad afuera.

—Perfecto —dijo—. Su ubicación podría estar comprometida. Necesito que la traiga a la estación y...

—Con todo respeto, señor —le interrumpí—, Renata habría muerto antes que darle su ubicación a ese hijo de puta.

—Lucio, te he dado una orden.

—Señor —insistí, alzando mi puño cerrado frente a mi rostro—. Almeida puede tener gente comprada en el departamento. Llevarla a la estación sería un riesgo.

El jefe guardó silencio unos momentos. Me apoyé en el respaldo del sofá y sentí la mirada fija de Fernanda en mí. Veía en sus ojos su deseo de saber lo que estaba pasando.

—Entiendo tu argumento, Lucio —dijo el jefe, casi como un susurro—. De todos modos, no pueden quedarse donde están. Necesitas llevarla a un lugar seguro.

Asentí, y luego quité mi mirada de Fernanda y la dirigí a la puerta. —Señor, usted tiene la autoridad para solicitar una nueva casa segura sin necesidad de

meter papeleo.

—Le enviaré por mensaje de texto la dirección —dijo—. Mandaré a hombres de confianza para que le releven una vez que esté seguro el testigo. Solo nosotros sabremos dónde está.

—Sí, señor —dije.

—Alguien aquí quiere hablar con usted —dijo el jefe.

Ni un segundo después escuché la voz profunda y quebrada de Patricia. —¿Lucio?

Mi semblante se derrumbó en cuanto escuché su voz. —Patricia... yo...

—No te atrevas —me ordenó a regañadientes—. Renata no querría que te pusieras así.

—Pero... Yo...

—Haz tu puto trabajo, Lucio —dijo casi sin aire, aguantándose las lágrimas, palabra por palabra—. Asegúrate que cuando atrapemos a ese hijo de puta tengamos lo necesario para meterlo a un hoyo por el resto de su asquerosa vida.

Miré hacia el techo. Tomó todas mis fuerzas para el temblor de mi mentón y evitar que salieran más lágrimas de mis ojos. —Lo atraparemos, Patricia.

Colgué la llamada. No podía tolerar otro minuto escuchándola. El tiempo se detuvo para mí. Pasaban cientos... no, miles de pensamientos por mi cabeza, todos de Renata luchando por su vida contra ese animal de Almeida, y perdiendo.

Un roce de calor me sacó de mi trance. Fernanda me había cogido el antebrazo con ambas manos y lo apretó.

Quitó mi brazo de un suave braceo hacia enfrente, y caminé hasta la puerta de la casa segura, di la media vuelta, y apoyé mi espalda contra ella.

—Debemos irnos —dije—. Empaca tus cosas.

—Lucio... ¿Qué pasó? —preguntó Fernanda abrazándose los brazos.

Otra vez volvieron las lágrimas. Otra vez volvió el temblor de mi mentón. —Renata... está en el hospital —meforcé en decir.

—¡Dios mío! —exclamó. Vino hacia mí, y trató de abrazarme.

Pero la detuve poniendo mi mano abierta enfrente, y luego apunté a su rostro con mi índice. —Debemos irnos —dije, mi voz quebrándose del dolor—. Empaca tus cosas.

—Lucio, lo siento... —dijo, tratando de abrazarme de nuevo.

—¡Que empaques tus puñeteras cosas! —grité a todo pulmón y al girar a verla.

Fernanda caminó hacia atrás hasta que topó su espalda con la pared, asustada.

Nos miramos unos instantes a los ojos. Ella estaba aterrada por mi reacción, pero era tanta mi rabia en ese momento que no había lugar en mí para preocuparme por sus sentimientos. Ella se alejó casi corriendo hacia la habitación.

Cuando lo hizo me asomé por la ventana. Vi dos... No, tres autos estacionados en la calle a un par de casas. La maldita lluvia golpeando la ventana no me dejaba ver con seguridad si había gente en esos coches o no.

Lo bueno era que estaban todos a la derecha de la casa, así que tendría los tres a la vista en caso de que alguno de ellos trajera gente.

Saqué mi arma, tiré la corredera y esperé mirando por la ventana mientras Fernanda terminaba de empacar.

Vinieron a mí una vez más esos pensamientos de Renata luchando por su vida, y no pude más que pensar en una sola cosa: *“Esto es culpa mía.”*

—Estoy lista —dijo Fernanda. Giré y la vi con su maleta en la mano.

—Vámonos —le dije mientras iba a la puerta. Apunté mi arma hacia abajo y abrí la puerta despacio, cuidándome que no hubiera nadie en el acceso para el coche.

Salí despacio de la casa con mi arma lista para apuntar y disparar al menor movimiento. Cuando bajé las escaleras del pórtico y quedé convencido que no había nadie, le señalé a Fernanda que saliera.

—Sube rápido al coche —le ordené mientras abría la puerta de conductor sin dejar de mirar hacia la calle vacía y presionaba el botón para abrir los seguros de las puertas.

Era un vecindario tranquilo, y no vi nada amenazante. Le puse el seguro a mi arma y la enfundé antes de meterme rápido al coche, encenderlo y salir a toda velocidad de ahí.

No había un solo coche en el camino hacia la autopista. Luego de varios minutos disminuyó mi sentido de urgencia. Al fin pude respirar, y asimilar lo que estaba pasando.

Nos detuvimos en el semáforo antes de subir a la autopista. La lluvia caía a cántaros. Los limpiaparabrisas rechinaban al pasar encima del vidrio. Tenía el rostro empapado, y pude pasarme mi mano encima de mi rostro para quitarme el agua en exceso.

Junto con ellas me llevé las lágrimas que mi piel mojada alcanzaba a ocultar.

—No debería haber estado aquí solo —dije, apretando mi agarre del volante.

—¿Qué? —preguntó Fernanda. Casi había olvidado que estaba junto a mí, abrazándose de su pequeña maleta.

—Yo... Yo quería estar contigo a solas —dije.

Otra vez mi quijada tembló por el esfuerzo de no soltarme en llanto, pero no sirvió de mucho pues se dejaron venir las lágrimas de nuevo—. Le pedí a Rana que no viniera conmigo para...

—Lucio —dijo Fernanda, cogiendo mi brazo encima de la palanca de velocidades—. Esto no fue tu culpa.

¿Por qué la gente piensa que decir “no es tu culpa” es algo que ayuda a una situación? Escuchar esas palabras solo me hizo sentir peor.

—Ella me dijo una y otra vez que era demasiado quisquilloso con las mujeres... —dije, esforzando una sonrisa—. ¿Sabías que no quise volver a salir con una chica solo porque sus pecas se le notaban mucho? Ella tenía razón, como siempre tiene razón —miré a Fernanda, y me llené de un coraje fulminante—. Pero ahora que ignoré el minúsculo detalle que eres una testigo importante en mi caso, ella termina en el hospital.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Fernanda— ¿Dices que esto es mi culpa?

—¡No! —grité, girando la cabeza hacia enfrente—. Es la mía... Si hubiera... Si... No debí involucrarme contigo... No...

—Lucio, sé que estás enojado, pero... —dijo con voz quebradiza.

—Se acabó, Fernanda —dije.

—¿Qué?

El semáforo cambió a verde. Giré a ver de reojo a Fernanda y casi podía jurar que vi su alma quebrándose a través de sus ojos. —Eres parte importante en el caso contra Almeida —dije despacio—. Si sale a la luz que tú y yo nos involucramos tu testimonio podría ser inútil... Y Renata habría terminado en el hospital por nada.

Fernanda asintió. —Ya veo.

—Fer... —le dije. Traté de cogerle la mano cuando vi la piel en su mentón arrugarse y sus labios apretarse, señalando que estaba esforzándose por no llorar—. Lo sien...

Inclinó la cabeza hacia enfrente y luego giró a ver por su ventana. —Está bien... detective Castillo.

La forma en que lo dijo impactó en lo más profundo de mi ser.

—Sí... señorita Ontiveros.

Pisé el acelerador y manejamos el resto del camino en silencio. Ni la radio encendí. Giré a ver a Fernanda varias veces en el camino, pero en ningún momento que yo me diera cuenta desvió la mirada de su ventana.

## Capítulo 25.

*Fernanda*

Ni siquiera me di cuenta de que había estacionado el coche. No le dirigí la palabra en todo el camino. ¿Qué podía decirle? Al diablo con él.

Él salió del auto y me abrió la puerta. Me extendió la mano para ayudarme a bajar, pero le ignoré y bajé sin ayuda.

Miré la casa a la que habíamos llegado. Era un condominio de dos pisos, y seguí a Lucio hasta la puerta del de abajo. La lluvia se había calmado, pero estaba más frío. Aunque había echado casi todo mi cabello detrás de mi abrigo un par de gotas se alcanzaron a meter debajo de mi nuca y bajaron por mi espalda.

Mis piernas estaban heladas. Necesitaba quitarme esa estúpida falda.

Lucio presionó el botón del timbre, y a los pocos segundos abrió la puerta un joven oficial uniformado.

—¿Dígame? —preguntó.

Lucio sacó su placa y la mostró al oficial. —Detective Castillo —dijo—. El jefe Pineda me mandó a esta dirección.

*“Con que eso había sido el mensaje que recibió mientras manejaba,”* pensé.

El oficial me miró, y luego se hizo a un lado para permitirnos pasar.

—¿Está al tanto de la situación, oficial?

—Sí, señor.

Lucio asintió. —¿La habitación? —el oficial apuntó hacia un pequeño pasillo después de la cocina.

Caminé hacia allá sin esperar la indicación de Lucio. Claro que me siguió hasta la recámara. Entré y dejé caer mi maleta en el suelo junto a ella, luego fui hacia la ventana y me quedé viendo la sombra de las gotas de lluvia proyectadas en el material de las persianas cerradas mientras me quitaba el abrigo y lo dejaba en la silla que había junto a la ventana.

—Estarás a salvo aquí —dijo Lucio. Sus palabras quemaban mis oídos. No estaba preparada para escucharlo ser tan serio, tan... tajante.

Me crucé de brazos y respiré profundo. Cada instante que estaba en su presencia hacía mi pecho arder de dolor.

Me enfoqué en una pequeña gota que se deslizó despacio en zigzag desde el extremo superior de la ventana hacia el centro del vidrio, para luego ser borrada de la existencia por una gota aún más grande que se estrelló contra ella.

—Fernanda —me llamó. Iba a girar, pero sabía que si miraba a sus ojos me desmoronaría.

—Ya vete, ¿sí? —le dije, abrazándome los brazos con todas mis fuerzas—  
Estaré bien.

Ni un perdón, ni una disculpa, ni nada de eso. Solo escuché la puerta cerrarse. Mis labios se contorsionaron antes que los abriera para dejar salir un sollozo.

Cubrí mi boca. No quería que me escucharan, pero vino otro sollozo que no pude contener. Hice mi mejor esfuerzo por no deshacerme en llanto, pero fui incapaz de hacerlo.

Me apoyé contra el muro junto a la venta y luego apoyé mi espalda en la pared antes de dejarme caer en el suelo de sentón. Me abracé las rodillas, apoyé mi cabeza en mis brazos, y dejé salir el río de lágrimas que me esforzaba por contener.

Cerré mis ojos con todas mis fuerzas, y vinieron a mi mente los besos que compartí con Lucio nuestra última noche juntos, y me estremecí cuando la burbuja que era mi ilusión reventó.

*“Debí saberlo,”* pensé. *“¿Por qué solo me enamoro de quienes me lastiman?”*

Un poderoso trueno retumbó las ventanas. Di un salto en mi lugar y me abracé con todas mis fuerzas de mis rodillas. El muro en el que estaba apoyada era como una losa de hielo, pero no encontré fuerzas para ponerme de pie.

Al menos no por unos minutos.

Tocaron a la puerta, pero estaba tan sumergida en mi miseria que apenas alcancé a escuchar.

—¿Se le ofrece algo, señorita? —preguntó el oficial detrás de la puerta.

Inhalé como pude, y luego levanté la mirada. —Estoy bien, gracias —pude decir sin que se me oyera que estaba llorando, o al menos así lo pensé.

Me levanté y acosté en la cama boca abajo. Abracé una de las almohadas, buscando reconfortarme en un saco de algodón en lugar de un hombre que comenzaba a amar.

O quizá ya lo amaba.

Me enrosqué en la cama, tomando una posición fetal, y cerré mis ojos. Debí haberme quedado dormida porque cuando abrí los ojos ya estaba oscuro afuera.

Escuché mi móvil vibrando.

Rodé sobre mi espalda y me quedé viendo el techo unos instantes antes de

notar que la vibración no se detenía. Me froté los párpados, exhausta. Si había dormido no había descansado nada.

Estiré mi mano hacia mi abrigo que se había caído al suelo del respaldo de la silla donde lo puse. Cuando vi el identificador de llamadas de mi móvil sonreí aliviada.

Era Claudia.

—Clau —dije al mismo tiempo que me acostaba boca arriba en la cama y sonreía—. Sé que no deberías hablarme, pero qué bueno que...

—Lo lamento, señorita Ontiveros —dijo una voz profunda y grave que me espantó el sueño y me hizo temblar—. Pero Claudia no está disponible para charlar con usted.

Me senté en la orilla de la cama. —¿Quién habla?

No contestó. Solo escuchaba una respiración tranquila al otro lado de la línea.

—Trate de adivinar quién podría ser, señorita —al fin dijo—. Después de todo, usted me vio hacer algo que no debió haber visto.

De pronto no fui capaz de respirar.

—¿San... Santos Almeida? —pregunté con voz temblorosa.

—Muy bien, señorita Ontiveros —dijo como si estuviera burlándose de mí—. Adivinó a la primera. Quizá sí sea inteligente después de todo. Tenía mis dudas, pues, ¿por qué otra razón alguien de su vecindario le diría algo de mí a la policía sabiendo que yo soy dueño de esas calles?

Recordé ese rostro de mirada fría observándome mientras me hablaba. Me sentí pequeña, inofensiva, y eso que solo lo tenía al teléfono. Su voz era la apropiada para un monstruo.

—Espere —dije, cayendo en cuenta de algo— ¿Por qué me llama del teléfono de Claudia?

Él rio. —Use esa inteligencia y esa boquita chismosa con la que me delató con la policía. Trate de adivinar por qué habría de tener en mi poder el móvil de su compañera de piso.

Me quedé callada unos momentos. Imaginé lo peor.

—Déjeme darle una pista —dijo, y entonces escuché un grito en el fondo, seguido de un llanto y súplicas.

—¡Déjela! —exclamé, haciéndome la valiente.

—Baje la voz, Fernanda —dijo— ¿Me permite llamarle Fernanda?

—Si le hace daño...

Él explotó en una carcajada. Me senté y temblé al caer en cuenta de lo que podría hacerle a Claudia.



—¡Y la perra muestra los dientes y gruñe! —exclamó— ¿Qué hará, Fernanda? Sorpréndame con una amenaza que me haga retorcer de miedo y decida dejar ir a su amiga en lugar de arriesgarme a enfrentar su ira.

Apreté mis dientes y cerré el puño de mi otra mano.

—Eso es —dijo—. Calladita se ve más bonita... Y usted es muy bonita.

Tocaron a la puerta. Pegué un brinco y grité al mismo tiempo que miraba hacia la entrada a la habitación.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó el oficial.

—Deshágase del cerdo o esta llamada y la vida de su amiga termina —dijo ese monstruo con un cambio de tono que se sintió como una bofetada a mi oído.

Respiré profundo. —¡Estoy bien! —grité.

Vi la perilla del cuarto girar. Me levanté y corrí hacia la puerta, embistiéndola con el hombro. —¡No entre! ¡Estoy desnuda!

—Lo siento, señorita —dijo el oficial. Escuché sus pisadas al alejarse de la puerta. Caminé hacia la cama de nuevo y apreté con fuerza el móvil en mi mano.

—Ya se fue —dije entre dientes.

—Estoy viendo una foto suya que tiene su amiga en su móvil —dijo—. Discúlpeme, pero no pude evitar imaginarla desnuda cuando le...

—¿Qué quiere? —le interrumpí.

—La quiero a usted, Fernanda —dijo. Una bola en mi garganta me impidió respirar, y creí que vomitaría en ese momento—. Su amiga Claudia es muy guapa, pero... Bueno, llámeme racista, pero no me gustan las negras. Cosa curiosa siendo que soy moreno, pero ¿qué se puede hacer? A uno le gustan las cosas que a uno le gustan.

Dejó de hablar, y pude respirar. Cada palabra que salía del teléfono me helaba la piel. Escuchaba en el fondo los sollozos de Claudia. Traté de no imaginar lo que le había hecho, pero no podía evitarlo. Quizá tenía un arma apuntada a su cabeza, o un cuchillo tocándole el cuello.

—No no no, señorita Ontiveros —dijo, casi como un susurro—. A mí me gustan tímidas, que conozcan su lugar ante un hombre, y, sobre todas las cosas, calladitas y obedientes.

Empecé a llorar. Podía imaginar a dónde iba su conversación.

—La quiero a usted, Fernanda, para mí solito —dijo, y escuché a Claudia sobresaltarse en el fondo—. Para lo que yo quiera.

Respiré profundo, pero ni así podía evitar temblar de miedo. —Si me da su palabra...

—No tengo que darle nada —dijo con toda la calma del mundo— Ya le dije

cómo quiero a mis mujeres: Calladitas, bonitas y obedientes. Así que cállese la puta boca y ponga atención.

Cerré mi otro puño y lo presioné contra mi boca. Estaba temblando, tuve que sentarme de nuevo en la cama, y me mareé tanto que pensé me desmayaría. Tomó todas mis fuerzas para que eso no pasara.

—Irá al motel La Villa de Oro. Habitación quince. Y si usted es una niña calladita, bonita y obediente dejaré ir a su amiga. De lo contrario le garantizo que encontrarán a su amiga con la garganta abierta colgando de un árbol frente a la estación de policía.

Estallé en llanto. —Por favor no...

—Y si a usted se le ocurre decirle algo a la policía entonces no solo aparecerá su cuerpo degollado —otro grito de Claudia, balbuceando algo que no alcancé a entender—. Aparecerá golpeado... —otro grito de Claudia— Violado... —un grito más— Y destripado.

Estaba a punto de desmayarme.

—Estarán buscando pedazos de su amiga por toda la ciudad.

—No diré nada —logré decir—. Pero la casa está vigilada, no puedo...

Cuando escuché el clic de la llamada colgarse salí corriendo al baño a vomitar. Me abracé de la taza del baño y meforcé a mí misma a respirar. Me arrastré a la pared más cercana a mí y apoyé mi espalda contra ella.

—No, Claudia —me dije a mí misma, llorando sin control. Miré mi móvil y estuve a punto de llamarle a Lucio.

Pero las palabras de Santos Almeida resonaron en mi cabeza. Bajé el móvil e hice mi mejor esfuerzo por tranquilizarme.

Y yo que pensaba que Lucio podría protegerme a mí, a la gente que amo. Vaya que estaba equivocada. Suspiré luego de ponerme de pie. Me apoyé en el lavabo y me miré al espejo.

—Necesito salir de aquí —me dije a mi misma.

## Capítulo 26.

*Lucio*

—Concéntrate, idiota —murmuré al subirle el volumen al radio del coche, tratando de suprimir las voces dentro de mi cabeza que imitaban a la perfección las dulces palabras de Fernanda.

Llevaba todo el día interrogando vendedores que sospechaba trabajaban para Almeida, pero el maldito se lo había tragado la tierra.

Bajé de la autopista hacia el centro de la ciudad, cerca del hospital donde tenían internada a Renata.

Llegué a una gasolinera y miré en dirección del hospital mientras me llenaban el tanque. Pensé en irme a cambiar y a bañar, pero necesitaba saber si mi compañera estaba bien.

Me froté los ojos. También necesitaba dormir un poco, pero temí que en mis sueños me atormentaría la culpa por hablarle así a Fernanda.

—Ella no merecía eso —dije para mí.

Me lavé la cara en el baño de la gasolinera y en el camino me puse un poco de loción que traía en la guantera.

Cuando entré al aparcamiento del hospital no me sorprendió para nada ver tanta patrulla ahí, incluido el transporte especial de las Fuerzas Especiales.

Entré y fui directo a la sala de espera. Estaba lleno de viejos compañeros de Renata en Narcóticos, algunos conocidos que teníamos en común en nuestra estación y la unidad de Patricia.

Algunos me estrecharon la mano al pasar junto a ellos rumbo a la puerta que daba hacia los cuartos de Cuidados Intensivos. Cerca de aquella puerta vi la imponente figura del jefe Pineda.

Era quizá el único policía más alto que Patricia. Delgado, de cabeza rasurada, y un rostro adecuado para alguien que debía ladrarle órdenes a quienes se les pagaba por pensar e investigar. Había atrapado a un famoso asesino serial muchos años antes que yo entrara a la fuerza. Era el ejemplo a seguir de muchos investigadores, incluido yo.

Traía su uniforme, como casi siempre lo traía. Al verme le encargó su sombrero a un oficial junto a él y se acercó a mí.

—¿Está todo listo? —preguntó a mi oído.

—Sí, señor —contesté, bajando la mirada al verlo a los ojos.

Puso su mano en mi hombro. —Renata estará bien. Ya despertó.

El jefe me quitó una tonelada de encima con aquella noticia. Mis rodillas se debilitaron, por lo que debí apoyar la espalda en el muro junto a mí para no caerme.

—Gracias a Dios —dije con una sonrisa.

—El fiscal estuvo presente cuando hablé con ella —dijo el jefe, cruzándose de brazos—. Ella identificó a Santos Almeida como su atacante. Ya tengo la orden firmada por un juez.

—¡Eso es... excelente! —exclamé— Si no le molesta, señor, quisiera...

El jefe Pineda apretó su agarre de mi hombro. —No querría que nadie más arrestara a ese reverendo hijo de puta —dijo—. Pero debemos ser discretos. Como dijiste, puede que Almeida tenga gente en el departamento en su bolsillo.

Hubo murmullos detrás del jefe. Cuando ambos giramos vimos a Patricia caminando hacia nosotros.

Aunque tratara de ocultarlo era obvio que había llorado y llevaba toda la noche despierta.

Esperaba un puñetazo o una continuación de los gritos que me había metido en la estación, pero al acercarse me dio un cálido abrazo que le correspondí.

—Ya me dijeron, Patricia —le susurré al oído entre esa mata de cabello castaño que tenía—. Te dije que nuestra chica era la más dura de nosotros.

Ella rio. —Ya me está amenazando con divorciarme si la obligo a comer la mierda que sirven en este hospital.

Todos los que estaban a distancia de oído de nosotros rieron con el comentario.

—Me preguntó por ti, Lucio —dijo Patricia, dando un paso para atrás—. Le dije que te llevaría a su habitación cuando llegaras.

Asentí, y la seguí por el pasillo del hospital. Me aguanté las ganas de llorar con cada paso que daba. El simple hecho de saber que estaba viva me tuvo al borde del llanto.

Patricia se detuvo frente a una puerta abierta. Indicó con su mano que pasara y me asomé primero.

Ahí estaba Renata. Tenía la cabeza vendada, y su cabello parecía un arbusto todo desaliñado saliéndole arriba de las vendas. Noté que le rasuraron parte de su cabellera. Aquello no le gustaría para nada.

Una gasa le cubría el ojo izquierdo, y encima del otro tenía una cortada que

había sido cocida. El resto de su precioso rostro estaba cubierto de arañazos y moretones.

Se me revolvió el estómago al verla así. Era una de las chicas más duras que conocía, pero nadie merecía recibir una paliza así. Ambas piernas y uno de sus brazos estaban en yesos, y tenía el otro antebrazo vendado desde el codo hasta la muñeca. En su mano vi los nudillos de color púrpura.

*“Por supuesto que se defendió,”* pensé.

—¿Estás viéndome las tetas, estúpido? —preguntó girando la cabeza hacia mí, su voz mucho más ronca de lo que ya era.

Me solté riendo, pues tenía su mano encima de los pechos. —Estoy viéndote la mano, tarada.

—Ajá, claro —dijo, cerrándola en un puño y dándome un puñetazo que se sintió como un leve rozón contra mi abdomen.

—Estaré aquí afuera —dijo Patricia con una sonrisa antes de salir de la habitación.

Acerqué la silla junto a la ventana y me dejé caer en ella, para luego cogerle la mano a Renata y pegar mi frente a ella. —Carajo, Rana... —le dije con un nudo en la garganta.

—No me veo tan mal, ¿o sí? —preguntó entre risas forzadas.

—¿Bromeas? —exclamé levantando la mirada con una sonrisa y lágrimas saliendo de mis ojos— Este tipo te ahorró el cirujano plástico. Te ves mucho más sensual que antes.

—Eres un imbécil —dijo Renata con una sonrisa— ¿Ya te dieron la buena noticia?

—Me dieron varias —le dije.

—Intento de Asesinato en Primer Grado —dijo con una amplia sonrisa, y pude ver que también le habían tirado un par de dientes—. Y a un policía. Santos Almeida va de por vida a la cárcel. Ni ese imbécil de Riquelme podrá sacarlo de esta.

—Tú sí que sabes verle el lado bueno a las cosas.

Ella alzó las cejas y siguió sonriendo... Bueno, supuse que alzó la otra ceja aunque la gasa se la estuviera cubriendo.

—Ahora puedes volverte loco con Fernanda todo lo que quieras —dijo—. Aunque desechen el caso de Daniel no se salvará de...

Se quedó callada, y me miró con su sonrisa desapareciendo. Bajé la cabeza, y apreté mi agarre de su mano.

—Lucio —lamentó, alzando la mirada al techo—. La dejaste, ¿verdad?

—Tenías razón, Rana —dije, negando con la cabeza—. Nunca debí involucrarme con ella en primer lugar.

—Sí —recalcó, volviendo su atención a mí— Nunca debiste hacerlo... Pero lo hiciste... ¿Y vas a echarte para atrás?

—Estoy haciendo lo correcto.

Ella quitó su mano de la mía y me acomodó un manotazo en la sien. —¡No, grandísimo animal, estás haciendo lo que siempre haces!

Le cogí la mano y la apreté fuerte. —Estamos aquí para hablar de ti.

—No te vas a librar tan fácil —amenazó. Carajo, hasta con un ojo esa mujer podía hacerme sentir pequeño.

—Lucio —llamaron desde la puerta. Ambos vimos a Patricia parada en el umbral.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Patricia miró a su esposa unos instantes antes de verme a los ojos.

—Mujer, si un cuchillo en el pecho no me mató lo que sea que vayas a decir no lo hará —dijo Renata, alzando su mano sana.

—Fernanda Ontiveros desapareció —dijo Patricia.

Salté de mi asiento y quedé boquiabierto. Mi corazón se aceleró a mil por hora y mi garganta se cerró por unos momentos. —¿Cómo que desapareció? —exclamé.

—El oficial que se quedó cuidándola dice que lo golpearon con una maceta en la cabeza y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí ya no estaba.

Saqué mi móvil, y busqué entre mis contactos el número de Fernanda.

—No servirá, Lucio —dijo Patricia, entrando a la habitación y deteniéndose al pie de la cama de Renata—. Según el oficial dejó su móvil en la casa.

—Eso... no tiene sentido —dije, negando con la cabeza—. ¿Por qué se iría?

Di un paso atrás y alcé la vista, luego miré a Renata. —Rana, no le dijiste a Santos dónde estaba Fernanda.

—Que te den, grandísimo animal —dijo— ¡¿De verdad me preguntaste eso?!

—No es pregunta —dije, diciéndole que no con mi dedo índice extendido—. Es un hecho. Como falló contigo necesitaría otra manera de encontrarla. No podría saber dónde está ahora porque solo el jefe Pineda, el oficial que dejamos en la casa, y yo, sabemos dónde estaba.

—Y Pineda no se separó de mí hasta poco antes que llegaras —dijo Patricia, poniendo sus manos en las caderas y asintiendo—. Ni siquiera mandó un mensaje de texto. Él no pudo haberle avisado.

—Además si Santos la hubiera encontrado habría matado al oficial que la

estaba cuidando —dijo Renata—. Y no hubiera usado una maceta. Hubiera usado algo más mortal.

—Fernanda huyó —concluyó Patricia—. ¿Pero por qué huiría?

De pronto la respuesta vino a mí. Giré a ver a Renata y ella sonrió. —Conozco esa expresión —dijo.

—Tengo una idea —dije, cogiéndole la mano.

—¡Ahora te sigo corriendo, tonto! —exclamó Renata— ¡Ve por él!

Salí de la habitación hacia la sala de espera. Esquive a un par de enfermeras y cuando llegué busqué al jefe Pineda.

—¡Señor! —exclamé— Comuníqueme con el oficial en la casa.

El jefe cogió el micrófono sujetado a su hombro. —Diez Sesenta Bravo, aquí Sam Treinta y Cinco —dijo al aparato.

—Adelante, señor —contestó el oficial.

El jefe me pasó el micrófono. —Diez Sesenta Bravo, vea en el móvil de la testigo la última llamada que recibió o que hizo.

Esperé unos momentos, y toda la sala de espera se quedó en silencio.

—Sam Treinta y Cinco, la última llamada recibida fue de una Claudia, el número es...

—¡Putra madre! —grité, pasando mi otra mano por mi cabello. El jefe me lanzó una mirada que me hizo recobrar la postura—. Claudia es la amiga de Fernanda. Almeida pudo haberla encontrado y usado su móvil para hablar con...

De pronto me vino a la mente. “*Si usó el móvil de Claudia,*” pensé, dándole el radio al jefe, “*quizá todavía lo tenga.*”

—Señor, llame al Servicio Técnico y que rastreen ese número —dije antes de salir corriendo hacia la puerta.

Cuando llegué a mi coche el radio ya estaba sonando.

—Aquí Tres David Cinco —dije en la radio.

—El móvil que pidió rastrear se encuentra apagado —golpeé el volante del coche—. La última torre con la que su señal hizo contacto está al sur oriente de la ciudad.

—Monitoreen ese número por si vuelven a encenderlo —dije antes de hacer lo posible por no arrojar mi radio contra el tablero del coche.

Vi a Patricia salir del hospital seguida de su unidad. Algo les gritó antes de acercarse caminando a mi coche.

—El sur oriente de la ciudad es el territorio de Almeida —dijo Patricia al asomarse por mi ventana.

—Es demasiado terreno por cubrir.

—Quizá tengamos suerte —dijo, asintiendo—. ¿Vienes o te quedas a esperar un milagro?

Asentí. —Por supuesto que voy.



## Capítulo 27.

*Fernanda*

El autobús iba rumbo al extremo de la ciudad donde se encontraba el Motel La Villa de Oro. La siguiente parada del autobús era al otro lado de la calle, frente a una vieja estación de autobuses que servía como central de transporte público.

Estaba sentada del lado que daba hacia el oriente y el sol golpeaba mi rostro mientras miraba las nubes del cielo y los edificios a lo lejos.

Cerré mis ojos. Nunca me había detenido a sentir el calor del sol. Era una de esas cosas que se daban por sentado en la vida cotidiana. Estaba convencida de que sería la última vez que sentiría el sol en mi cara. Qué triste que necesitara mi muerte segura para darme cuenta de ello.

Quizá Santos Almeida no deje ir a Claudia. Estaba casi segura de ello. Pero me arrepentiría toda la vida si no le diera a mi amiga una oportunidad, aunque fuera mínima. Y no tenía intenciones de vivir con más remordimientos.

Ya cargaba suficientes.

Apoyé mi frente en el vidrio y respiré profundo. Hasta el aire tenía un aroma especial. Escuché la risa de un niño unos asientos frente al mío. Abrí los ojos y vi a un padre y a una madre sentados con su pequeño de pie en el asiento mirando hacia atrás.

Era un niño muy lindo, muy peinado y una sonrisa juguetona. Cuando me sorprendió mirándolo a los ojos levantó su mano y me saludó. Para mí era casi ley contestarle el saludo a un niño.

Recordé la noche anterior, antes de que Lucio llegara, cómo imaginaba una vida con él, una familia. Me atreví a recordar de nuevo, y mi corazón se llenó de calor y alegría.

*“Habría sido lindo,”* pensé.

Recordé cuando hablé con él en su restaurante. Cómo me hizo reír, cómo me dio seguridad, cómo me dio mi espacio y mi lugar. Pero sobre todo esa mirada suya, esa mirada que creo desde entonces me enamoró.

*“Voy a morir hoy,”* me recordé a mí misma, y sentí un punzón en mi pecho que me impidió respirar unos momentos.

Oí unas risas a mi lado. Era una pareja de adolescentes que se susurraban cosas que tenían a la chica de mil tonos de rojo y al chico con una mueca traviesa. Él tenía su mano demasiado cerca del final de la falda que traía puesta la niña, y ella no parecía tener intenciones de detenerlo.

Vino a mi mente aquella noche en el Hotel Renacimiento. Una noche en que nos amamos como nunca habíamos amado, o al menos yo nunca había amado a un hombre como aquella noche.

Un hormigueo en mi piel me recordó el roce de sus manos sobre mi piel, su nariz cuando aspiró el aroma de mi cabello y sus labios y lengua al saborear mi piel.

¡Cómo supo dónde tocar y cómo tocar para elevarme hasta el cielo! Recordé sus besos en mis labios, devorando mi alma y yo la suya, y me estremecí. Lo que hubiera dado por un último beso suyo.

Lloré en ese momento. *“Estábamos hechos uno para el otro,”* pensé, quitándome las lágrimas de mi mejilla.

—¿Estás bien, hija? —preguntó la señora de avanzada edad sentada al otro lado de mí.

Le sonreí. —Estoy... bien.

Ella sacó de su bolso unos pañuelos desechables. Reí y lo cogí cuando me lo ofreció. —¿Problemas con tu novio? —preguntó la señora.

Reí y me limpié otra lágrima que escapó de mi ojo. —¿Es tan obvio?

—¿Quieres hablar sobre ello, querida?

Me le quedé viendo. —No quisiera molestarla con mis problemas.

Ella resopló con una sonrisa y de un brinco se pasó a mi asiento. —No es molestia, querida —dijo con una tierna sonrisa.

Reí todavía más. —¡Pero si no la conozco!

—Puedo ver que es algo que necesitas sacar de tu sistema —dijo con esa sonrisa cálida de abuelita—. Además, ni que vaya de cotilla con tus amigas o tu suegra o con quien sea que pudiera importar en tu vida si ni siquiera nos conocemos. A veces un oído extraño puede ser una bendición.

Moví la cabeza de lado a lado. —Tuvimos una... discusión —dije, resignada a no poderme quitar a la abuelita de encima.

—¿Con tu novio?

—No somos novios —dije alzando la mirada y negando con la cabeza. Cogí mi muñeca con mi otra mano y las descansé encima de mis muslos.

—¿Quisieras que fueran?

Me quedé mirando hacia enfrente. —No lo sé —dije—. Me habló muy feo

anoche.

—¿Sabes por qué?

Sacudí la cabeza. —No importa.

—¡Hija, claro que importa! —giré a verla— Los hombres se toman muy a pecho los problemas, y a veces desahogan esa frustración con la gente cercana a ellos, casi siempre con la mujer que aman. No es lo ideal, pero así son las cosas.

—Ya tuve una relación con un hombre así —dije—. Juré no volver.

La anciana rio. —Querida, todos los hombres son así. Solo que algunos son más fuertes para aguantar la carga de sus problemas. Dime, lo que le pasó anoche a tu chico, ¿fue algo terrible o fue algo que pasa todos los días?

—Supongo que no es algo que pase todos los días —dije encogiéndome de hombros. Lucio y Renata eran policías y todos los días ponían su vida en riesgo, pero no han de terminar seguido en el hospital—. Fue bastante feo.

—¿Y tu novio?

—No es mi novio.

—Tu novio —insistió, no pude más que sonreír— ¿Reacciona así siempre?

Me quedé pensando unos momentos. Recordé cuando me salvó la vida. Todo pasó tan rápido, pero se me quedó grabado lo calmado y decidido que estaba Lucio en todo momento. Incluso cuando le leyó sus derechos a ese tipo que intentó matarme.

Imaginé cómo hubiera reaccionado Pedro, y estoy segura de que hubiera matado a ese tipo con sus propios puños. Lo mismo hubiera hecho mi padre. Pero Lucio no.

Hasta la noche anterior había visto a Lucio siempre en control de sí mismo.

—No —dije—. Lo de anoche fue... Una situación única.

La anciana puso su mano encima de las mías. —Deja adivino —dijo ampliando su sonrisa—. Dijo cosas que te hicieron sentir mal.

—Me mostró un lado de él que no me gustó para nada.

—Bueno, querida, solo a los masoquistas les gusta verle el lado enojado a sus parejas, y tú no pareces ser una masoquista.

Solté una risita. —No, no lo soy.

—¿Y lo que dijo fue tan terrible? —insistió— ¿No puedes atribuirlo a algo que se dio en un momento en que cualquiera hubiera explotado como él?

Sacudí mi cabeza. —No fue lo que dijo, sino lo que implicó.

La abuela soltó una risita simplona. —Hijita, los hombres no hablan con indirectas. Más bien tú sacaste una conclusión que seguro no era lo que él quería decir. Los hombres no son psíquicos, cariño. Son lo más distante a ello posible.

Mi loro se comunicaba mejor que mi esposo, que en paz descanse.

Moví mi cabeza. —Ya es tarde para ello —dije, viendo a la distancia el panorámico del motel.

—Lámalo —dijo la abuela—. Solo es tarde si estás muerta. Si amas a este hombre en lugar de ponerte como te pusiste deberías apoyarlo en su momento difícil. Ya después le exiges que te compense con una cena y una cita, y quizá un pedazo de joyería muy muy caro.

Miré hacia abajo. —No tengo mi móvil.

—Bueno, ¿sabes su número?

No lo sabía, pero traía en mi bolso su tarjeta. Asentí.

La anciana sacó su móvil de su bolso y me lo entregó. —Te lo presto, cariño.

—Señora, no podría.

—¡Tonterías! —me dio una palmada en la espalda— Soy una romántica empedernida. Llama a tu muchacho y dile que lo amas. Me harías el día.

Vi los números en la pantalla de su móvil. Apreté mis labios y saqué la tarjeta de Lucio de mi bolso. Marqué su número, pero dejé mi pulgar encima del botón para llamar.

Respiré profundo, lo presioné, y pegué el auricular a mi oreja.

Solo tenía unos segundos, minutos quizá. Ya casi llegaba a mi parada.

Mi corazón estaba por salirse del pecho, y apenas estaba a punto de respirar profundo para tratar de tranquilizarme cuando contestó.

—¿Diga? —preguntó apurado.

Me quedé callada unos momentos. Cerré mis ojos. —¿Lucio?

Escuché en la bocina el rechinar de llantas cuando un coche frena de repente.

—¡Fernanda! —gritó — ¿Dónde estás? ¿Por qué no...?

Sonreí al escuchar su voz. Quizá ya sabía que me había escapado. No podía decirle dónde iba. No iba a poner en peligro la vida de Claudia, ni la de él, ni la de nadie más.

Pero no iba a vivir los pocos minutos que me quedaban con remordimiento.

—Te amo, Lucio —dije con la mayor sonrisa de mi vida.

—¡Fernanda! —gritó. Separé el móvil de mi oído y colgué la llamada. Sabía que llamaría de nuevo, por lo que apagué el móvil.

El autobús se detuvo. Miré por la ventana la parada y luego al otro lado, cruzando la calle, vi la entrada al Motel La Villa de Oro.

—Aquí tiene —le dije a la señora al entregarle su móvil—. Muchas gracias, señora.

Ella me cogió la mano y me sonrió. —Dios te bendiga, hija. Suerte.

Sonreí, y seguí sonriendo mientras bajaba del autobús. Vi el autobús alejarse y a la gente irse de ahí. Yo me apoyé en un poste de luz, mirando las letras encima de la entrada a los diversos garajes del motel.

Asentí, luego me erguí, alcé el mentón, y caminé hacia el motel, lista para afrontar mi destino.

## Capítulo 28.

*Lucio*

—¡Contesta, maldita sea! —grité con el móvil al oído cuando la llamada entró de nuevo directo al buzón de voz.

Era el segundo intento al número del que me había llamado Fernanda. Golpeé el tablero del coche y grité.

Cogí el micrófono del radio en mi coche. —¡Central, aquí Tres David Cinco, necesito un rastreo inmediato de un número!

¡Cómo se me hizo largo el segundo que tardaron en contestarme!

—Tres David Cinco, adelante con su número —dijo la muchacha de la central.

Miré mi registro de llamadas. —Cinco, siete, uno, cuatro, uno, dos, nueve, tres, tres, uno. ¡Repita!

—Tres David Cinco, confirmamos: Cinco, siete, uno, cuatro, uno, dos, nueve, tres, tres, uno.

—¡Confirmo! —grité, y colgué el micrófono de nuevo.

—Un momento, Tres David Cinco —dijeron, y yo apreté mi agarre del volante del coche mientras esperaba—. El teléfono se encuentra apagado. La última torre con la que su señal fue captada fue la del sur oriente de la ciudad.

Agaché mi cabeza, apreté tan fuerte como pude mis ojos y asentí.

—Entendido, central —dije al radio.

Miré el número en la pantalla de mi móvil, y alguna fuerza misteriosa me forzó a desbloquear la pantalla, navegar al listado de mis llamadas recientes y seleccionar aquel número.

—La tercera es la vencida —murmuré al tocar el ícono de llamada junto al número—. Dios, por favor, te ruego que conteste.

Suspire y eché mi cabeza para atrás cuando no entró directo al buzón de voz. Cada timbre aumentaba el tamaño de mi sonrisa al punto que tuve que aguantar una carcajada.

“Contesta,” pensé. “Maldita sea, contest...”

Escuché el clic que señalaba la contestación de la llamada.

—¡Fernanda! ¡Fernanda! —grité.

—Disculpe, joven —dijo la voz de una viejita asustada—, se equivocó de...

—¡No! —grité y tuve que aguantar la carcajada.

“*¡Era obvio!*” pensé. “*Usó un móvil prestado y luego lo apagó.*”

—Lo lamento, hijo...

— No, no, no —dije, negando con la cabeza—. Señora, lo siento, pero recibí una llamada de...

—¿Una jovencita?

Mi corazón estuvo por salir volando de mi pecho. —¡Sí! —grité— Quisiera hablar con ella, por favor.

—Cariño, se bajó del autobús hace unos minutos.

Separé el móvil y lo apreté tan fuerte que no me habría sorprendido si se rompiera. Gruñí y volví a ponerlo contra el oído.

—Señora, habla el detective Lucio Castillo del departamento de policía —le dije con tanta calma como pude—. Necesito saber en qué calle se bajó y a qué altura.

—¡Dios, santo! —dijo— Se veía tan buena muchacha. ¿Acaso está en problemas?

—Sí, señora —dije tratando de aguantar las ganas de gritarle y asustarla—. Se ha metido en un mundo de problemas. La está buscando una persona muy peligrosa y su vida corre peligro.

—¡Cielo santo!

—Por favor, dígame en dónde bajó del autobús.

—En la bajada junto a la central de transporte público.

—¿La vieja estación de autobuses?

—Sí.

—Gracias, señora.

Colgué la llamada y visualicé el lugar. La central de transporte público era grande, pero al menos ya teníamos un área de búsqueda lo bastante pequeña para tener oportunidad de encontrarla a tiempo.

“*¡Hostia!*” pensé al orientarme respecto a aquel lugar. “*¡No estoy lejos!*”

Pisé el acelerador, encendí las luces y la sirena integradas a mi coche y manejé tan rápido como pude.

Cogí el radio y estuve por llamar a Patricia. “*¿Pero y si no está?*” pensé. “*Almeida podría haberle pedido que subiera a otro autobús. ¡Podría estar en cualquiera!*”

Mi corazón estaba por romper mis costillas y salirse del pecho. Hiperventilaba cada que me acercaba a coches que iban mucho más despacio

que yo.

Golpeé el claxon cada que me acercaba a cruceros, anunciando que iba a pasar. Fue un milagro que no chocara con nadie pues en ningún momento pisé el freno al pasarlos.

Al llegar al semáforo a escasas cuerdas de aquella parada de autobús noté un atasco de mi lado de la carretera.

Pero no del sentido contrario.

Empujé el acelerador hasta el fondo, y me trepé al carril del otro sentido, y agradecí mi suerte de solo tener que esquivar un par de coches muy espaciados entre ellos.

—Tres David Cinco, adelante —llamó la central por la radio.

Cogí el micrófono. —¡Aquí Tres David Cinco, solicito apoyo para búsqueda de testigo clave en una investigación, sujeto en probable peligro de muerte!

Alcancé a ver la parada de mi lado de la calle. —¡El último avistamiento fue la central de transporte público en la calle Wilbur! ¡Sujeto responde al nombre de Fernanda Ontiveros, mujer, veintitantos años de edad!

—Entendido, Tres David Cinco —dijeron en la radio—. Todas las unidades cercanas, por favor respondan.

Escuché las patrullas cercanas anunciar que venían en camino. Pisé el freno fuerte, deslizando mi coche hasta detenerme junto a la banqueta de la parada del autobús.

Salí del coche y miré a mis alrededores en busca de alguna cabellera que pudiera reconocer. Sacudí mi cabeza y miré a la gente que estaba esperando el autobús y me miraban asustados.

—¡Policía! —dije, mostrándoles mi placa— ¿Han visto a una mujer joven, delgada, de corta estatura...?

*“Coño, ni siquiera sé cómo está vestida,”* pensé al ver que nadie contestaba.

Mi rostro se iluminó al recordar la foto que le tomé cuando comía pizza. Saqué el móvil y mostré la pantalla a todas las personas que se atravesaban en mi camino.

Nadie la había visto.

Entré a la vieja estación y miré a los alrededores. Encontré a un guardia de seguridad en la entrada a quien le enseñé la foto de Fernanda.

No la había visto.

—¡Vamos! —grité desesperado.

Salí y puse mis manos en las caderas mirando hacia enfrente. Noté el motel barato conocido por ser un nido de drogadictos.



—¿Puede mostrarme esa foto? —preguntó un hombre sentado en el suelo junto a la entrada a la central.

Asentí y corrí al lado de aquel muchacho.

—Sí, la vi —dijo.

—¿A dónde fue?

—La vi cruzar la calle —apuntó hacia el motel.

Miré en aquella dirección. —¿Cuándo?

—Unos cinco o diez minutos.

“*Cinco o diez minutos,*” me repetí en mi cabeza mientras miraba en aquella dirección.

Crucé la calle sin mirar a los lados. De puro milagro no me arrollaron.

Encontré el vestíbulo y solo vi al recepcionista detrás del mostrador leyendo una revista.

Saqué mi placa y caminé hasta él. —Policía —él bajó la revista y se puso de pie cuando me vio—. Necesito saber si entró esta mujer hace unos minutos —le mostré la foto en mi móvil.

Él rio y puso sus manos en el mostrador tras ver de reojo la pantalla. —Oficial, aquí entran mujeres todo el tiempo y todas se ven iguales.

—Dije en los últimos minutos —le recalqué, también poniendo mis manos en el mostrador e inclinándome hacia él.

—Mire, amigo, si no trae una orden...

—¡Su vida podría correr peligro! —exclamé y golpeé el mostrador— ¿La ha visto o no?

—¡Lárguese de mi local y no vuelva sin una...! —gritó apuntándome a la puerta.

—¡La vieron dirigirse aquí! —le grité apuntándole con el dedo índice a su rostro.

—¡¿Está sordo?! ¡Le dije que sin orden...!

No tenía tiempo para eso. Rodeé el mostrador, cogí al recepcionista del hombro y lo estrellé contra la mesa mientras le juntaba las manos detrás de la espalda. —Queda arrestado por obstrucción de justicia, conspiración para cometer un crimen y cómplice de asesinato.

—¡¿Asesinato?! —gritó el recepcionista, retorciéndose de dolor.

Bajé mi cabeza a un lado de la suya. —¡Del de esa mujer si no me dices lo que necesito saber! —grité.

—¡Está bien! —lo solté— Preguntó por la habitación quince.

—¿Quién está en la habitación quince?

—No lo conozco —dijo, sentándose en la silla y frotándose la frente—. Un hombre de cara de pocos amigos y cabeza rasurada.

“Ay no”, pensé, respirando por la boca. Abrí la foto en el móvil que tenía de Santos Almeida y se la mostré.

—¡Sí! ¡Ese! —dijo.

Cogí el teléfono del mostrador y marqué a Emergencias.

—Emergencias, ¿en qué...?

—¡Habla el detective Lucio Castillo, clave Tres–David–Cinco! —respiré profundo y miré hacia la ventana que daba al aparcamiento.

—Adelante, detective.

—¡Solicito apoyo táctico en el Motel Villa de Oro para posible situación de rehenes! ¡Sospechoso es Santos Almeida! ¡Repito, sospechoso es Santos Almeida!

—Recibido, detecti...

Solté el teléfono y salí de ahí tan rápido como mis piernas me permitieron. Vi los números en las habitaciones mientras atravesaba el aparcamiento.

—Siete... Ocho... —conté, siguiendo con la mirada el rumbo hacia donde incrementaba la numeración.

Enfoqué mi atención en el número quince en la puerta hacia la que me dirigí. Saqué mi arma, me detuve frente a ella y la abrí de una patada.

Mi corazón se detuvo cuando vi a Santos Almeida apuntándole su arma a la cabeza de Fernanda. Él giró en cuanto me vio y yo apunté en su dirección.

Pero él fue más rápido. Estiró su otra mano hacia Fernanda, cogiéndola del cuello y la tiró hacia él para luego ponerse detrás de ella y apuntar su pistola hacia mí.

Di un salto hacia atrás y luego a un lado justo a tiempo para evitar el impacto de los dos disparos que hizo.

—¡Lucio! —gritó Fernanda.

## Capítulo 29.

*Lucio*

—¡Santos Almeida, baja el arma y ríndete! —grité, apoyando mi espalda junto a la puerta y listo para apuntar y disparar.

—¡Detective! —dijo Almeida— ¡¿Esta perra les habló?! ¡No te dije lo que pasaría si le hablabas a la policía!

—¡Lucio! —gritó Fernanda. Mi corazón se hundió, mi garganta estaba hecha un nudo y miles de pensamientos abrumaron mi mente en ese momento tratando de buscar una solución.

—¡Cállate, estúpida! —gritó Almeida, y Fernanda soltó un alarido de dolor. Lo imaginé presionando el cañón de su revolver contra su cabeza, y el semblante aterrado que tendría—. ¡Si entras ella muere!

—¡No tienes salida, Almeida! —grité, mirando hacia la puerta abierta.

—¡Voy a salir, y si me siguen ella muere!

—¡No puedo dejarte hacer eso!

Enfoqué mi atención en la lámpara que tenía a la vista en la mesa. Acerqué mi cabeza un poco al marco, tratando de ver en qué lugar de la habitación se encontraba.

Un disparo impactó cerca de mí y tuve que dar un paso atrás. Al menos alcancé a verlo junto a la cama.

Vi una patrulla entrar al aparcamiento con las luces encendidas y la sirena sonando. Detrás de ella llegaron dos más, y luego otras más.

—¡No iré a la cárcel, detective! —gritó Almeida, abriendo fuego desde dentro de la habitación hacia la primera patrulla, que ya estaba a la mitad del aparcamiento.

Se frenó, igual que todas. Los patrulleros se bajaron, escudaron detrás de sus vehículos y apuntaron sus armas hacia la habitación.

—¡No disparen! —agité mis manos para llamar su atención— ¡Tiene un rehén!

—¡Si se acercan la mato! —gritó Almeida— ¡Diles que se queden atrás!

—¡Esto solo termina de una de dos maneras, Almeida! —miré hacia el marco y abrí mi ángulo despacio para ver mejor dentro de la habitación— ¡O te

matamos, o te entregas! ¡No hay una tercera opción!

—¡Lucio, ayúdame! —gritó Fernanda con voz quebrantada.

Sabía que lloraba, y eso me llenó de fuego el estómago. Alcancé a ver en un espejo de muro dentro del cuarto que Almeida estaba contra la pared, sosteniendo a Fernanda del cuello y apuntándole con su pistola a la cabeza.

Vi llegar el transporte de las Fuerzas Especiales. Las primeras personas que bajaron fueron Patricia y el jefe Pineda. Saqué mi móvil y le escribí un texto tan rápido como pude.

—Saca un rifle y dispárale.

La observé mientras leía mi mensaje. Me miró, asintió y fue al transporte por el rifle de francotirador más grande que había visto.

—¡Déjala ir, Almeida! —grité— ¡Ella es inocente!

—¡Tú no estás en condiciones de exigir nada! ¡Aquí se hace lo que diga yo! Se le oía desesperado. Él sabía que no tenía salida.

Patricia se trepó encima del transporte, se acostó boca abajo y apuntó el rifle. Entrecerré mis ojos esperando a que disparara.

No lo hizo. “*¿Por qué no dispara?*” pensé.

Mi móvil vibró. Lo saqué y leí un mensaje de Patricia.

—No tengo tiro. Rehén estorba.

Respiré profundo y miré hacia arriba.

—Ahí te voy, San Pedro —susurré y asentí— ¡Almeida, voy a entrar! —grité.

—¡Si lo haces te mato!

Cerré mis ojos y apreté mis párpados tanto como pude. Estiré mi mano hacia la puerta, mi palma apuntando al suelo, y sosteniendo mi arma sin mi dedo en el gatillo.

“*No me disparó,*” pensé tan aliviado como se podía estar. “*Bien.*”

Solté mi pistola, y dejé mi brazo estirado.

—Voy a entrar, Almeida —dije, poniendo mi otra mano a la vista de él, despacio—. No estoy armado. Solo quiero hablar.

Pasé al umbral de la habitación con las manos arriba.

Ahí estaba ese hijo de puta escondido como un cobarde detrás de Fernanda.

La pobre tenía el rostro empapado en lágrimas, aferrándose a la mano de Almeida y temblando por la pistola pegada a su sien.

Había otra complicación: su amiga estaba inconsciente a un lado de la cama. Noté que su pecho subía y bajaba. “*Al menos parece estar viva.*”

—Déjala ir, Almeida —dije, mirándolo a los ojos asomándose por encima del hombro de Fernanda. Caminé pegado a la pared opuesta, manteniendo su

atención en mí, pero el desgraciado no giraba su cuerpo, solo su cabeza.

—Un policía es mejor ficha de cambio que una civil —le dije.

—Admiro sus cojones, detective Castillo —dijo, aspirando del cabello de Fernanda—. Siempre he querido saber: ¿ustedes se arriesgan por cualquiera? ¿O lo hace porque esta vieja tiene uno de los culos más ricos que he visto?

—Déjala ir, Almeida —dije, luego miré los ojos de Fernanda—. Todo estará bien, cariño.

—¡Ahora no es momento de ser héroe, detective! —dijo Almeida— Ella ya sabe que nada saldrá bien, igual que usted.

—Y tú también lo sabes —le miré a los ojos—. La detective que atacaste anoche te identificó.

Vi un punto de luz roja en la pared detrás de Almeida. Me pareció raro que parpadeara pues Patricia no usaría equipo defectuoso. Noté un patrón: me decía con código morse las palabras “no tiro.”

Él respiró profundo. —Era una perra muy brava y dura —dijo, asintiendo.

—Vas a la cárcel, Almeida —le dije. Apreté mis labios y tragué saliva. Necesitaba hacerlo cambiar de posición—, pero todo puede ser más fácil para ti si te entregas.

Vi a Fernanda y noté el moretón en su mejilla. La luz roja de la mira de Patricia parpadeó de nuevo.

—Rehén estorba —decía—. No tiro.

*“Mientras Almeida tenga esa pistola apuntada a ella no se arriesgará a disparar.”*

—¿Te sientes muy hombre, con una mujer de rehén? —dije.

Fernanda abrió la boca en sorpresa, y Almeida entrecerró los ojos.

—¿Qué coño me dijiste?

—Eres un cobarde, Almeida —bajé las manos y sonreí— He oído que eres un verdadero hijo de puta, de esos que se supone dan miedo. A mí no me das nada de miedo. Para mí no eres más que un loco sin cerebro que solo da miedo a las mujeres y a los niños.

Almeida frunció el ceño, y apretó su agarre del cuello de Fernanda. —¿Quieres que le vuele los sesos a esta puta?

—¡Y sigues amenazándola a ella! —grité riéndome— Hasta un retrasado sin cerebro podría hacer eso. ¿Por qué no apuntas tu arma a un hombre de verdad? ¿Acaso puedes hacer eso? ¿O solo puedes maltratar mujeres y niños?

Él estaba furioso, se le notaba en su mirada.

—A mí nadie me habla así... —dijo Almeida, entonces giró su cuerpo hacia

mí, empujó a Fernanda hacia abajo, y apuntó su arma en mi dirección—. Despidete de tu héroe, chiquita.

—¡Lucio! —gritó Fernanda.

—Te amo, Fernanda —le dije, entrecerrando mis ojos, preparándome para recibir el disparo.

Oí un estallido de afuera, y al mismo tiempo vi la cabeza de Almeida explotar. Pero él ya estaba apretando el gatillo, y la repentina tensión en su cuerpo le hizo disparar su arma.

La bala impactó en mi pecho tan fuerte que me desplomé hacia atrás, estrellándome contra la pared para luego caer al suelo.

—¡Lucio! —gritó Fernanda, y ni un instante después ya estaba encima de mí cogiéndome del rostro— ¡No me hagas esto! ¡No me hagas esto!

—¡Putísima madre, cómo duele! —grité, abriendo mi camisa y poniendo mis manos encima de mi chaleco antibalas, sintiendo la abolladura donde fue el impacto de la bala. Había sido como si el hombre más fuerte del mundo me hubiera acomodado un batazo con todas sus fuerzas en mi pecho.

Fernanda se soltó riendo, cogiéndome las manos con las suyas, pero luego frunció el ceño y me acomodó la cachetada más dolorosa de mi vida. —¡Eres un estúpido! —gritó al soltarse llorando al mismo tiempo que sonreía.

Estiré mi mano y le froté las mejillas. En ese momento entraron un par de policías con rifles de asalto y uno de ellos giró hacia mí.

—¡Oficial caído, requerimos paramédicos! —gritó.

—Estoy bien, muchachos —dije, tratando de ponerme de pie, pero Fernanda me empujó hacia el suelo impidiéndome hacerlo.

—Espérate a que te revisen —dijo—. Podrías tener una costilla rota.

—Mujer, yo...

—¡Que te esperes! —dijo, cogiendo mi mano y apretándola.

Sonreí. —Sí, cariño.

—¡Necesitamos paramédicos! —gritó uno de los policías. Fernanda y yo giramos y vimos al policía arrodillado junto a Claudia.

—¡Clau! —gritó Fernanda, apurándose hacia su amiga.

Después de un par de sacudidas su amiga abrió los ojos. —¡Fer! —exclamó Claudia, llorando a cántaros.

—¡Ya se acabó! ¡Ya se acabó! —exclamó Fernanda, abrazando a su amiga.

—¡Lucio! —gritó Patricia al entrar a la habitación.

—¡Aquí, capitana! —dije, levantando la mano mientras el paramédico que entró junto con ella me quitaba el chaleco antibalas— ¡Qué tiro, mujer!

—Tú debes ser Fernanda —dijo Patricia, acercándose a ella—. Sabes, Lucio suele tener mejor criterio que meterse a la habitación con un sospechoso armado luego de entregar su arma. Debes ser una testigo muy especial.

—Sabía que me cuidabas las espaldas —dije con una sonrisa.

—¿Pero cómo se te ocurre hacerlo que te apuntara con su arma? —gritó, estampando sus pisadas en mi dirección hasta estar parada junto a mí.

—¡Te di el tiro que necesitabas!

—¡Muchacho, si fuera tu capitán pasarías lo que queda del año poniendo multas de parquímetros! —regañó Patricia— ¡Lo que hiciste fue la cosa más estúpida que he visto en toda mi carrera!

El paramédico me dio una palmada en el hombro. —Necesitamos tomarle una radiografía para descartar alguna costilla rota —dijo.

—¿Ves?! —dijo Fernanda, cruzándose de brazos.

—Claro, chicos, claro —dije, poniéndome de pie con ayuda de él. Vi a Fernanda, y nuestras miradas se cruzaron. Caminé hacia ella, la cogí de la cintura, y le planté un beso.

Ella gimió cuando me lo correspondió, y arrojó sus brazos alrededor de mi cuello para luego cogerme de la cabeza y tirarme con todas sus fuerzas hacia ella.

## Capítulo 30.

*Fernanda*

—¡Vaya aventura la que viviste, Fernanda! —dijo el doctor mientras hablábamos por el móvil— ¡Yo también pediría todos mis días de vacaciones!

Miré a Claudia, que conducía hacia el hospital donde tenían internada a Renata. Ella me mostró su pulgar apuntando hacia arriba y preguntándome con su expresión si habían aceptado mi solicitud de vacaciones.

Le sonreí y asentí, y ella solo sonrió.

—Creo que también ya necesitaba el descanso, doctor —le dije.

—Tú relájate, Fernanda —dijo el doctor—. ¡Y diviértete! Tras toda la mierda que has vivido vaya que lo mereces.

Colgué la llamada y suspiré. —Listo —le dije a Claudia—. Gracias por llevarme, amiga.

—Salvaste mi vida —dijo con una sonrisa—. Es lo menos que puedo hacer.

—Yo no te salvé.

—¡No conozco nadie que se hubiera arriesgado por mí como lo hicieron tú y el detective Niño Bonito! —dijo Claudia— Si no estuvieran tan enamorados ya le estaría mostrando mi agradecimiento de otras maneras.

—¡Claudia! —le reclamé entre risas.

—¿Qué? —dijo al ampliar sus sonrisa— ¿Vas a decirme que no se lo has agradecido con todas tus fuerzas desde que nos salvó la vida? No olvides que los muros de la casa son delgados.

Seguimos conduciendo un rato entre risas, y cuando llegamos a un semáforo en rojo ella estiró su brazo hacia mí y cogió mi blusa blanca de Hello Kitty.

—Pedro no te habría dejado usar una blusa tan ajustada —dijo Claudia con una mueca burlona.

—¿Está muy apretada?

—En realidad no —dijo con una sonrisa—. Acentúa de manera perfecta tus atributos y te hace ver más sexy.

Sonreí y suspiré. —Sabes, no sabía lo que me estaba perdiendo de estar con un hombre que me hiciera sentir atractiva sin importar lo que me pusiera—dije, mirándome al espejo y ajustándome el cabello.



—Ay, chica, esos son de los mejores.

—Te juro que no importa lo que me ponga él siempre me mira como si...

—Fueras la mujer más hermosa del mundo.

Sonreí al mirarme a los ojos en el espejo. —Sí, así mismo.

—Te encontraste a uno bueno —dijo—. Aunque sea un policía.

Llegamos al hospital y vi a mi Lucio esperando afuera de la puerta al vestíbulo.

—¡Joder, sí que se ve bien ese hombre en vaqueros! —dijo Claudia al bajarse los lentes de sol un poco.

—Y se ve mejor sin ellos —le dije cuando detuvo el coche.

—¡Demonios, chica! —dijo entre risas Claudia.

Bajamos del coche y ya tenía a Lucio cogiéndome de la cintura y acercándose a él.

—Hola, cariño —murmuró antes de besarme.

—¡Oye, puedes esperar a comértela más al rato! —gritó Claudia cuando nuestro beso estaba volviéndose más intenso.

Lucio y yo reímos cuando nos separamos. Ella le entregó las llaves del coche. —Su maleta está en la cajuela, chico —dijo.

Lucio sonrió y fue a bajar mi maleta mientras Claudia y yo nos abrazábamos fuerte.

—Nos vemos en unas semanas —le dije.

—Tomas muchas fotos, chica.

Lucio cogió mi mano mientras veíamos a Claudia irse. Suspiré cuando lo miré a los ojos y vi ese destello en su mirada que me hizo sentir que me había extrañado tanto como yo lo había extrañado a él, a pesar de solo haber pasado algunas horas separados.

—¿Lista? —preguntó.

—Vamos.

Caminamos cogidos de la mano hacia los ascensores y subimos al piso de recuperación.

Cuando recorriamos el pasillo hacia su habitación escuchamos un par de gritos demasiado agresivos que no podían pertenecer a una mujer en recuperación.

Al entrar a la habitación vimos a Patricia sentada en la silla junto a la cama y a Renata estirando su mano sana hacia la tele mostrándole el dedo medio.

—Está jugando su equipo —me susurró Lucio, y yo dejé salir una risita.

—¡¿Viste eso?! —gritó Renata— ¡¿Cómo falló esa?!

Pero Patricia solo estaba moviendo la cabeza de lado a lado. —Si vuelve a venir el doctor a regañarte...

—¡Eh, chicos! —gritó Renata al vernos.

—¿Quién va ganando? —preguntó Lucio entre risas.

Renata resopló y apuntó a la televisión. —¡¿Tú quién crees?! —dijo antes de sentarse en la cama y abrazar a Lucio.

—No nos íbamos a ir sin despedirnos —dijo Lucio.

—Te hubiera colgado de los huevos si lo hicieras —dijo Renata. Luego lo empujó y giró a verme.

—Tú —dijo, apuntándome con su dedo a mi rostro.

—¿Yo?

Me hizo una seña que me acercara. Lo hice, y cuando estaba cerca cogió mi mano, me tiró hacia ella y me dio un abrazo mucho más fuerte que el que esperaba sentir de una mujer de su complexión y en su condición.

—Cuidas a mi muchacho —me dijo al oído.

—Si se deja cuidar, sí.

—¡Es en serio! —exclamó Renata, apretándome aún más— El pobre no podría nadar en una alberca infantil ni aunque su vida dependiera de ello.

—¡Dijimos que no hablaríamos de eso! —dijo Lucio.

—¿Cómo te ahogas en una alberca infantil? —pregunté entre risas mirando a Lucio.

Él miró a Renata con ojos entrecerrados, y ella solo sonreía como niña pequeña que acababa de hacer una travesura. Luego su rostro se arrugó y de sus ojos escaparon varias lágrimas cuando sonrió. —Hasta que te amarran, tarado —dijo con voz quebrada.

Lucio cogió mi mano. —Hasta que me amarran.

Vi de reojo la hora en el reloj de la habitación. —Tenemos que irnos, amor —le dije.

—¿Oíste eso? —dijo Lucio dando saltos como niña pequeña— ¡Me dijo amor!

—¡Ay, ya lárguense y déjenla descansar! —dijo Patricia tras rodear la cama y sacarnos a empujones de la habitación.

—¡Me traen un recuerdo! —gritó Renata.

No paramos de reír en todo el camino fuera del hospital. Me solté el cabello antes de que subiéramos a su coche. Él se quedó mirándome luego de encender el motor.

—¿Qué? —exclamé.

No dijo nada. Solo cogió mi mano y la apretó un poco para luego soltarla y coger la palanca de velocidades. Puse mi mano encima de la suya y no la quité de ahí en todo el camino.

Llegamos a su casa y abrió la puerta para que pasara. Al entrar noté la enorme sala que tenía, los cuadros de fotos con su familia colgados de la pared, y la gigantesca televisión en la esquina de la sala.

—Ya sabes que estás en tu casa, cariño —dijo, cogiéndome de la cadera antes de darme un beso en la frente—. Llama un taxi mientras preparo mi maleta.

—¿Todavía no la tienes lista? —le regañé al mismo tiempo que le daba una nalgada.

—¡No tardo nada!

—¡A mí me tomó toda la noche preparar mi maleta! —le dije.

—Mujeres —dijo Lucio negando con la cabeza—. Se complican demasiado la vida.

Estaba negando con la cabeza mientras miraba alrededor de su casa. A mi izquierda estaba la cocina, y vi los recibos de la luz y el agua pegados al refrigerador con un imán. Abrí la aplicación de taxis en el móvil, ingresé la dirección de los recibos y pedí uno.

—Tienes diez minutos antes de que llegue el taxi por nosotros —dije con tono amenazante.

—¿Solo diez? —escuché a Lucio decir desde su habitación— Si me apuro quizá alcancemos un rapidito antes de...

—¡Lucio! —le grité antes de morderme el labio.

Caminé alrededor de la casa. No sabía explicarlo, pero era como si la casa tuviera la misma energía que Lucio: Alegre, enérgica, ligera.

Me crucé de brazos y miré todas las fotos colgadas en la sala, al igual que algunas en el pasillo que daban hacia su habitación. En todas estaba Lucio sonriendo, al igual que sus padres.

Escuché pasos a mi lado, y al girar encontré a Lucio saliendo de su habitación con un maletín de ruedas.

—No me canso de ver tus fotos —dije.

—¿De verdad? —dijo al acercarse— Las has visto cuando has pasado la noche aquí.

—No me canso —le dije con una sonrisa—. Amo que hayas tenido una grandiosa familia.

—Y yo amo que te vayas a ver deslumbrante en traje de baño.

Me solté riendo y negué con la cabeza. —Tendremos que comprar uno

porque no tengo —dije.

—No es ningún problema... —Lucio me cogió de la cintura y yo puse mis manos en su pecho mientras miraba sus ojos de cachorrito—. Eso lo podemos solucionar.

—A menos que sepas de una playa nudista —dije, alzando las cejas y sonriendo.

Lucio entrecerró los ojos. —No te atreverías.

Miré su cuello, y seguí bajando la mirada hasta la apertura de su camisa, alcanzando a ver la separación de sus músculos pectorales y los vellos de su pecho. —Estos días he estado haciendo cosas que jamás haría.

—Eso suena bastante bien.

Cerré mis ojos, y sentí un par de lágrimas salir de mis ojos.

—¿Qué tienes, cariño?

—¿Es esto un sueño, Lucio? —pregunté sin abrirlos.

Cogió mi mentón con su dedo, y lo empujó con ternura hacia arriba para darme un beso lento.

—No —susurró—, no es un sueño.

Cuando sus manos llegaron a mis nalgas y las apretó supe que quería cargarme. Di un salto y le abracé la cintura con mis piernas, luego él giró y nos estrellamos contra la puerta de su casa.

—¿Podemos hablar de ese rapidito? —preguntó Lucio.

—Menos palabras, más... —dije.

Un claxon afuera de la casa nos hizo detenernos. Lucio se asomó rápido por la mirilla de la puerta y gruñó.

—Debí empacar más rápido —dijo entre risas.

—Debiste empacar desde anoche —le dije con una sonrisa, bajando mis piernas antes de darle una nalgada.

## Capítulo 31.

*Fernanda*

Tras viajar todo el día bajamos del taxi que nos llevó del aeropuerto hasta nuestro hotel. Lucio subió los escalones hacia el vestíbulo, pero yo quedé boquiabierta al ver el océano tan cerca y la puesta de sol brillando de una forma magnífica.

La brisa fresca de primavera acariciaba mi rostro igual que mi amado Lucio, y el sonido de las olas era tan hipnótico y relajante como las grabaciones que había escuchado.

El sol a la distancia emanaba tonalidades de naranja, azul, violeta y amarillo que me dejaron anonadada y sin aliento.

—¿Te gusta la vista? —preguntó, abrazándome por atrás.

—Es increíble —dije con una sonrisa.

Lucio me mostró frente al rostro una tarjeta electrónica. —La vista es mejor desde nuestra habitación —me susurró al oído.

Mordí mi labio inferior, y Lucio cogió mi mano para guiarme dentro del hermoso hotel en el que nos hospedaríamos. No tuve oportunidad de notar más que los suelos de cerámica tan pulidos que podía ver mi reflejo en ellos.

Menos mal que no traía falda.

El eco al impacto de mis tacones resonaba dentro del gigantesco vestíbulo, y caí en cuenta que nuestros pasos eran más acelerados de lo normal.

“*Ya nos urge llegar a la habitación,*” pensé con una sonrisa y riendo como niña pequeña.

Subimos al ascensor y nos lanzamos una mirada de complicidad. Si se mantenía vacío no habríamos llegado vestidos a nuestra habitación, pero una pareja de edad avanzada subió detrás de nosotros. Él cogió mi mano, y nos miramos a los ojos.

Mi rostro bien pudo haber estado en llamas de lo cálido que lo tenía, y la camisa que traía puesta me incomodaba más cada instante. Mi sujetador parecía apretarme tanto que apenas y podía respirar. Mis pechos ya exigían ser liberados.

Oímos la campana del elevador, y ya estábamos en nuestro piso. Salí antes que Lucio, tirando de mi maleta y él detrás de mí en cercana persecución. La

pareja rio al vernos, sin duda conscientes del por qué ambos teníamos prisa de llegar a nuestra habitación.

Lucio se detuvo junto a una puerta y sacó la tarjeta electrónica que la abriría.

En cuanto pasamos dejamos caer nuestras maletas y me lancé encima de él, abrazándome de sus caderas con mis piernas.

—Por fin —murmuré mientras me restregaba contra su cuerpo.

—Debimos hacerlo en el aeropuerto —dijo Lucio con una sonrisa coqueta.

—¡Estás loco! —grité mientras dejaba salir unas risas que se volvieron gemidos cuando apretó el agarre de mis nalgas— Ya estaba por irse nuestro avión, nos hubieran dejado.

Él me apoyó contra la pared detrás y nos besamos con tanta pasión, urgencia, deseo, que quizá nuestros labios se quedarían pegados.

—¿Y en el avión? —pregunté cuando dejamos de besarnos por un momento.

—¿Qué tiene?

—Yo te susurré que me acompañaras.

—Si nuestro vuelo hubiera sido en la noche... —dijo Lucio antes de besarme el cuello.

Caminó dentro de la habitación aferrándose a mis nalgas sin bajarme. Mi corazón estaba brincando de felicidad y ansiedad por él, y mi cuerpo parecía tener voluntad propia pues no paraba de restregarse contra el suyo.

Me dejó caer en la cama, y al verlo a los ojos esperé que me quitara... No, que me arrancara el pantalón de una buena vez.

Fue como si pudiera leerme la mente.

Levantó mi camisa y besó mi abdomen mientras desabrochaba mi pantalón y me liberaba de su tiranía.

Cuando tuvo mis piernas desnudas ante él, se fue quitando la camisa de a poco mientras besaba y lamía el interior de mis pantorrillas, subiendo hacia mis rodillas, y cuando llegó a la mitad de mis muslos ya tenía su torso desnudo ante mí.

Y fue en un momento perfecto pues le tiré del cabello en respuesta a sus besos golosos y lamidas exquisitas a mi entrepierna que me hicieron retorcer de placer.

Solté un grito liberador cuando detonó el orgasmo que rogaba le dejara salir.

En ese lugar, tan lejos de todo lo que yo conocía, me permití gozar sin culpa, sin dudas, libre para ser quien debía ser al lado del hombre con quien debía estar.

Mientras recuperaba mi aliento él se puso de pie y bajó sus pantalones.

Lamí mis labios al verlo listo para hacerme suya, y abrí mis piernas

invitándolo a pasar.

Se subió de rodillas a la cama y sostuve mi respiración cuando puso mis talones en sus hombros.

Seguí sin tomar aliento al arquear mi espalda en el instante que nos volvimos uno.

Estiré mis manos hacia atrás al mismo tiempo que anunciaba con un grito el placer que me estaba dando con sus movimientos.

Me solté riendo cuando lo miré a los ojos y le encontré sonriendo.

Aumentó el ritmo, volviéndome loca, haciéndome juntar mis muslos y apretando mi agarre de su virilidad.

Abrió mis piernas y se inclinó para besarme con aquella pasión que compartimos desde que nos conocimos y ya no debíamos frenarla ni ralentizarla.

Ambos le dimos rienda suelta a nuestro deseo y amor uno por el otro.

Le empujé y rodamos hasta que quedé encima de él, pero no estábamos familiarizados con aquella cama.

Caímos como dos costales juntos, yo arriba de Lucio y ambos dejamos salir una carcajada.

—¡Joder! —gritó.

—Lo siento, amor —dije, sentándome encima de él.

Aún estábamos unidos, y esa posición encendió algo en mi interior.

Apoyé mis manos en sus pectorales perfectos mientras me movía poseída por el éxtasis que ambos teníamos.

Arqueé mi espalda y estiré mis brazos hacia atrás, apoyándome en sus muslos, y dejé que mis caderas se movieran por goloso instinto tan rápido como podían.

Lucio se aferró a mi culo y enterró sus dedos en mi piel al mismo tiempo que exhalaba y gruñía por el placer que compartimos.

Debí haberlo vuelto loco pues me tiró hacia un lado, quitándome de encima de él.

Antes de que pudiera moverme él se puso detrás de mí, y mis bajos instintos me hicieron levantar mis nalgas, ofreciéndolas a aquel hombre que logró ganarse mi cuerpo, corazón y alma.

Lucio no esperó. ¡Joder! Todo el deseo que acumulamos aquel día salió en esos momentos.

Solo podía emitir gemidos y gritos haciéndole saber... No, *rogándole* que jamás se detuviera.

Cogió un puñado de mi cabello y tiró de él mientras me embestía con

salvajismo.

Perdí la cuenta de los orgasmos que tuve, pero el que estaba por explotar en mi vientre sería el más grande que jamás había tenido hasta ese glorioso momento de mi vida.

Dejé de gemir, y mi placer se quedó atorado en mi garganta mientras todos los músculos de mi ser se tensaron hasta que no pudieron más.

Lucio gritó y me llenó de su cálida esencia, haciéndome explotar junto con él.

Se desplomó a mi lado, y yo me di la vuelta y rodé hasta quedar en sus brazos.

—¡Joder! —gemí, subiendo una pierna encima de él.

—Fue bueno que esperáramos —dijo sin aliento, y yo le di un manotazo juguetón en el pecho.

Una brisa fresca acarició mi cuerpo sudado, provocándome cosquillas tan exquisitas que por poco detonan otro pequeño orgasmo.

Noté la puerta corrediza hacia un balcón con vista a la playa, donde el cielo lucía más oscuro, pero aún con tonos de morado y naranja anunciando que el sol aún estaba poniéndose.

Miré a los ojos de Lucio y él me sonrió.

—Eres increíble, Fernanda —dijo con una sinceridad que grabó esas palabras en mi memoria como el momento más feliz de mi vida.

Lo besé, y lloré mientras lo hice. Jamás me había sentido así por nadie, y estaba segura de que él no me decepcionaría.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, quitando de mis mejillas las lágrimas.

—Estoy bien... Estoy de maravilla —dije, acariciándole el pecho—. Prométeme que jamás me harás daño.

—¿Dudas de mi compromiso contigo, cariño? —preguntó con una mueca burlona— No olvides que recibí un disparo por ti.

—No lo olvido —dije, acariciando el lugar donde le había impactado la bala—. Y no lo dudo, Lucio.

Me puse de pie y fui a la puerta corrediza, apoyé mi hombro, crucé mis brazos y miré la puesta de sol.

Lucio estaba atrás de mí, y me abrazó por detrás mientras ambos contemplábamos aquel espectáculo de la naturaleza.

—¿Estaría mal si quisiera que nos quedáramos aquí todas nuestras vacaciones? —pregunté entre risas.

—Justo estaba pensando lo mismo, cariño —dijo Lucio mientras me daba besos en la nuca—. Podemos ordenar servicio a la habitación y quedarnos



desnudos las dos semanas que estaremos aquí.

—¿No te vas a aburrir de mí?

—¿No te vas a cansar de mí? —preguntó, haciéndome tiernas caricias en mis caderas con la punta de sus dedos.

—No —dije con una sonrisa amplia—. Jamás podría cansarme de ti —suspiré—. Una parte de mí desearía haberte conocido hace años.

—Yo también —dijo Lucio—, pero quizá no te habría agradado tanto quién era yo en aquel entonces.

—Y quizá ni siquiera te hubiera mirado por miedo a los celos de Pedro —dije, bajando la cabeza.

—Entonces fue bueno que nos conociéramos cuando lo hicimos —dijo Lucio—. Bueno, excepto por la parte en que te intentaron matar.

—Sí —dije entre risas—. Esa no fue mi parte favorita.

—Pero nos conocimos cuando necesitábamos conocernos para enamorarnos —Lucio me giró, dejándome de frente a él—. Y si nuestro amor pudo soportar eso —amplió su sonrisa, y yo hice lo mismo— podemos soportar lo que sea.

Reí y le acaricié el rostro. —Te amo, Lucio.

Él me dio un rápido y tierno beso. —Te amo, Fernanda.

# Epílogo

*Lucio*

—¡Qué puñetero calor hizo hoy! —me quejé al apoyar mi cabeza contra el respaldo del asiento de copiloto dentro de nuestra nueva camioneta.

Renata rio al apagar el motor tras estacionarnos fuera de mi casa. —Oye, al menos nos entregaron esta belleza con el mejor puto aire acondicionado que he visto.

—Joder, sí que nos salvó la vida hoy —dije al salir de la camioneta—. Nos vemos más intimidantes con esta cosa.

—Pero es una joda subir y bajar —dijo Rana al pasar frente a nuestro nuevo vehículo.

—No para los que somos de estatura...

Renata me cogió del oído y tiró fuerte. —Ten *mucho* cuidado con lo que estás por decir.

—Suéltame —me quejé al borde de las lágrimas—, te lo ruego.

—¿Ahora qué hizo? —preguntaron frente a nosotros.

Rana me soltó y pude ver a Fernanda con las manos en las caderas aguantando la risa.

—Dile a tu chico que jamás debe burlarse de la estatura de una chica —dijo Renata.

—¿No hemos hablado de eso hasta el cansancio, amor? —preguntó Fernanda con una mueca burlona.

Suspiré y negué con la cabeza, aceptando mi derrota ante mis dos chicas.

—¡Ya llegó Patricia! —dijo Rana al mirar a un costado y encontrar su coche.

Fernanda caminó hacia mí, pero la siguió con la mirada hasta pasar por la puerta.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—Está nerviosa —dije, cogiendo a mi chica de la cintura—. Hoy Patricia hablaría con la agencia de adopción.

—¿Era hoy?! —preguntó Fernanda antes de plantarme un beso, y en lugar de eso me dio un manotazo— ¡¿Por qué no me dijiste?! Llevo diez minutos hablando de cosas de bebés con Patricia.

—¿Se veía enojada o...?

Fernanda sonrió. —No, de hecho...

—¡¿Es en serio, nena?! —escuché gritar a Renata.

Entramos tan rápido como pudimos y vimos a Rana y Patricia abrazarse, sonreír y llorar mientras gritaban de la emoción.

—¿Es lo que pienso que es?

—¿Qué clase de detective eres, Lucio? —dijo Patricia al separarse de su esposa.

—¡Voy a ser tío! —grité de la emoción, sacándole una carcajada a todos.

—Creo que tenemos una botella de champán —dijo Fernanda, cogiéndome la mano—. Amor, ¿me ayudas a buscarla?

Miré a Fernanda y algo noté en su mirada. La seguí hasta la cocina y ella sacó la botella que teníamos guardada en el refrigerador.

—¿Cómo te fue en tu junta con el presidente del hospital? —le pregunté mientras abría la botella.

—Bastante bien —dijo Fernanda al apoyarse junto al fregadero—. Me aprobaron tres nuevas enfermeras y otras cinco auxiliares para ayudar con la expansión del ala de pediatría.

—¿Ves? —le acaricié el rostro— Te dije que serías una gran jefa de enfermeras.

—No ha sido fácil —ella suspiró y vi que puso una mano abierta encima de su vientre—. Y menos con tu pequeño monstruo tirando patadas como karateca.

Reí mientras me arrodillaba ante Fernanda. —Oye —le dije a su vientre—, no seas mala con tu madre. Tiene que salvar vidas de niñas y no ayudas cuando juegas a saltar la cuerda con sus tripas.

—¿Mala? —dijo Fernanda— ¿Y si es niño?

—Bueno, si es niño hay que ser firmes —dije, acariciándole con la punta de mi dedo índice—: escúchame bien, hijo de la...

—¡Hey! —gritaron detrás de mí.

Giré y vi a Renata deteniéndose en la entrada a la cocina.

Miré a Fernanda y seguro tenía la misma cara de pánico que yo.

Renata nos miró por unos momentos hasta que sus ojos se abrieron de par en par y sonrió casi tanto como la vi hace unos momentos.

—¡¿Estás jodiéndome?! —gritó.

—¡Rana! —me puse de pie.

—¡La preñaste! —gritó, apuntando a Fernanda.

—Pues... —miré a Fernanda, que sonreía resignada a que nuestro pequeño

secreto ya haya sido descubierto— Sí, la preñé.

Mi chica me dio un manotazo detrás de la cabeza. —No soy animal, tontito.

—Perdón —froté el lugar donde me golpeó y sonreí—, estamos embarazados.

Los golpes de Renata a mi hombro no fueron tan delicados como los manotazos de Fernanda. —¿Y por qué coño no me habías dicho?!

—¡Porque estabas que te morías de los nervios por la adopción que no quise ponerte más emocional!

—¿Por qué coño están gritando? —preguntó Patricia al entrar a la cocina.

—¡Están preñados! —gritó Renata, apuntándonos con su dedo.

—¡Embarazados! —corregimos Renata y yo.

Nunca me hubiera imaginado escuchar los chillidos de emoción que salieron de una mujer tan dura y estricta como lo era Patricia.

—¡Por eso no parabas de charlar de bebés! —dijo Patricia— Yo pensé que era por tu trabajo en el ala de pediatría.

—Parece que tenemos mucho que celebrar esta noche —dijo Fernanda, abrazándome el brazo y cogiendo mi mano.

—Salgamos a cenar algo —dijo Patricia.

—¿Por qué no vamos a ese restaurante nuevo del que hablamos hoy? —le pregunté a Renata.

—¡Sí! —dijo Rana, asintiendo.

—Necesito cambiarme —dijo Fernanda, apuntando a su uniforme de enfermera que aún traía puesto.

—¿Por qué no se adelantan? —dije.

Renata y Patricia se miraron entre ellas, luego nos miraron y sonrieron. —Vale —dijo mi compañera con una mueca traviesa—. No se tarden mucho, tortolitos.

Cogí una toalla de mano y la arrojé hacia Renata, pero no con la suficiente fuerza para alcanzarla.

Fernanda puso su mano en mi pecho un momento antes de irse a cambiar.

Entré a nuestra sala y miré las fotos que teníamos en el librero. Sonreí al ver una en Café Castillo cuando recién abrieron el ala de terapia física infantil y fuimos a comer con sus compañeros de trabajo.

*“Ese doctor sí que no sabe tomar,”* pensé al recordar lo borracho que lo subimos al taxi.

Me senté en el sofá y encendí el televisor. Fernanda salió de la habitación con una falda vaquera hasta abajo de sus rodillas y sosteniendo en sus ganchos dos

blusas.

—¿Cuál? —preguntón, mostrándome ambas.

Mi atención estaba en su cuerpo cubierto solo con sujetador.

—¿Estás pidiéndome que elija con qué te vas a cubrir las obras de arte que son tus pechos? —dije sonriendo como un bobo.

Ella resopló. —Lucio, llegaremos tard...

—La verde sin mangas —dije, guiñándole el ojo.

Fernanda sonrió y mordió su labio inferior antes de girar y volver a la habitación.

Miré a mi derecha donde tenía una mesita con unos libros y un retrato de mis padres.

—¿Cuánto tiempo le tomará elegir qué zapatos ponerse, papá? —pregunté, mirando a mi padre en el retrato— Se compró un par nuevo la semana pasada, quizá lo vaya a estrenar esta noche.

—¡Lucio! —llamó Fernanda— ¡¿Estaría bien si invitamos a Claudia?!

—¡Claro! —dije con una sonrisa— ¡He querido agradecerle el gran trato que le consiguió a mi amigo de la estación!

—¡A ella ya le urgía vender esa casa! —dijo Fernanda al volver a la sala—. Algo dijo que ahora podía invertir en unos condominios que estaban por construir al este de la ciudad.

—Muy pronto esa mujer será toda una magnate de bienes raíces... —dije al apagar la televisión y mirar a mi mujer. Tras dos años juntos aún podía robarme el aliento. Me puse de pie, le cogí la mano y sonreí al verle a los ojos.

—Estás más hermosa que el día que te conocí.

Fernanda soltó una carcajada. —Me conociste sin maquillaje y deprimida —dijo—. No es algo difícil de superar.

—¡Qué manera de matar el romance!

—¿Matar? —rodeó mi cuello con sus brazos y miró a mis ojos— Lucio, tú reviviste el romance en mi vida.

—Sí lo hice —dije antes de darle un tierno beso en los labios.

Aquel beso se volvió poco a poco más intenso. Ella deslizó sus dedos entre mi cabello, y yo bajé mis manos de su cintura a su cadera.

Y justo cuando estaba por cogerle las nalgas ella dejó salir una risita, quitó sus brazos de mi cuello y sujetó mis muñecas.

—No —dijo—. Se nos hará tarde.

—Un rapidito —dije entre risas.

—¡Lucio! —dijo entre risas— ¡Bien sabes que nunca hemos y nunca

podremos tener un simple rapidito!

Suspiré y di un paso hacia atrás. —Tienes razón —le cogí la mano y le besé el dorso—. Podemos tener todo el tiempo del mundo más tarde.

—Y más vale que aprovechemos ese y todos los demás momentos que tengamos de ahora en adelante —dijo, dándome una palmada en el pecho—, porque este pequeño monstruo vendrá a darnos la vuelta a nuestras vidas.

—Pudimos ponerle fin a un conocido narcotraficante, cariño —dije, cogiéndole la mano y caminando hacia la puerta—. Creo que podemos con un bebé.

—Nunca has cuidado uno, ¿verdad? —preguntó Fernanda cuando abrí la puerta.

—¿Qué tan difícil puede ser? —dije, al detenerme afuera.

Fernanda me miró de una forma extraña y una sonrisa incrédula mientras cerraba nuestra casa.

—No tienes idea lo que nos espera.

—Estás exagerando —dije mientras caminábamos a mi coche—. Un niño come, caga, duerme y llora. Seremos fantásticos en ello.

—Al menos sé que tú serás un excelente padre —dijo Fernanda.

—Y tú una gran madre —dije.

Subimos al coche y nos miramos a los ojos. —Contigo a mi lado, Lucio —dijo—. Siento que puedo hacer lo que sea.

Reí antes de darle un rápido beso. —Te amo, Fernanda.

—Te amo, Lucio.

*FIN*

¡Muchísimas gracias por leer hasta el final!

Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Un agradecimiento muy pero muy especial para mis lectores y lectoras beta que me han ayudado a darte una mejor experiencia. Siendo de México entiendo que muchas de mis expresiones se escuchan —más bien se leen— raras para quienes viven fuera de mi país. Así que gracias de todo corazón a Majo, Keyla, Charo, Jorge y Hugo.

**Por favor califica mi obra con las estrellas que tú crees que merece.** Te agradeceré muchísimo que te tomes esos pocos segundos de tu tiempo para hacerlo.

Si de verdad quieres ayudarme a crecer como autor y darte en un futuro muchísimo mejores lecturas **deja una reseña aquí en Amazon**. Me interesa saber lo que **te gustó**, para seguirlo haciendo, y lo que **no te gustó**, para no cometer el mismo error en mi siguiente obra.

Yo no escribo para mí. Yo escribo para ti.

¿Quieres estar en contacto conmigo? Puedes encontrarme en [Facebook](#).

Nos vemos pronto, y jamás olvides ser excelente contigo y con todos.

*A. F. González*